



NUMERO 2 / JUNIO 1967 / PRECIO: \$ 25.

cuadernos de **MARCHA**

VIETNAM

**BERTRAND RUSSELL
JEAN-PAUL SARTRE
RALPH SCHOENMANN,
OTROS TESTIMONIOS Y
LOS INFORMES
PRESENTADOS
AL TRIBUNAL**

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 2 - JUNIO 1967

SUMARIO

	PAG.
BERTRAND RUSSELL	
1 - Las circunstancias de la intervención de EE.UU. en Vietnam	5
2 - Guerra y atrocidades	16
3 - La barbarie del Mundo Libre	23
4 - Peligro en Asia del Sudeste	32
5 - La paz por la resistencia al imperialismo norteamericano ..	34
6 - La única política honorable	39
7 - Mensaje a los soldados norteamericanos	43
8 - Discurso pronunciado en la Conferencia de Solidaridad	46
 RALPH SCHOENMANN	
Estuvo en Vietnam	49
 ESTATUTOS DEL TRIBUNAL INTERNACIONAL DE CRIMENES DE GUERRA	75
 JEAN-PAUL SARTRE	
Discurso inaugural	77
 INFORME SOBRE ARMAS ANTIPERSONALES	81
 YSETSURE TSURUSHIMA	
Bombardeo de diques y sistemas de irrigación	85
 T. KUGAI	
El bombardeo a objetivos civiles	89
 BERTRAND RUSSELL	
Ultimas palabras	93

I

Las circunstancias de la intervención de Estados Unidos en Vietnam

EL racismo de Occidente en general y el de Estados Unidos en particular ha creado una atmósfera en la cual es extremadamente difícil apreciar claramente las responsabilidades de Estados Unidos en los denominados «asuntos internos» de los países subdesarrollados. La guerra del Vietnam es considerada el producto inevitable y trágico del atraso, la miseria y el salvajismo, considerados como específicos del Asia del Sudoeste. Al indagar en un pasado oscuro la fuente del conflicto actual, se invocan querellas que opusieron antaño al norte contra el sur. Encarada desde ese punto de vista, la intervención de Estados Unidos asume un carácter fortuito. Los vietnamitas aparecen entonces como seres de conmiseración, en cuyos asuntos los norteamericanos desgraciadamente tuvieron que intervenir, contra su voluntad, porque se lo pedían.

No sólo el racismo crea confusión en los espíritus respecto a los orígenes de la guerra, sino también da pie para que los norteamericanos eleven un clamor bárbaro y chovinista

cuando sus pilotos, que han bombardeado hospitales, escuelas, diques y centros civiles, son acusados de crímenes de guerra. Sólo el racismo subyacente en la concepción norteamericana del mundo permite a la prensa, al Senado y a varias personalidades públicas guardar un silencio absoluto mientras se ejecuta sumariamente a los prisioneros «vietcong»; sin embargo, son esos mismos órganos y esas mismas personalidades quienes exigen que las ciudades de Vietnam del Norte sean arrasadas si los pilotos son juzgados por sus crímenes. Hace tiempo ya que la opinión pública está informada de los actos cometidos por Estados Unidos en violación de la convención relativa al tratamiento de los prisioneros de guerra, firmada en Ginebra en 1949. El 1º de diciembre de 1965, el «New York Times» informaba que «el Comité Internacional de la Cruz Roja, en Ginebra, reprochó una vez más a Estados Unidos la violación del acuerdo internacional sobre tratamiento de prisioneros»... Sin mencionar la indiferencia de la opinión pública frente a

los bombardeos cotidianos de poblaciones civiles con napalm y fósforo, el desinterés que provocó esta acusación inequívoca da motivos para aterrarse.

Intentó demostrar el hecho esencial de que Estados Unidos es responsable de la guerra del Vietnam. Esta verdad elemental es indispensable para comprender esta guerra cruel. Para comprender esta guerra, es necesario comprender a Estados Unidos, lo cual no quiere decir que nos despreocuparemos de la historia del Vietnam. La cultura vietnamita es rica y se remonta a la antigüedad. Las tradiciones heroicas del país han sido perpetuadas por leyendas verbales, en particular las que relatan las luchas contra China Feudal. Pero el movimiento de la historia, que se acelera incesantemente, vincula en el momento actual al Vietnam más con el mundo donde vive que con su antigua herencia. Los acontecimientos que ha vivido en estos últimos cien años lo han colocado en la escena internacional. Para comprender al Vietnam y los sufrimientos que soporta en su lucha, hay que insertarlo en la constelación de fuerzas anticolonialistas que están dispuestas a transformar el tercer mundo y, de manera menos espectacular, el propio mundo occidental. No podríamos comprender al Vietnam, por más profundamente que sondeáramos en el pasado, si continuamos ignorando su significación. Estados Unidos es quien le ha dado a Vietnam importancia internacional.

Aunque la intervención de Estados Unidos en Vietnam sea anterior a su infame alianza con Ngo Dinh Diem, es a Francia —señalemoslo— a quien cabe impulsar la cuasi destrucción de la herencia cultural del Vietnam. Antes de la segunda guerra mundial, Francia manejaba sus asuntos coloniales con arrogante independencia. Rival de Gran Bretaña, penetró en Vietnam en el siglo XIX con la intención de crearse un nuevo acceso a China. A pretexto de proteger a los misioneros franceses de las represalias de los salvajes que intentaban cristianizar, unidades de la flota francesa fueron enviadas entre 1840 y 1850 a las costas del Vietnam del Sur. La conquista colonial comenzó con éxito. En pocas décadas, no sólo la totalidad del Vietnam sino incluso Laos y Camboya cayeron bajo el dominio de los colonizadores franceses. Y aunque cada región de esa vasta amalgama llamada «Indochina» tuvo su propio estatuto jurídico y su propia estructura gubernamental, en todas

partes los franceses se aseguraron implacablemente la sumisión de la población indígena. No admitían que se discutiera su poder y se arrogaban el derecho a fijar las leyes y reglamentos aplicables en todos los rincones de la colonia. La resistencia esporádica que le opusieron grupos de guerrillas desorganizadas iba a proseguir hasta el siglo XX.

El proceso totalitario de la colonización destruyó a la sociedad vietnamita y cortó los vínculos que unían a un pueblo con su pasado. Se llegó a apreciar el saber, las costumbres y las creencias de un pueblo colonizado bajo el doble diámetro de un utilitarismo deformado; sólo es útil y bueno aquello que beneficia al colonizador. Bajo el régimen de mandarinato que, en Vietnam, sobrevivió mucho tiempo a la expulsión de los chinos en el año 937 de nuestra era, además de las escuelas de provincia y distrito financiadas por el estado existían, a nivel de la aldea, unas veinte mil escuelas privadas, cada una a cargo de un solo maestro; deseosos de convertir a Vietnam en la «copia carbónica» cultural de Francia, los colonizadores suprimieron todas esas escuelas, modificaron la lengua vietnamita, crearon una nueva lengua «oficial» (el «quoc ngu») y, para todo el Vietnam fundaron solamente catorce escuelas secundarias y una universidad. En un país tan mal dotado de establecimientos escolares, muy pocos vietnamitas estaban en condiciones de aprobar el nuevo examen de «cultura». Las transformaciones impuestas a la economía del país, de acuerdo a las necesidades de los colonizadores fueron también profundas. La codicia de los ocupantes se centró sobre las materias primas destinadas a la industria y se despreocupó de los cultivos destinados al consumo. El advenimiento del automóvil creó una demanda de caucho que convirtió a miles de campesinos vietnamitas en «coolies» empleados en las plantaciones. Como los campesinos necesitaban cada vez más dinero para adquirir las mercaderías y pagar los impuestos, se vieron obligados a hipotecar y vender sus tierras. Este proceso no dejó intacto un solo aspecto de la vida vietnamita.

La supremacía de los blancos, de los europeos, invariablemente marchaba de par con el carácter exclusivo de la dominación ejercida por la potencia colonizadora. La nobleza tradicional y los mandarines perdieron todo prestigio y toda influencia; en las zonas rurales, la autoridad era ejercida por funcionarios

franceses que ocupaban todos los puestos. En ese clima de sospecha y desconfianza general, los colonizadores buscaban símbolos de servidumbre. El cristiano convertido, que rendía homenaje consciente a la fe del hombre blanco, era el menos temible y el mejor recompensado. Estos sentimientos de inferioridad condicionados fueron ampliamente adoptados. En situación semejante, fueron muchos los vietnamitas que atribuyeron una importancia simbólica a la victoria obtenida en 1905 por el Japón sobre la Rusia de los Zares. Ese acontecimiento demostraba fehacientemente que una potencia asiática era capaz de infligir a Occidente derrota y humillación. Los vietnamitas pudieron conocer el hecho, lo cual no carece de ironía, por la insistencia de los colonizadores para que los vietnamitas cultos aprendieran el francés. El conocimiento de esta nueva lengua permitió a un pequeño núcleo de intelectuales vietnamitas estudiar los acontecimientos que ocurrían más allá de las fronteras nacionales. Más o menos por esa misma época, los nacionalistas realizaban grandes esfuerzos para implantar reformas en el seno del sistema colonial. Reclamaban, entre otras, la creación de escuelas libres que permitieran la restauración de la cultura nacional. En esas escuelas más tarde iban a recibir su formación los nacionalistas más ardientes.

La primera guerra mundial influyó igualmente sobre el desarrollo de las aspiraciones nacionalistas. No sólo aquellos que habían realizado sus estudios en las escuelas administradas por los franceses tuvieron noticias de esta guerra. Las grandes pérdidas sufridas en el frente redujeron considerablemente la mano de obra disponible en las fábricas cuyo funcionamiento era indispensable para el esfuerzo bélico de Francia. Para colmar estos vacíos, los franceses importaron miles de «coolies» desde China continental y Asia del Sur. Los vietnamitas que viajaban a Francia penetraban en un mundo extraño y nuevo. Entraban en contacto directo con la ideología de la metrópolis, con sus pretensiones de libertad, igualdad y fraternidad, conceptos desconocidos e incluso prohibidos en las colonias. La tradición revolucionaria era un aspecto de la cultura francesa que los colonizadores no habían exportado al Vietnam para imponerla a los colonizados. En París los vietnamitas se embriagaban con ideas e ideales que consti-

tuían las tradiciones liberales y socialistas del pensamiento político occidental.

Se pretendía también que los soldados de la Gran Guerra luchaban para «imponer la democracia en el mundo». La guerra originó una retórica apasionada e idealista, destinada a suscitar entusiasmo en los más reticentes a perder la vida en una carnicería sin objeto. Un grupo de vietnamitas nacionalistas de París concibió la idea de obligar a los aliados a cumplir sus promesas: fueron a Versailles, vestidos con trajes de etiqueta alquilados para la ocasión, a solicitar la afirmación del principio de la autodeterminación para Indochina. Para Ho Chi Minh que integraba la delegación, esta entrevista tragicómica fue la primera tentativa de negociación para asegurar la independencia de su país. De más está decir que la petición de los aprendices de diplomáticos cayó en el vacío. La descolonización no iba a ser tan fácil.

Por esa época Estados Unidos emergía como potencia mundial. En todo el globo, intentaba poner fin a la dominación absoluta que ejercían los viejos imperios sobre el comercio y los derechos comerciales, y sus esfuerzos se manifestaron en particular en la política de la «puerta abierta» en Oriente. Existían allí inmensas riquezas inexploradas y Estados Unidos quería participar. En ese entonces no era imprescindible la perturbación de las relaciones establecidas entre las potencias ni la destrucción de los competidores, existían suficientes riquezas para todos. En 1923, Franklin D. Roosevelt, en su discurso «¿Confiamos en el Japón?» expresaba la opinión siguiente:

«Sin duda continuaremos introduciéndonos en nuestros respectivos dominios y quizás nos enfrentemos en el desarrollo del comercio en el Pacífico pero cuando se considera el potencial que representan los vastos territorios y las enormes poblaciones que bordean el Pacífico Norte y Sur, es de creer que existe espacio comercial suficiente para Japón y para nosotros por tiempo indeterminado». . . (Far Eastern Review, agosto de 1924, vol 19., pp.505-508.)

En todo caso, es evidente que la formulación de la política oriental de Estados Unidos no estaba basada precisamente sobre un principio.

Durante las décadas de entreguerra, el

descontento y la alienación de los vietnamitas encontraron su expresión en diversos acontecimientos. El pensamiento nacionalista germi-
naba. En las filas de la burguesía educada los resultados de la primera guerra mundial sus-
citaron una reacción mitigada. Algunos acep-
taban la hipocresía de las «democracias» que
proclamaban el principio de la autodetermi-
nación y practicaban el colonialismo más bru-
tal. Esos vietnamitas más satisfechos que los
otros intentaban obtener reformas simbólicas
dentro del régimen colonial. Las reformas no
vinieron, pero muchos de los partidarios del
progreso moderado fueron recompensados
con puestos y empleos subalternos que el ré-
gimen francés les ofreció en su administración.
Aquellos que no se contentaron con tan poco
emprendieron una tarea de larga duración:
adaptar los conceptos políticos occidentales a
los problemas sociales de Asia colonizada.
Tuvieron que pasar varios años antes que apa-
reciera una doctrina política verdaderamente
original. Por el momento, imitar y adaptar su-
mariamente las prácticas políticas foráneas
fue la regla. La mayor parte de los primeros
partidos políticos vietnamitas eran copias fie-
les de partidos extranjeros e incluso uno de
ellos había calcado su nombre del Kuomintang
de Tchang Kai Chek.

Durante todo ese período, Francia domi-
nó la situación. El 9 de febrero de 1930 es-
talló una rebelión dirigida por el Vietnam
Quoc Dan Dang (V.N.Q.D.D.). Fue un golpe
fallido; las guarniciones francesas se las arre-
glaron tan bien para reducir el levantamiento
que durante quince años ese partido naciona-
lista, completamente aniquilado, no volvería
a dar señales de vida. La revolución rusa pro-
vocó gran impresión entre muchos intelectua-
les vietnamitas: en 1930, tres pequeños grupos
se unieron para fundar el partido comunista
indochino cuyos adeptos, a pesar de las duras
pruebas sufridas, se incrementaban con regu-
laridad, aunque lentamente. En el transcurso
de esos años difíciles, los comunistas organi-
zaron algunas huelgas y constituyeron, en Ha
Tinh y Nhge An, soviets que se mantuvie-
ron durante un tiempo, pero no existía un mo-
vimiento nacional organizado. Las huelgas
que estallaban de tanto en tanto en el delta del
Mekong y en las ciudades, no podían consti-
tuir un peligro serio para la administración
francesa. Frente a cualquier tentativa de cons-
trucción de un movimiento nacional, los mer-

cenarios franceses tenían una respuesta rápida
e implacable. En las prisiones y los campos de
trabajo creados en gran número por los fran-
ceses, había en 1932 más de diez mil deteni-
dos políticos. Si la causa de Vietnam cuenta
con numerosos mártires, más numerosos aún
fueron, por esa época, los muertos desconoci-
dos sobre cuyas tumbas figura solamente la
palabra «coolie». Muchos otros se vieron obli-
gados a exilarse, lo cual no dejaba de presen-
tar ciertas ventajas. En el exilio, Ho Chi Minh
y otros se convirtieron en verdaderos interna-
cionalistas, plenamente conscientes de las di-
mensiones de la lucha que libraban.

Los inconvenientes de la lucha política a
largo plazo convencieron a ciertos elementos
descontentos de la sociedad vietnamita que se-
ría mejor encontrar una salvación espiritual.
El resurgimiento religioso asumió formas ex-
trañas y nuevas y se extendió por todo el país.
Entre las sectas nuevas más importantes están
la de los Hoa Hao y la de los caodaístas, esta
última la más extraña de las dos. (El caodais-
mo combinaba elementos tomados del budis-
mo, del cristianismo y del hinduismo y tenía
a Victor Hugo entre sus santos). Estas sectas
contaron con numerosos adeptos y constituían
para los franceses un motivo de temor y des-
confianza. Bajo el rigor de las persecuciones,
se vieron obligadas a crear sus propias comu-
nidades armadas; no era posible evadirse del
siglo y sus conflictos.

En ese mismo período de entreguerras, Ja-
pón se encaminaba sin obstáculos hacia la he-
gemonía absoluta de Asia. En 1910, había
ocupado Corea y a principio del período 1930-
1940 trató de afirmar su soberanía sobre Man-
churia. En 1937, invadió China del Norte. Por
las razones antedichas, Estados Unidos no se
alarmó en un principio por esas acciones. El
comercio y la cooperación con Japón tenían
gran interés para los capitalistas norteameri-
canos, porque Japón les proporcionaba un ac-
ceso indirecto al resto de Asia. La mayor par-
te de las inversiones norteamericanas en Orien-
te estaban, directa o indirectamente, vincula-
das al Japón. Estados Unidos, por consiguiente,
precisó varios años para considerar a Japón
como un enemigo. Antes de que Estados Uni-
dos se resolviera a acordar su apoyo a Tchang
Kai Chek, muchos de los gestores de la políti-
ca norteamericana creían preferible que Chi-
na estuviera sometida a Japón a que se con-

virtiera en una república independiente.

Cuando Francia cayó en manos de los nazis, Japón vio la ocasión que se le presentaba en Indochina. Estados Unidos consciente de la amenaza creciente que constituía la competencia japonesa, claramente dio a entender que estaba decidido a permitir que Japón ocupara sólo un papel secundario en Asia. Roosevelt no vaciló en advertir al gobierno de Vichy que, después de la guerra, Francia perdería Indochina si la entregaba a Japón. Los franceses demostraron su insensibilidad al recurrir entonces a Hitler con el propósito de mantener en la colonia la supremacía de los blancos (franceses y alemanes). Esta proposición de un racismo sin equívocos fue rechazada por el Eje. El gobierno de Vichy cedió pronto a las exigencias de Japón. La ocupación de Indochina y la alianza de Siam con el Eje, dio a Japón posiciones sólidas para la invasión del resto de Asia del Sur. En Indochina, el aparato colonial francés permaneció intacto; simplemente servía a nuevos amos.

En Birmania, Java y otras partes, los japoneses supieron valerse de colaboradores asiáticos al explotar con habilidad los sentimientos nacionalistas y antioccidentales, bajo la consigna «Asia para los asiáticos». Tanto el empleo de colaboradores franceses en Indochina, como la utilización de colaboradores «nacionalistas» en otros sectores de Asia significaba que Japón trataba pragmáticamente de usar los recursos regionales sin perturbar las estructuras sociales establecidas.

Japón y Estados Unidos tenían intereses inconciliables. Durante varios años, los dirigentes de Estados Unidos habían propuesto a los japoneses una asociación en un plano de desigualdad. La conferencia naval de Washington prescribió explícitamente que Japón debería tener una posición militar inferior. Japón sacó en conclusión que era difícil cooperar con Estados Unidos, y la posición que finalmente adoptó constituía un desafío abierto a Washington. Esta línea de conducta siempre comportó implícitamente un riesgo de la guerra. Pearl Harbour fue precedido por otros actos de provocación. El ataque al escampavía-torpedero norteamericano «Panay» fue símbolo a la vez de la resolución del Japón y de la amenaza perdurable que representaba la marina de guerra de Estados Unidos. La protección de los intereses norteamericanos en China imponía desde tiempo atrás la presen-

cia de navíos de guerra de Estados Unidos en Oriente. La ruptura final entre Estados Unidos y Japón nada tuvo de accidental. El bombardeo de Pearl Harbour el 6 de diciembre de 1941 sólo fue el golpe de gracia. >>

Los fines bélicos de Estados Unidos en el Pacífico eran difíciles de desentrañar. De atenderse a lo más evidente, intentaba infligir una derrota militar a Japón. Con este fin, reclutaba eclécticamente una coalición de aliados entre los cuales figuraban incluso movimientos nacionalistas dirigidos por los comunistas. Pero los objetivos políticos de la guerra no eran tan simples. Aún antes de entrar en guerra su país, el presidente Roosevelt calculaba las ventajas que el conflicto podría reportar a Estados Unidos, una vez terminada la guerra. La disolución del Imperio Británico tendría una importancia capital para los intereses del capitalismo norteamericano. El 12 de enero de 1940, el presidente, al dirigirse a un grupo de editores y redactores de publicaciones de negocios, se expresaba en estos términos:

«Como bien lo saben, en esta guerra, los británicos necesitan dinero. Poseen toda clase de bienes en el mundo entero. . . tranvías, sociedades de distribución de electricidad, etc. . . Y es muy posible que los británicos en el transcurso de la guerra tengan que abandonar sus posesiones, y quizás nosotros podríamos intervenir o tomar medidas —medidas financieras— con miras a una eventual toma de posesión a nivel local. Es un asunto extremadamente interesante y es de suma importancia, para el futuro de nuestro comercio, que lo encaremos desde este ángulo». (Conferencia de prensa 614-A).

Así pues, durante toda la guerra Roosevelt no se preocupó particularmente en sostener a Churchill para la realización de sus planes de restauración del Imperio. Cuando el problema se planteó, se declaró partidario de la independencia de la India.

A principios de la guerra, se decidió, sin mayor precisión, que el fundamento de la política de postguerra en Asia lo constituiría una China «fuerte», colocada bajo la dirección de Tchang Kai Chek. En otras palabras, Estados Unidos planeaba asegurar la estabilidad de Oriente con la cooperación de una China «fuerte» respecto al resto de Asia y débil en relación a él. Los norteamericanos veían, con razón, en el imperialismo occidental tradicio-

nal dos inconvenientes para los intereses del capitalismo norteamericano. En primer lugar, el acceso de Estados Unidos a las colonias del Imperio Británico estaba estrictamente limitado por la política de la potencia rival. No existía igualdad ni «puerta abierta» en materia de comercio con las colonias imperiales. Este hecho constituía un elemento importante del espíritu anticolonialista vislumbrado en Estados Unidos, incluso durante el período de la expansión industrial. En segundo lugar, los norteamericanos pensaban que una dominación fundada sobre la fuerza brutal engendraba la agitación y la revolución social y se destruía a sí misma. Los acontecimientos de México le habían demostrado que aún revoluciones nacionales no comunistas podían conducir a la expropiación de bienes norteamericanos. Es por eso que en los centros de poder, los elementos inclinados a la prudencia eran partidarios de una política que defendiera firmemente, de palabra, la causa del anticolonialismo y de la independencia nacional, y al mismo tiempo sostuviera, en los países colonizados, a los grupos dirigentes tradicionales, que no fueran capaces de poner en práctica programas de transformación social de gran alcance. La alianza con los grupos dirigentes y los grupos plutócratas locales parecía preferible al riesgo que implicaba la colonización total. China era un modelo para la aplicación de esta política. En Filipinas, el temor que inspiraban las guerrillas dirigidas por los comunistas provocó la adopción inmediata de planes destinados a asegurar la independencia del país, en las mismas condiciones, una vez que terminara la guerra.

El problema que planteaba Vietnam era más difícil de resolver. A diferencia de China y Filipinas, Indochina era una región en la cual el capital norteamericano no había penetrado y donde Estados Unidos no tenía la menor influencia. Los franceses nada habían hecho por cultivar a los dirigentes locales. No se habían puesto de acuerdo con los «nacionalistas» corruptos para asegurar una independencia nominal.

Pronto la situación alcanzó su punto crítico. Los franceses colaboraban con los japoneses. Aprovechando la inevitable confusión creada por la desconfianza recíproca entre japoneses y franceses, muchos vietnamitas nacionalistas, dejaron el exilio en China del Sur y franquearon clandestinamente la frontera

para organizar un movimiento de resistencia. En esta empresa, los comunistas tomaron la iniciativa principal. Bajo la dirección de Ho Chi Minh se constituyó una coalición conocida con el nombre de Vietnam Doc Lap Dong Minh (más simplemente, Vietminh). La participación en esta coalición asumió proporciones impresionantes. El Vietminh construyó un movimiento de resistencia que se extendió por todo el país y libró una campaña de guerrilla contra los japoneses y sus colaboradores. Estados Unidos y sus aliados aceptaron el apoyo del Vietminh y suministraron por paracaídas material destinado a la guerrilla. Por supuesto nadie ignoraba que el Vietminh estaba dirigido por comunistas. Cuando la guerra llegaba a su término se le planteó a Estados Unidos el grave problema de cómo asegurar la «estabilidad» del Vietnam y de abrir ese país a los «intereses norteamericanos».

Como ya he dicho, Estados Unidos advirtió al gobierno de Vichy que, al terminar la guerra, Francia perdería Indochina. Mientras duraron las hostilidades, los representantes de Francia libre fueron también excluidos de las conferencias en las cuales las grandes potencias discutían el destino de Indochina. Estados Unidos prefería considerar como cuarta potencia en estas discusiones a la China de Tchang Kai-chek. Todavía en 1944, el presidente Roosevelt indicaba en términos vagos que el régimen de mandato le parecía la mejor solución del problema indochino. Estas proposiciones fueron discutidas frente a la perspectiva de la creación cercana de la ONU. Pero el régimen de mandato significaba acceso gradual a la independencia y a la autodeterminación local, y el Vietminh se había adelantado al horario previsto.

El 9 de marzo de 1945, los japoneses dieron un golpe militar que les aseguró el poder absoluto y directo sobre Indochina. Para los ejércitos aliados, se acercaba el momento de la victoria total y Japón temía que, en esas condiciones, sus colaboradores franceses traicionaran su confianza. ¿El oportunismo no iba a incitarlos a cambiar de campo? Los japoneses encarcelaron inmediatamente a la mayor parte de los franceses muchos de los cuales tuvieron, además, que sufrir una humillación pública. Las guarniciones japonesas eran suficientemente fuertes como para tener a raya a los franceses, pero absolutamente incapaces de afrontar al Vietminh. Los japoneses intentaron

conquistarse algunos nacionalistas y lograron obligar a cierto Bao Dai a ejercer, bajo su tutela, las funciones de «emperador». Hicieron tentativas, por regla general vanas, para constituir cuerpos de jóvenes y unidades militares vietnamitas que combatieran junto a ellos; sólo lograron dar a muchos vietnamitas la ocasión de aprender el oficio de las armas y equipar a las fuerzas del Vietminh. En la primavera de 1945, el Vietminh obtuvo grandes victorias, consolidó sus posiciones en regiones importantes, en particular al norte del país. Al llegar el verano, estaba en condiciones de reindicar el poder de hecho.

Estos diversos acontecimientos crearon una atmósfera de crisis en la cual los políticos norteamericanos se vieron obligados en 1945 a definir su línea de conducta. Frente al poder que representaban las fuerzas armadas comunistas surgidas en la Europa liberada, algunos de aquellos que formulaban la política a largo plazo decidieron revisar la estrategia de la época de la guerra, con el aditamento de que en 1944, en la Convención del partido demócrata, los elementos conservadores se afirmaron vigorosamente. El vice-presidente Henry Wallace fue reemplazado por Harry S. Truman. Por consiguiente, en el Ministerio de Relaciones Exteriores se produjeron cambios importantes: el secretario Edward R. Stettinius encargó a Dean Rusk, Nelson Rockefeller y a otros que lo asesoraran para adoptar una política internacional algo diferente. La muerte de Roosevelt y la nueva reorganización del personal que fue su secuela, dieron a esta nueva orientación un carácter decisivo. El secretario de estado Byrnes profesaba un anti-comunismo sin equívocos. La primera preocupación del nuevo equipo no fue la derrota militar del Japón que, en verdad, era ya un hecho evidente; en la primavera de 1945, la marina y la aviación del Japón no estaban ya capacitadas para librar la menor operación importante. En los primeros días de la primavera, los japoneses se pusieron en contacto con los dirigentes de la URSS, y preguntaron cuáles serían las condiciones de una rendición eventual. Los rusos retransmitieron la información a Estados Unidos. Pero en esa época, los norteamericanos tenían preocupaciones políticas más sutiles.

En primer lugar, los norteamericanos intentaban limitar al mínimo la influencia soviética en Asia. Querían prevenir cualquier ac-

tividad rusa en Asia, por el temor que les inspiraba cualquier hecho capaz de favorecer la aparición de naciones socialistas en las regiones en lucha por la independencia. Los acuerdos de Yalta preveían la entrada de guerra de la URSS en Asia para el verano de 1945. Esta perspectiva junto al poder de los movimientos nacionalistas fueron decisivos cuando se resolvió reducir a cenizas Hiroshima y Nagasaki. La exposición completa de las razones que motivaron esta decisión sin duda es compleja. No obstante, la utilización de bombas atómicas de tipos diferentes para cada una de las ciudades, permite pensar que se trataba de una experiencia deliberada, efectuada a costa de miles de vidas humanas. Durante todo el tiempo que duró el perfeccionamiento de la bomba atómica, los ejecutores de la política norteamericana se proponían sin duda alguna utilizar esta arma para intimidar a los dirigentes de la URSS. Pero habría sido igualmente fácil demostrar el poderío terrorífico de las armas nucleares haciendo explotar la bomba en zonas deshabitadas. Cabe pensar pues, que la decisión de utilizarla contra ciudades de Asia respondía a dos razones. En primer lugar, un motivo de orden psicológico: el empleo de las bombas A contra los japoneses creaba el mito según el cual el bombardeo de las ciudades japonesas había sido decisivo en la rendición de Japón. Por razones evidentes, era imposible que los dirigentes de la URSS admitieran este mito. Pero la gente simple de occidente —al igual que los dirigentes de los movimientos nacionalistas asiáticos, que no sabían que Japón había solicitado la paz seis meses antes, admiraron ese mito sin más explicaciones. Los occidentales querían creer que la técnica permitía reemplazar las operaciones terrestres por otro tipo de guerra. En segundo lugar, los bombardeos tenían por fin demostrar claramente que el poderío de Estados Unidos podía ser utilizado —y lo sería— para aniquilar de un solo golpe a las masas asiáticas. Al reducir a cenizas dos ciudades japonesas, Estados Unidos sin lugar a dudas no intentaba aumentar su popularidad en Asia (sobre todo si se tiene en cuenta la actitud por regla general ambigua de los dirigentes nacionalistas respecto a los japoneses). Este acto horrible sólo podía tener como objetivo atemorizar a los nacionalistas de Asia.

Pero el Vietminh no se dejó intimidar. Durante todo el mes de agosto de 1945, se puso

en condición de consolidar su poder. El 19 de agosto, se establecía un gobierno en Hanoi, y Bao Dai, emperador fantoche que había servido a franceses y japoneses, fue obligado a abdicar. El 25 de agosto, se organizaba en Saigón una gran manifestación destinada a expresar el apoyo al nuevo gobierno. El 2 de setiembre de 1945, Ho Chi Minh publicaba una declaración de independencia con el espíritu de la declaración norteamericana del 4 de julio de 1776, lo cual no deja de tener cierta ironía. La acción audaz del Vietminh obligó a Estados Unidos a tomar una decisión sobre el problema indochino. Los aliados se negaron a apoyar a Ho Chi Minh y juzgaron más apropiado confiar a elementos «seguros» la tarea de recibir la rendición de los japoneses. Antes que fuera el Vietminh quien los desarmara y pudiera equiparse así para la defensa de la independencia, los aliados prefirieron encargar al Kuomintang y a los británicos la responsabilidad de la rendición de las fuerzas japonesas estacionadas en Indochina. Tropas coloniales británicas se movilizaron desde Birmania y la India hacia el sur del Vietnam, y las tropas de Tchang Kai Chek operaron en el norte. En realidad, ni unos ni otros cumplieron estrictamente la misión confiada. Al sur del país, las tropas al mando del mayor general británico Douglas Gracey dieron más importancia al restablecimiento de la dominación francesa que al desarme y repatriación de los japoneses. Comenzaron por liberar a los franceses que los japoneses habían encarcelado a último momento y rearmaron a unos cinco mil soldados franceses. Los británicos intentaban abiertamente derrocar el gobierno Vietminh y el 23 de setiembre, acordaron su apoyo a un golpe de fuerza organizado por los franceses. Estos últimos estaban impacientes por vengarse de la humillación que les habían infligido los asiáticos. Comprendían perfectamente que el Vietminh, que trataba de levantar todo un aparato gubernamental, ponía en peligro su hegemonía. Con el apoyo británico, emprendieron contra el Vietminh operaciones de limpieza. En más de una ocasión, franceses y británicos recurrieron para realizar esta tarea a los servicios de las tropas japonesas. Vale la pena destacar aquí que en un principio los británicos acusaron falsamente al Vietminh de servir a los japoneses.

Mientras tanto, en el norte, el Kuomintang, fiel a su naturaleza, evitaba el peligro y eludía

la lucha. Como de costumbre, esas tropas venales estaban dispuestas a venderse al mejor postor o al menos distante. Por esta razón intervinieron muy poco, mientras el Vietminh recibía efectivamente la rendición de los japoneses. Además, muchos soldados del Kuomintang vendieron al Vietminh su valioso armamento norteamericano. De esta manera, a pesar de las dificultades sufridas en el sur, el Vietminh pudo, en los primeros meses subsiguientes a la paz, tomar importantes disposiciones que permitieron consolidar sus posiciones en el norte.

«Parece indudable que el Vietminh demostró una gran confusión a principios del período de la posguerra. Era incapaz de considerar a Estados Unidos como un enemigo. Por supuesto, Estados Unidos mantenía a su respecto una actitud ambigua. En el editorial del «New York Times» del 21 de setiembre de 1946, se podía leer lo siguiente:

«Ho Chi Minh... es el Vietnam. Este extraño pequeño personaje, tan dulce en apariencia y sin embargo tan resuelto, ha dado al nuevo estado más audacia, aspiraciones y probablemente también más perspectiva. Le ha dado forma, lo ha sometido a la prueba de fuego y será el guía.»

También el Vietminh acordó cierta confianza a la coalición socialista-comunista que gobernaba Francia. De 1945 a 1947, se esforzó por negociar con Francia la independencia, en condiciones muy moderadas. Como lo demuestra la literatura que publicó durante este período, el Vietminh se imaginaba que la continuación del régimen colonial en Indochina solo sería defendida por una pequeña camarilla de capitalistas franceses y no por el pueblo francés, o el pueblo norteamericano, o incluso los capitalistas norteamericanos. Pero antes de finalizar el año 1945, los franceses habían enviado alrededor de 50.000 hombres al sur del Vietnam. Las negociaciones proseguían: las elecciones generales de enero de 1946 confirmaron la legitimidad del gobierno Vietminh. En marzo de ese año, el presidente Ho Chi Minh firmaba con Francia un acuerdo en el cual se decía explícitamente: «El gobierno de Francia reconoce a la República del Vietnam como estado libre con disposición propia sobre su gobierno y su parlamento, sobre su ejército y sus finanzas, y como miembro integrante de la Federación Indochina de la Unión Francesa.» Los franceses sin tener para nada en cuenta las promesas hechas al Vietminh, tomaban paulatinamente las medidas necesarias para

restablecer su poder y desembarcaban miles de soldados. La presencia de unidades de la legión extranjera provocó en las ciudades hostilidades inmediatas. Las masacres eran rutina diaria. Del lado francés, el respeto por el «modus vivendi» era irrisorio; el bombardeo de Haiphong, el 23 de noviembre de 1946, fue la última manifestación de fuerza. Miles de civiles inocentes fueron asesinados. Las posibilidades de solución pacífica quedaban excluidas.

A no ser por el Plan Marshall, Francia no habría podido financiar la guerra costosa y prolongada subsiguiente. No solo la ayuda de Estados Unidos hizo posible la guerra, sino también tuvo gran influencia sobre la manera como se condujo esa guerra. Sin extendernos a comentar el efecto de la ayuda norteamericana sobre el carácter de los gobiernos de coalición que se constituyeron en Francia, podemos comprobar que los norteamericanos se esforzaron en crear una «imagen» para la guerra de Indochina, cuyos gastos tuvieron que tomar, cada vez más, a su cargo y que no tardaron en encarar una intervención directa al ver que los franceses no podrían vencer. En un principio, Estados Unidos era partidario de la restauración de la hegemonía colonial francesa en Indochina, no porque sintiesen gran simpatía por los intereses coloniales de Francia, sino porque consideraban a ésta más capaz que a un Vietnam socialista, de cooperar con los inversores norteamericanos y mas receptiva a la ayuda norteamericana. Dadas las relaciones comerciales que existían entre Francia y Estados Unidos, era difícil imaginar que la posición aparentemente dominante que detentaba Francia en Indochina pudiera crear problemas a los norteamericanos. Pero Francia tenía la tarea de reprimir una insurrección indígena, mientras Estados Unidos debía encontrar la fórmula para sostener, de la manera menos comprometedora posible, la feroz guerra colonial que libraba otro país.

Los norteamericanos hicieron comprender claramente a los franceses que Estados Unidos les retiraría su apoyo si el conflicto aparecía abiertamente como una guerra de conquista colonial. Al contrario, según opinión de los norteamericanos, debía presentarse con los colores de una cruzada anticomunista, de una guerra librada contra elementos subversivos, bandidos y rebeldes y destinada a poner coto a los designios agresivos del imperialismo soviético. «Para otorgar un carácter positivo a la operación, la guerra en Vietnam debe realizarla una fuerza nacionalista «más auténtica».

que se beneficiaría con la generosa ayuda de Francia y sus aliados del mundo libre, y no una potencia colonial.» Por supuesto existía una dificultad evidente: la guerra estaba ya en marcha desde hacía un tiempo, sin que Francia pretendiera aportar su apoyo a un gobierno nacionalista. En verdad, Francia había reconocido en 1946 la legitimidad del gobierno Ho Chi Minh, llevado al poder por elecciones libres y legítimas. A mitad del combate, Estados Unidos advertía que se mantuviera secreta la identidad del campo que sostenían. Era ya bastante difícil seguir esta política, pero buscar un «nacionalista» capaz de adherirse a ese plan absurdo, constituía una tarea prácticamente irrealizable.

Ese fue desde el principio el plan de Estados Unidos, un plan ampliamente inspirado en los establecidos para «la independencia» de China y Filipinas. Fueron los norteamericanos finalmente quienes se encargaron de elegir el «nacionalista» idóneo. El presidente Harry Truman confió a su enviado, William Bullitt, la misión de emprender la búsqueda. La elección que hizo Bullitt no reveló el menor esfuerzo de imaginación: simplemente recurrió a Bao Dai, que antes se había distinguido por su colaboración con los japoneses. Además, Bao Dai había formalmente abdicado en favor del Vietminh y ejercía honorariamente las funciones de consejero político en el gobierno de Ho Chi Minh. Después de manifestar un interés efímero por el gobierno Vietminh, pronto desapareció, en Hong Kong, en el anonimato de la vida nocturna. De Hong Kong, pasó a la Costa Azul donde Bullitt finalmente lo encontró. Fue difícil para los norteamericanos convencer a Bao Dai para que volviera a la «política»; pero después de dos años de discusiones, aceptó renegar de su abdicación y asumir el título de emperador, restablecido para uso suyo. Fue recién en el verano de 1949 que la guerra colonial librada por Francia pudo transformarse oficialmente en defensa del gobierno «legítimo» de Bao Dai.

El carácter equívoco y tardío de esta metamorfosis de la guerra de Indochina provocó gran irritación entre los dirigentes de la política norteamericana. Además, la triste notoriedad de Bao Dai recordaba las máculas de la camarilla corrompida que gravitaba alrededor de Tchang Kai Chek; el fracaso sufrido en China era un presagio peligroso. Todo ésto, sumado a las derrotas del ejército francés, convenció a los agentes de los servicios de inteligencia norteamericanos de la necesidad de encontrar otra solución. (Las actividades clan-

desinas del personal norteamericano en el transcurso de este período inspiraron a Graham Greene su novela titulada «Un Americano tranquilo».) Mientras un ejército francés destrozado continuaba una guerra vana, enérgicos y a menudo ingenuos representantes de la C.I.A., que muchas veces se hacían pasar por universitarios, se abocaron tranquilamente a la búsqueda de personalidades capaces de reemplazar a Bao Dai. Su elección definitiva es bien conocida: recayó sobre Ngo Dinh Diem, descubierto en 1950 en Tokyo por el «profesor» Wesley Fichel.

La guerra se presentaba mal para Francia. Los oficiales franceses dirigían una banda incoherente, compuesta de legionarios, mercenarios y tropas coloniales, en la lucha contra los resistentes del Vietminh. Los soldados negros provenientes de Africa y las Antillas trajeron una buena lección de esta experiencia. Comprendieron rápidamente que eran carne de cañón en una guerra de conquista racista. Con el aditamento, de que el retiro de gran cantidad de elementos pertenecientes a las tropas coloniales estacionadas en las guarniciones de Africa, debilitaba el dispositivo defensivo de Francia en sus colonias de Africa del Norte. El debilitamiento de las guarniciones, la experiencia militar adquirida por los africanos y la inspiración directa que provocaba la lucha librada por el Vietminh, todos esos elementos combindos explican el desarrollo de movimientos de resistencia militante en Túnez (1952), en Marruecos (1953) y en Argelia (1954). Es por eso que la revolución vietnamita alcanzaba importancia internacional.

En 1954, Francia ya había desembarcado más de 400.000 hombres en Indochina. Según Jules Moch, delegado de Francia en la O.N.U. (citado en el «New York Times» del 22 de julio de 1954), 92.000 muertos y 114.000 heridos eran las pérdidas del lado francés. El costo de la guerra ascendía a siete mil millones de dólares. A medida que los oficiales franceses salían de Saint Cyr se hacían matar en el Vietnam. Los franceses tenían cada vez menos deseos de continuar la guerra. El escenario estaba pronto para la intervención directa de Estados Unidos. El 4 de julio de 1954, se podía leer en el «New York Times»:

«Este año Estados Unidos carga con el 78 % de los gastos ocasionados a la Unión Francesa por la guerra de Indochina. A principios de 1954, cuando comenzaba el sitio de Dien Bien Phu, la intervención de Estados Unidos era solo un problema de método. Algunas informaciones permiten

pensar que John Foster Dulles propuso a Bidault el empleo de armas nucleares en Dien Bien Phu. En abril de 1954, el vicepresidente Nixon lanzó «globos de ensayo», para desentrañar la reacción de la opinión pública ante la perspectiva de que combatieran fuerzas terrestres norteamericanas en Vietnam. En aquel entonces, varias circunstancias se opusieron a una intervención militar inmediata.»

En el transcurso del debate que tuvo lugar en el Senado durante la batalla de Dien Bien Phu, políticos influyentes, entre los cuales figuraba John F. Kennedy, se opusieron a la intervención de Estados Unidos junto a los franceses. El recuerdo de Corea seguía vivo: el pueblo norteamericano no quería enviar sus hijos a morir en una nueva guerra asiática. En el seno del gobierno norteamericano, elementos muy influyentes ya consideraban que la situación era propicia para una nueva experiencia en Vietnam. Desde hacía tiempo, la C.I.A. deseaba deshacerse de Bao Dai y terminar de una vez por todas con la imagen desagradable de la guerra colonial. Todos los partidos siguieron atentamente las negociaciones de Ginebra.

Las negociaciones duraron largos meses. El 8 de mayo Dien Bien Phu cayó, y los franceses manifestaron claramente su intención de abandonar el Vietnam. La estrategia seguida por ingleses y norteamericanos fue simple: consistía en prometer todo. Juzgando literalmente, sería difícil afirmar que los acuerdos de Ginebra eran contrarios a los intereses del Vietminh: preveían la evacuación de todo el personal militar extranjero, la unidad nacional bajo un gobierno libremente elegido y prohibían la introducción en el país de nuevas tropas extranjeras. Pero, entre bambalinas, los norteamericanos trabajaban de firme. El 7 de julio, Bao Dai se dejó convencer y nombró primer ministro al ambicioso Ngo Dinh Diem, hombre de los norteamericanos. Además, ya habían comenzado a introducir secretamente en Vietnam a sus «consejeros» y otros funcionarios civiles.

Lo ocurrido desde 1954 es bien conocido. La responsabilidad de los norteamericanos es evidente. Y lo que debe hacerse en la actualidad lo dice con vigor el dramaturgo Peter Weiss:

«(Un hedor de carroña) apesta las posesiones de las naciones ricas. El progreso que los políticos de esos países evocan con voz ahogada por las lágrimas se parece cada vez más a un progreso en el arte de

destruir la vida humana. Estados Unidos, tierra de asilo para tantos demócratas auténticos, aparece a los pueblos en lucha por la libertad e independencia como la heredera de Guernica, de Lidice y de Maidanek. Los neutrales dejan hacer, protestan en muchas ocasiones, pero buscan aún los aspectos favorables a la conciliación y no quieren contrariar a su gran socio comercial. Los obreros de los países occidentales, a pesar de sus gigantescas organizaciones sindicales, callan. Mientras se preocupan por hacer suyos los valores burgueses, cierran los ojos ante la situación en África y América Latina de un proleta-

riado que vive en las condiciones más escandalosas y que en Asia del sudeste, se hace asesinar por centenas de millares. Callan, aunque son los únicos capaces, a través de una proclamación común, de evitar el baño de sangre. Las exhortaciones lanzadas por estudiantes, sabios, artistas y escritores han tenido por el momento efecto limitado. Pero si millones de obreros se dispusieran finalmente a hablar y exigir, insistentemente, y con la ayuda de todos los medios en su poder, la inmediata interrupción de los actos de guerra de Estados Unidos, sería difícil para Johnson y su gobierno la prosecución del crimen.»

2

Guerra y atrocidades

LA guerra del Vietnam, al principio, fue un amplio movimiento de resistencia a los franceses, bajo la dirección del comunista Ho Chi Minh. Los franceses hicieron una guerra feroz a campesinos sin armas. (1) Con la táctica de la guerrilla, los vietnamitas desalojaron a los franceses del norte de Vietnam y finalmente los derrotaron en la batalla de Dien Bien Phu. Las negociaciones de Ginebra llevaron a la creación de una comisión internacional encargada de asegurar el mantenimiento de la paz y de evitar toda iniciativa de intervención extranjera.

Antes de desarrollar mi pensamiento sobre este punto, quiero indicar que el material de este capítulo proviene de periódicos y otras fuentes análogas. Muchos datos han sido sacados de los boletines publicados por comités vinculados a Vietnam, algunos de los informes publicados por la Cruz Roja del Frente Nacional de Liberación y otros de un libro muy interesante de Wilfred G. Burchett, titu-

lado «The Furtive War». La mayor parte de los hechos citados salieron ilesos del crisol de los desmentidos norteamericanos. Muchos, incluso, han sido admitidos por las autoridades norteamericanas. Tengo serias razones para creer que todos son irrecusables.

Es importante comprender que, desde la derrota definitiva infligida a los franceses en 1954 en Dien Bien Phu, la guerra prosiguió bajo la dirección clandestina de Estados Unidos. Después del retiro de Francia y las negociaciones de Ginebra, Estados Unidos comenzó a enviar a Vietnam efectivos considerables. Uno de los aspectos más importantes de este conflicto consiste en la pretensión, sostenida durante años por Estados Unidos, de que no había guerra y que esta guerra que no existía no era dirigida por los norteamericanos. Tuve algunas decepciones cuando intenté revelar que había guerra y que los norteamericanos conducían en su mayor parte las operaciones. En primer lugar, los diarios occidentales e in-

cluso la gente vinculada al movimiento pacifista occidental sostenían que no existían pruebas que permitieran afirmar que los norteamericanos dirigían esa guerra. El «New York Times» recurrió en varias ocasiones a este argumento. En el transcurso de la controversia, finalmente se admitió la participación de Estados Unidos pero a título puramente consultivo.

Cuando el ejército norteamericano fue acusado de utilizar armas químicas en Vietnam, se empezó por negar el hecho, después se sostuvo que las sustancias químicas se habían utilizado contra la opinión y el deseo de los norteamericanos. Enseguida, se reconoció que se habían empleado con instrucciones de Estados Unidos, pero se afirmó que no ponían en peligro la vida humana y que estaban únicamente destinadas a destruir la vegetación y el follaje. Puse a disposición de la opinión pública una documentación impresionante y densa que demostraba la utilización de otras sustancias químicas y solicité se iniciara una investigación internacional sobre mis alegaciones y sobre las pruebas que suministraba en su apoyo. Supe a través de diversos diarios occidentales que no se habían encontrado observadores que pudieran juzgar el peligro del empleo de esas sustancias y que la Comisión Internacional de Control no había hecho comentario alguno tendiente a condenar la utilización.

Parece extraño atribuir semejante argumento a la Comisión Internacional. Esta tenía por función tomar disposiciones para prevenir la intervención extranjera. Al comprobar sin mencionar la participación de Estados Unidos en el conflicto, actuaba en violación de su mandato, lo cual hacía desconfiar de su aptitud para detectar las sustancias químicas, dado que se mostraba impotente para descubrir la presencia de un ejército, de una aviación, de servicios de abastecimiento, de una guerra en toda su amplitud. Espero volver a tratar más adelante estos aspectos más contemporáneos de la guerra en el Vietnam. Me limito a destacar aquí que la guerra extraordinaria que arrasa al Vietnam logró eludir los compromisos jurídicos de los acuerdos de Ginebra. La represión y la exterminación pudieron ejercerse sin que las comisiones de control instituidas en Ginebra opusieran mayor resistencia: durante un tiempo fueron ignoradas por la prensa occidental y aquellos cuya función era oponerse a la guerra fría, a las guerras locales y a las guerras de aniquilación solo le consagraron una limitada atención.

La historia de las relaciones franco-vietna-

mitas, en particular en el norte, es casi idéntica a la de las relaciones entre Estados Unidos y Vietnam del Sur. En las postrimerías de la segunda guerra mundial, surgió un movimiento de rebelión que cada vez se hizo más poderoso y alcanzó su punto culminante con las decisiones de Ginebra. Durante un período transitorio Vietnam debía ser dividido en dos, el norte puesto bajo el control de las tropas de Ho Chi Minh y el sur bajo las de los grupos pro-occidentales. Quedó establecido que en todo el país se organizarían elecciones generales que conducirían, se creía, a la unificación y la neutralización. Las conferencias que tuvieron lugar en 1954 en Ginebra tenían por objetivo asegurar la neutralización de toda Indochina. Estados Unidos aunque no fue signatario acordó; sin embargo, su adhesión nominal a los acuerdos y sostuvo que constituían el fundamento de su política en Indochina.

En realidad, Estados Unidos bien pronto decidió que no era posible organizar elecciones generales, dadas, para utilizar sus propios términos, «las perturbaciones que sufría el país». Se lanzó a la intervención activa, envió armas, dinero y hombres, y colocó en el poder a una oligarquía dirigente que servía a sus intereses. Esta intervención extranjera directa convertía en irrisorios a los acuerdos de Ginebra y ponía a prueba a la comisión internacional de control. Al demostrarse incapaz de oponerse firmemente a esta violación de los acuerdos, la comisión dejaba abierto el camino a la violencia, a la intrusión de la guerra fría y al peligro que amenazan actualmente en Asia del sudeste la paz del mundo.

John Foster Dulles había reclamado insistentemente la utilización de armas nucleares en Dien Bien Phu. Su deseo de incluir esta zona en el campo de la guerra fría condujo a la creación de la O.T.A.S.E. (Organización del Tratado de Asia del Sudeste), cuyo objeto era acabar rápidamente con la neutralidad y forjar una alianza militar anticomunista. Estados Unidos dio su apoyo a Ngo Dinh Diem, rico refugiado de Vietnam del Norte. Diem y su familia, al igual que la familia Nhu, representaban a un grupo de terratenientes y a la jerarquía católica de Vietnam —un medio cerrado y estrechamente unido. La familia Diem ubicó en diversos lugares, funcionarios y parientes que administraban sus provincias prácticamente como dominios propios. Por no haber demostrado suficiente lealtad al régimen Diem, los representantes de sectas y cultos diversos fueron reducidos sin consideración. Las familias Diem y Nhu conservaban su poder

gracias al apoyo de Estados Unidos, cuya política consistía en mantener a Vietnam del Sur en el campo anticomunista y oponerse a todos los grupos que no servían sus designios. Aunque neutralista, el «vietcong» (2) tenía que ser aniquilado. El régimen Diem se asentaba en el terror y la persecución. Infligía tremendas torturas a los campesinos. Destaquemos aquí un hecho que induce a reflexionar. Ese régimen pudo enviar a 350.000 personas a campos de prisioneros políticos, desarraigar la mayor parte de la población rural para internarla en campos, sin suscitar grandes protestas. Eso se debe en parte a que, hasta 1962, los informes occidentales callaban cuanto ocurría en Vietnam. Se debe también al mutismo de los grupos pacifistas que temían aparecer defendiendo «el punto de vista comunista».

En «The Furtive War», Burchett cuenta el caso de una jovencita encarcelada y torturada: «Un día», dice ella, «al volver a mi casa, encontré dos agentes de seguridad que me esperaban. Me condujeron a Faifo, donde durante meses me torturaron brutalmente. Una vez, al recuperar la conciencia, me encontré totalmente desnuda y bañada en sangre de las heridas que me habían hecho en todo el cuerpo. En la celda había otras personas. Oí gemir a una mujer y en la penumbra vi a una mujer en un mar de sangre; a fuerza de golpes, la habían hecho abortar. Pude distinguir a un viejo a quien le habían arrancado un ojo, y estaba en agonía. A su lado, se encontraba un muchacho de trece o catorce años, también asesinado; un poco más lejos, otro muchacho, igualmente muerto con el cráneo hundido. Me habían arrojado ahí con la esperanza de que ese espectáculo me quebraría.»

Al fin, esta jovencita fue guiada secretamente hasta Vietnam del Norte. Este relato, confirmado más tarde por investigadores neutrales, habrían podido repetirlo muchos de los 350.000 prisioneros políticos.

En su inmensa mayoría, los campesinos apoyan a los guerrilleros. Se estima en 160.000 el número de campesinos asesinados y en 700.000 el número de mutilados. Con el fin de retirar a los guerrilleros el apoyo de la población, Diem y los norteamericanos crearon las «aldeas estratégicas», a donde fueron expedidos sin consideración, los habitantes de zonas rurales y de aldeas, en un plazo mínimo. En realidad, esas «aldeas estratégicas» eran prisiones. Quien hubiera sido enviado a la fuerza no podía salir nunca más. Las «aldeas»

estaban rodeadas de estacas, de fosas, de alambres de púas y eran vigiladas por patrullas acompañadas de perros. La «aldea» tenía aspecto de campo de concentración. «L'Observer» opinaba que el 65 % de la población rural, es decir más de siete millones de personas, vivían encerradas allí a mediados del año 1963. La creación de las «aldeas» surgió por decisión norteamericana: en una declaración pública, W. W. Rostow, consejero del ministro de relaciones exteriores, al comentar esta decisión proponía que el ejército norteamericano utilizara al Vietnam como campo de experimentación para el perfeccionamiento de la técnica y de las armas en la lucha contra la guerrilla.

Con el fin de separarla de las unidades de guerrilleros, que encontraba en ella víveres y soldados, se hacinó a la población rural en las «aldeas estratégicas». Escribí en 1963 al «Washington Post» y al «New York Times», para intentar desenmascarar la verdadera naturaleza de esta guerra, que calificaba de «guerra de exterminio y atrocidad». El «New York Times» me reprochó enérgicamente esta acusación. El ministerio de relaciones exteriores desmintió el empleo de armas químicas en Vietnam; pero el «New York Times» reconoció en un editorial la utilización de herbicidas; pero agregó que solo el ejército gubernamental vietnamita, y no los norteamericanos, empleaba napalm. Madame Nhu declaró: «¿Si no les gustan los productos químicos que utilizamos por qué no se van de nuestras selvas?» El «New York Times» olvidaba que, el 19 de junio de 1962, se informaba desde sus propias columnas la destrucción, por el ejército gubernamental, de unas 1.400 aldeas, con napalm y armas químicas. La acusación de atrocidades que presenté se fundaba en la utilización implacable de productos químicos y de napalm, en el aniquilamiento de poblaciones civiles y en la existencia de campos de concentración.

No contento con desarraigar la población y crear las «aldeas», Estados Unidos envió helicópteros especiales cuya potencia bélica, en proyectiles de pequeño calibre y en otras municiones, superaba la de los aviones de la segunda guerra mundial. Como lo destacué precedentemente, los norteamericanos afirmaban que sus soldados y aviadores en Vietnam, sólo cumplían funciones de «consejeros» y no eran, por lo tanto, responsables de las acciones de Diem. Al mismo tiempo, se deshacían para disimular al mundo la naturaleza de esas acciones. Los editoriales del «New York Times» son ilustrativos al respecto.

En el transcurso de la controversia que sostuve desde las columnas de «L'Observer», intenté dirigir la atención del público hacia los hechos que conocía: las fotografías y documentos que poseía daban precisiones sobre las aldeas destruidas, las fechas de las operaciones, los individuos involucrados y las sustancias químicas utilizadas; quise también denunciar la utilización que hacía el ejército norteamericano de sustancias químicas tóxicas. Puedo probar que esas sustancias provocaron en más de mil personas trastornos graves, con vómitos, hemorragias, parálisis, ceguera y pérdida de conocimiento. Otros documentos prueban la destrucción de árboles frutales, legumbres, ganado y animales domésticos. Otros, la utilización de gases tóxicos en zonas con gran densidad de población. Esos documentos fueron suministrados en parte por la Cruz Roja del Frente Nacional de Liberación y en parte por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Vietnam del Norte. Se propuso su examen imparcial por cualquier organismo internacional interesado. Las respuestas que me valieron la presentación de esos documentos eran significativas de las actitudes de Occidente frente a esta guerra. Dennis Bloodworth, corresponsal de «L'Observer» en Extremo Oriente, declaró con ironía que yo hacía «aparentemente alusión» a la campaña de desfoliación denominada «operación Ranchhand», y agregaba que en Estados Unidos todo el mundo conocía los herbicidas que se utilizaban ampliamente sin causar daño ni a los animales ni a los hombres. Pretendía que se había desencadenado una campaña de propaganda en la cual se afirmaba, faltando a la verdad, que esas sustancias químicas tenían efectos nocivos, y daba a entender que yo aportaba mi contribución a una operación de propaganda comunista.

Examinemos ahora los comunicados publicados estos dos últimos años en los diarios de Estados Unidos y Gran Bretaña. Este examen será útil para establecer la naturaleza de esta guerra y para apreciar en su justo valor las protestas con las cuales las redacciones sazonaron mis exhortaciones relativas a la situación en Vietnam.

Los norteamericanos pretenden haber intervenido solo como consejeros. Veamos lo que decía el «New York Times» del 17 de marzo de 1962: ese diario informaba que, dado que dos aviones habían sobre la formación para lanzar un ataque sobre el palacio de Diem, desde entonces los pilotos vietnamitas iban acompañados en cada una de sus misio-

nes por norteamericanos especialmente designados. El 23 de marzo de 1963, un largo informe publicado en el «Saturday Evening Post» contradecía la afirmación del «New York Times» según la cual los norteamericanos en uniforme eran «solo consejeros e instructores» y se podía leer, entre otras cosas, esto: «en operación son los soldados norteamericanos los que hacen casi todo el trabajo».

En el «Sunday Times» del 13 de enero de 1963, Richard Hughes evoca «los cuentos con que Washington nos arrulla con la intención de hacernos creer que no hay participación de las unidades militares norteamericanas en las operaciones y que los oficiales e instructores norteamericanos solo están para prestar «consejo, apoyo y asistencia». Estados Unidos actualmente tiene en las zonas de combate más de doscientos helicópteros y cantidades apreciables de aparatos de reconocimiento y de transporte de tropas. Es probable que en el cincuenta por ciento de las misiones de bombardeo y ametrallamiento efectuadas por el ejército del aire sudvietnamita, los pilotos y copilotos sean aviadores norteamericanos. La naturaleza de esta guerra aparece también cuando se leen los textos publicados entre 1962 y 1963 en el «New York Times» y otros periódicos norteamericanos:

«El apoyo táctico de la aviación es utilizado ampliamente. Es difícil saber si las víctimas del napalm y de los estallidos de las bombas son guerrilleros o simples cultivadores.»

(New York Times, 7 de julio de 1962).

«Aunque el gobierno se esfuerza hasta cierto punto por reeducar a los guerrilleros que han caído prisioneros, la mayor parte de ellos son ejecutados.»

(«New York Times», 16 de junio de 1962).

«En el último otoño, durante incursiones aéreas de bombardeo, siete leprosarios desaparecieron del mapa por error.»

(«New York Times», 5 de junio de 1962).

El 18 de enero de 1965, el «Chicago Daily News» decía las cosas más directamente:

«El Gobierno considera a los hospitales del vietcong buenos blancos para las operaciones terrestres y aéreas. Si los comandantes vietnamitas ordenan una incursión aérea sobre un centro médico, los aviones bombardean y ametrallan ese centro, aunque los norteamericanos participan en la misión como consejeros o instructores. Un representante del ejército norteamericano respondió a quienes le preguntaban si los norteamericanos avalaban oficialmente esas

agresiones: «Para el Vietnam, no está definida netamente la línea política. Los aparatos de la aviación vietnamita con frecuencia son piloteados por norteamericanos.»

Los editorialistas del «New York Times» que ignoran las informaciones publicadas en su propio diario (entre otras, la que se refería a la destrucción del sesenta por ciento de las aldeas del país) podrían haber escuchado el 6 de enero de 1963 la «Voz de América»: se habrían enterado de que, durante el año 1962, la aviación de Estados Unidos efectuó cincuenta mil ataques sobre las aldeas y virtualmente sobre toda la población campesina que vive fuera de las aldeas estratégicas. Esta información fue confirmada por el Ministerio de Defensa Nacional de Estados Unidos. Michael Mansfield, senador del estado de Montana, declaró que en Vietnam los soldados norteamericanos participan en todas las operaciones; Estados Unidos, dijo, libra una «guerra secreta». Cuando aparece en alguna parte una intensa actividad de guerrilleros, se evacúa a la población, luego la zona inculpada prácticamente es borrada del mapa.

Volvamos a las citas:

«Norteamericanos y vietnamitas marchan juntos, combaten juntos, mueren juntos, es difícil concebir una intervención más activa.»

(New York Times, 21 octubre de 1962)
«Estados Unidos está profundamente comprometido en la mayor guerra secreta de su historia. Nunca se habían visto tantos militares norteamericanos en acción en una zona de operaciones sin que se previera, para la información de la opinión pública, el menor programa oficial. Estados Unidos está en guerra y no existe rendición de cuentas públicas de las autoridades, o informes sobre los efectivos involucrados, sobre las sumas y materiales invertidos.»

(New York Herald Tribune, 23 de noviembre de 1962).

Esta guerra, en el transcurso de la cual siete millones de seres humanos han sido colocados en campos de internación, esta guerra que lleva 160.000 muertos, 700.000 torturados, 350.000 prisioneros —fueron necesarios 16.000 campos—. he aquí como la describe «The Nation» el 19 de junio de 1963:

«Es una guerra sucia, una guerra cruel. Tan sucia y cruel como la guerra librada en Argelia por el ejército francés con gran escándalo de la conciencia norteamericana.»

«The Nation» agregaba:

«En verdad, el ejército de Estados Unidos, a unos 16.000 kms. de su patria, libra, para sostener una dictadura abierta y brutal, una guerra que no ha sido declarada, que nunca recibió, como lo exige la constitución, la sanción del Congreso de Estados Unidos.»

Ya he dicho que hubo disimulación de hechos: también se guardó silencio sobre los efectos de los denominados, con un eufemismo, «herbicidas». Denis Bloodworth contaba que, en abril de 1963, funcionarios del Vietnam del Sur:

«se friccionaban las manos y brazos con defoliantes, en presencia de los correspondientes extranjeros, que habían elegido los recipientes de los cuales había que sacar la sustancia utilizada y uno de ellos incluso llegó a beber cierta cantidad.

(«The Observer», 9 de febrero de 1964).

El examen de esos herbicidas y de sus efectos tiene cierto interés. El 16 de mayo de 1963, el «Times» revelaba que el uso de pesticidas había provocado la muerte de pájaros de cincuenta y ocho especies diferentes y que cincuenta pesticidas utilizados corrientemente provocaban «intoxicaciones agudas» en los animales y seres humanos. El presidente Kennedy juzgó prudente suspender el empleo de esas sustancias y ordenar una investigación oficial. Se dijo en Estados Unidos que las sustancias químicas utilizadas como defoliantes y herbicidas habían provocado en California mil cien intoxicaciones graves y ciento cincuenta decesos (Reuter, 16 de mayo de 1963). El doctor Jerome Weisner, consejero científico del presidente Kennedy, afirmó que esos herbicidas, utilizados sin control, eran potencialmente «más peligrosos que las lluvias radioactivas.» Su empleo ya ha provocado muertes y trastornos graves en Gran Bretaña, Estados Unidos y Escandinavia.

El napalm es una sustancia química que arde sin que sea posible apagarla. Las heridas de las víctimas supuran a la vista de los espectadores aterrorizados. Esta arma tiene por fin provocar la histeria y el pánico; es también un arma de exterminación. Ha sido utilizada en más de 14.000 aldeas. Esta guerra cuesta a Estados Unidos un millón de dólares por día. El 8 de setiembre de 1963, «L'Observer» estimaba en 4.000 el promedio de pérdidas sufridas por mes. La Central Intelligence Agency, según una evaluación publicada el 10 de setiembre de 1963 en el «Times», consagraria

250.000 dólares mensuales para el mantenimiento de ejércitos privados, espionaje e intrigas.

Esta guerra fue conducida esencialmente bajo el reinado nominal de Diem. Diem, que paulatinamente se volvía más imprudente, terminó asesinado en un golpe que, en opinión de la mayor parte de la gente, fue montado por Estados Unidos, después que algunos eminentes sacerdotes budistas se inmolaron en el fuego. Conviene destacar que la oligarquía militar sucesora de Diem le reprochó intentar negociaciones secretas con el norte pero no, lo cual es significativo, el haber sometido a la población a una tiranía intolerable. La muerte de Diem no fue seguida de mejoramiento alguno. En realidad, Diem solo fue el instrumento de los norteamericanos; su muerte provocó únicamente un cambio: los norteamericanos fueron responsables exclusivos de todo lo que antes habían imputado a Diem y de lo hecho bajo el régimen de este último.

El Frente Nacional de Liberación fue constituido el 20 de diciembre para unificar los diversos elementos en rebelión contra la dominación norteamericana. (3) En 1961, 10.000 soldados de Diem ya habían desertado para plegarse a los guerrilleros con armas y equipos. Volvamos al tratamiento reservado a esta rebelión popular. En varios números del «New York Times» (30 de enero, 27 y 29 de marzo, 1, 4 y 20 de abril, 10 de mayo, 24 de junio y 25 de julio) Homer Bigart presentaba el programa siguiente:

«Evacuar a toda la población rural y concentrarla en las aldeas estratégicas, incendiar todas las aldeas abandonadas, inclusive los cereales y los bienes de los habitantes, y cerrar las aldeas estratégicas con una red de alambre de púa.»

Sin duda los habitantes, en su mayoría, desean la neutralidad de su país. Y esto, el gobierno de Estados Unidos no puede admitirlo. Para designar las operaciones militares, cuya responsabilidad, más tarde admitieron en su totalidad, los norteamericanos emplean eufemismos instructivos. Las operaciones «Sunrise», «Pacification of the West» y «Morning star» provocaron en la zona donde tuvo lugar el ataque, la destrucción total de las aldeas, de los sembrados y cosechas.

Según el general Paul D. Harkins, 30.000 campesinos fueron asesinados solo en el año 1962. El 8 de marzo de 1963, «Christian Science Monitor» describía el proceso en estos términos:

«Dado que el ejército encuentra aldeanos ceñudos y que ignora quién es comunista y quién simplemente desapueba a Saigón, y como el ejército tiene que cumplir su trabajo, abate a quien sorprenda huyendo o le parezca peligroso. A menudo se equivoca en la elección.»

En el parte diario, los campesinos asesinados figuran como comunistas. Quien caiga muerto oficialmente es considerado «vietcong».

El 25 de enero de 1963, «Life» publicaba fotografías de bombardeos con napalm, con la siguiente leyenda:

«Sobrevolando a baja altura un sector infestado de enemigos, los instructores de la aviación norteamericana observan el ataque con napalm lanzado por los pilotos vietnamitas. El empleo de bombas incendiarias tiene por objeto desecar enteramente el follaje y dejar al enemigo a descubierto.»

El 15 de abril de 1963, se podía leer en el «*Militant*»:

«El New York Times también informó que los consejeros norteamericanos realizaban, después de cada refriega, un cómputo de los cadáveres de los guerrilleros, para verificar si los soldados de Diem sacaban el mejor rendimiento del material norteamericano y poder entonces declarar que la «caza» había sido buena.»

Frente a todas estas pruebas, desconcierta leer en el «New York Times» del 8 de abril de 1963:

«El napalm utilizado por el ejército del aire sudvietnamita sin duda provocó la muerte de inocentes, como lo han hecho otras armas en todas las guerras. Los consejeros NORTEAMERICANOS (el subrayado es mío) por razones de orden moral y práctico a la vez, se opusieron a su utilización salvo sobre objetivos militares bien definidos.»

Parece que esta definición comprende al 60 % de las aldeas, los hospitales y las clínicas, como también a la totalidad de campesinos que corran o tengan aspecto peligroso. En ese editorial, el «New York Times» contradice las informaciones publicadas en sus propias columnas, de las cuales surgen que los norteamericanos utilizan el napalm y otras armas contra zonas no militares e insisten en la necesidad de utilizarlas.

En el Pentágono, muchos piden insistentemente que Estados Unidos extienda la zona de la guerra e invada Vietnam del Norte. El presidente Johnson hizo saber a los países que di-

rigen y aprovisionan a los guerrilleros supuestamente comunistas de Vietnam del Sur que están involucrados en un juego muy peligroso. El 1º de abril de 1962, el «New York Times» publicaba un mapa donde se indicaba la localización de los elementos del Frente Nacional de Liberación: habían guerrilleros en el sur alrededor de Saigón, pero ninguno cerca de las fronteras de Laos y de Vietnam del Norte. Los periodistas británicos y norteamericanos han afirmado que el «vietcong», además del abundante material confiscado a las tropas del gobierno nominal de Vietnam del Sur, utiliza armas de guerrilla primitivas. El 24 de febrero, el redactor del «Times» escribía que actualmente era dudoso que el gobierno de Vietnam del Sur tuviera la menor voluntad de ganar la guerra. El 1º de marzo de 1964, «L'Observer» citaba las afirmaciones de un funcionario norteamericano: la dificultad, para este último, residía en que los vietnamitas deseaban sólo terminar la guerra, mientras Estados Unidos intentaba extenderla.

Aquellos que han conducido esta guerra se encuentran en una situación difícil. ¿Estados Unidos tendría que retirarse y dejar la victoria al F.N.L.? ¿Estados Unidos tendría que comprometerse en una guerra de conquista, netamente concebida como tal, e intentar establecer una vez más un gobierno absolutamente tributario de un ejército extranjero? El «enemigo» domina cerca del 70 % de Vietnam del Sur. Según información dada por «Observer», el ex-primer ministro Tran Van Huu, declaró en París que el F.N.L. estaba compuesto

en su mayor parte por no comunistas. El vietcong solicita oficialmente la neutralización y liberación de Vietnam del Sur. Aunque la prensa occidental se esfuerce por presentar esta guerra como la lucha de un pueblo democrático indefenso contra el asalto implacable de un vecino comunista agresivo, no deja de ser evidente que el F.N.L. es un frente popular que combatió en Vietnam del Sur a una tiranía aterradora y que ha encontrado la oposición de Estados Unidos, a costa de pérdidas incalculables para la población. ¿Por qué se opone a un frente popular neutralista, no comunista, una resistencia tan violenta? Hasta el Vietnam del Norte comunista, por boca de Ho Chi Minh, declaró que deseaba la unificación con el sur sobre la base de la neutralidad en la guerra fría y la independencia respecto de Rusia, China y Occidente. (Times, 5 de noviembre de 1963).

La política de Estados Unidos, que ha abierto la perspectiva de una invasión norteamericana a Vietnam del Norte, provocará probablemente la intervención de China y en consecuencia su entrada en la guerra. La Unión Soviética se vería entonces arrastrada al conflicto. Pocos acontecimientos son comparables a la guerra de Vietnam. Dura desde hace veinte años; dos potencias industriales de Occidente, dotadas de medios aniquiladores han librado una guerra contra guerrilleros campesinos en una forma que recuerda los métodos utilizados por los japoneses durante la segunda guerra mundial. Todas las armas han sido utilizadas, a excepción de las nucleares.

(1) Este capítulo fue redactado en Marzo de 1964.

(2) Estados Unidos para denigrar al movimiento de guerrilla lo llamaron «Vietcong» que significa «comunistas vietnamitas». No existe en Vietnam del Sur, ningún gruno que se designe con ese nombre abreviado, quienes lo eligieron para los guerrilleros no tuvieron en cuenta un hecho muy importante. Partiendo del principio de que la palabra «comunista» basta en Estados Unidos para alarmar al público y manchar la reputación de cualquier movimiento, comprendieron solamente muy tarde, cuántas combinaciones favorables tiene la palabra comunista en otras partes. Estados Unidos concientemente calumnia, pero fortifica la buena reputación de los comunistas en Asia del sudeste al asociar al comunismo con los movimientos de liberación nacional y con los movimientos populares por la independencia y la justicia social. No está exento de ironía que Estados Unidos, cuando comprendió que había cometido una grave torpeza, buscó corregir la situación rebautizando a los libertadores. Según «New York Times» del 5 de junio de 1962, la C.I.A. llamó a concurso para la creación de un «nuevo nombre para los guerrilleros vietcong» reconociendo que comunista no es una denominación capaz de suscitar el odio entre las masas iletradas del país». Ofrecían

un premio en dinero a quien «encontrara un término que los campesinos empleen corrientemente para expresar el asco o la burla». En Vietnam del Sur sólo hay dos palabras que responden a esta definición: «franceses» y «norteamericanos».

(3) El frente común reagrupa a todos los elementos que han sufrido y optaron por la autodefensa armada. Es una organización donde están representadas numerosas secciones de la población. Comunistas y no comunistas, igualmente víctimas del régimen de Diem, se han unido para la autodefensa. Buena parte de la dirección del frente proviene de los medios intelectuales, donde la falta de libertad ha sido más duramente sentida: médicos, abogados y profesores de facultad tienen papel importante en los comités del F.N.L. Muchos dirigentes religiosos contribuyeron a organizar el frente; representan en relación con los cientos practicados en Vietnam del Sur, a la mayoría (budistas) y a las minorías (algunos católicos romanos y numerosas minorías étnicas, cuyo modo de vida, único en su género era intolerable para ese fariseo Ngo Dinh Diem). Capitalistas menores y hasta propietarios territoriales progresistas se han unido a agricultores, pescadores y obreros, para constituir con ellos un frente de lucha contra el enemigo y opresor común.

3

La barbarie del mundo libre

CUANDO se analiza la política internacional, aflige ver hasta donde llega, entre los liberales e incluso entre los socialistas, la adhesión a los postulados fundamentales de las fuerzas inmensas y poderosas que fomentan la guerra fría. (1) La perpetua intrusión de Estados Unidos en los asuntos internacionales de otros países es considerada función sagrada. De buen grado se reconoce a Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos de los países que siguen, en materia social y política, una línea de conducta incompatible con el poder económico privado.

En lugar de preguntarse cómo el capitalismo, a título privado y colectivo, y sus intereses de ultramar se han identificado con los intereses nacionales de Estados Unidos, los liberales y gran parte de los socialistas admiten sin discusión esa siniestra artimaña. Esa misma artimaña que eliminó a la izquierda de la vida política norteamericana. Las inversiones en el Congo son sagradas. Si se encuentran amenazadas, se proclama la «libertad» en peligro, y el gobierno de Estados Unidos y su brazo militar

lanzan su peso en la balanza. Si una insurrección nacional estalla en Vietnam, la intervención de Estados Unidos toma el nombre de «respuesta a una agresión extranjera», como si Estados Unidos tuviera el derecho de tratar a un país situado en los confines de China como si fuera parte integrante de su territorio.

«Dissent» es una revista que se precia de opiniones socialistas. En el editorial de su número del verano de 1964, titulado «Última oportunidad para Vietnam», se puede leer extrañas afirmaciones:

«Ni siquiera los militares norteamericanos dicen ya que la guerra puede ganarse en Vietnam del Sur. Se trata en la actualidad de encontrar la forma de zafar con las menores pérdidas posibles. ... Pero si la continuación de la política actual significa para los vietnamitas un desgaste sin esperanzas, es de destacar que el retiro puro y simple de Estados Unidos tendría una significación también inhumana. Porque bastarían a lo sumo algunos meses para que el país entero quedara bajo dominio

comunista; equivaldría casi seguramente en el sur, a la masacre de todos aquellos que han combatido a los comunistas. Abandonar ahora a esa gente, después de años de guerra civil encarnizada, sería cometer un acto contrario a la piedad.»

Esta aserción permite apreciar la ignorancia y confusión de muchos norteamericanos de buena voluntad que prefieren no conocer la verdad sobre la función de Estados Unidos en los asuntos mundiales y sobre conflictos tales como el que se desarrolla en Vietnam.

Mientras los norteamericanos de izquierda no nieguen a Estados Unidos el derecho a reprimir rebeliones nacionales, derrocar gobiernos y tomar la sórdida explotación económica como equivalente del interés nacional o de la «defensa de la libertad», no tengo dudas que Goldwater y su camarilla reinarán por lo menos de hecho, si es que no lo hacen de derecho. Si, por ejemplo, se juzga legítimo librar una guerra total contra los guerrilleros vietnamitas, verdaderamente sería necesario estar muy desprovisto de entusiasmo para detenerse en el paralelo 17 o en la frontera china.

No es la táctica del ejército mundial de la contrarrevolución lo que debe combatir la izquierda norteamericana sino la propia política. Si se le atribuye a la usurpación del poder en Estados Unidos por los militares y los grandes industriales fines nacionales o democráticos, se sacrifican la democracia norteamericana y la paz del mundo.

«Dissent» comete respecto a Vietnam una equivocación trágica. En muy pocas guerras se ha demostrado tanta crueldad, se ha provocado tanta destrucción, se ha testimoniado tanto cinismo confesado, como en la que libra Estados Unidos contra la población campesina de Vietnam del Sur. Es una guerra en la cual aparece sintetizada toda la indiferencia, indiferencia a la libertad individual, a la soberanía nacional y al bienestar del pueblo, tan característica de la política internacional de los grupos militares e industriales que dominan Estados Unidos.

Tengo en mis carpetas sobre la guerra de Vietnam documentos que prueban horribles actos de crueldad. Es importante mostrarlos a los norteamericanos. El examen de los hechos permite refutar ciertos mitos, cuya enumeración expongo:

1) El Frente Nacional de Liberación sería una organización comunista; 2) Estados Unidos lucharía por la libertad y el bienestar del pueblo; 3) el Frente Nacional de Liberación recibiría sus directivas del extranjero; 4) Esta-

dos Unidos se limitaría a aconsejar y asistir a un gobierno local cuya política responde a los deseos de los sudvietnamitas; 5) los ataques calculados que Estados Unidos lanzó sobre Vietnam del Norte habrían sido provocados por este último país.

La Central Intelligence Agency se comporta como si fuera un gobierno independiente y, en varias ocasiones, así se reveló en Vietnam del Sur. Entre la C.I.A. y los diplomáticos más refinados que, en Washington y en las Naciones Unidas, proclaman su amor a la libertad, no hay mucha diferencia. Me refiero aquí al presidente Johnson y al embajador Stevenson. Esa gente es responsable de la tragedia vietnamita.

Los datos de que dispongo provienen en su mayor parte de la publicación titulada «Espada de Vietnam Libre» órgano oficial del Partido Demócrata Vietnamita (P.D.V.), grupo de un anticomunismo virulento, que reúne a los funcionarios y partidarios de los gobiernos sudvietnamitas que precedieron a Diem. El P. D.V. tiene como divisa: «Por la derrota del comunismo en interés de los hombres libres, estén donde estén!» Dado que mi compilación se detiene a fines del año 1963, estas informaciones son en gran parte incompletas. Las tragedias superan ampliamente lo que dejan entrever cifras tendenciosas. Los relatos de brutalidades y sufrimientos subestiman la verdad.

La «Espada de Vietnam Libre» transcribe una declaración del general Paul D. Harkins, jefe de las operaciones militares del ejército norteamericano en Vietnam, según la cual sólo en el año 1962, 40.000 vietnamitas habrían sido asesinados. Un «Libro Blanco» del P.D.V. para el año 1963 evaluaba en 100.000 las víctimas a fines de 1962.

A mediados de 1962, más de 5 millones de vietnamitas habían sido internados en campos que el «Libro Blanco» del P.D.V. designa con el nombre de «campos de concentración», expresión repetida el 19 de octubre de 1962 en una información de «Los Angeles Times» que citaba este «Libro Blanco». En su número de abril de 1963, el «Student Peace Union Bulletin» (Boletín de la Unión Pacifista Estudiantil) estimaba que a fines de 1962 había 45.000 estudiantes internados en campos de concentración de Vietnam del Sur. En 1963, había en la isla de Poulo-Condor 300.000 internados. El «Libro Blanco» del P.D.V. informa que hay 100.000 nacionalistas **anticomunistas** detenidos en los campos de internación. El emprisionamiento de anticomunistas en Poulo-Condor y otros campos demuestra las vastas proporcio-

nes adquiridas por la opresión en Vietnam del Sur.

El venerable Thich Thien Hao, que dirige a los budistas partidarios del F.N.L. daba estas cifras de la guerra a mediados de 1963: muertos: 160.000; torturados y mutilados: 700.000; encarcelados: 400.000; violaciones: 31.000; destripados vivos con resección de hígado: 3.000; quemados vivos: 4.000; templos destruidos: 1.000; aldeas atacadas con sustancias químicas tóxicas: 46; campos construidos o en construcción: 16.000.

A mediados de 1962, más de la mitad de la población rural de Vietnam del Sur estaba detenida en las «aldeas estratégicas»: a mediados de 1963, las «aldeas» encerraban más de 6 millones de hombres. Esos campos están rodeados por fosos y tienen miradores donde se montan ametralladoras; están vigilados por patrullas y sus habitantes están sometidos a trabajo forzado. El término «campos de concentración» que utiliza en su «Libro Blanco» el P.D.V. parece pues apropiado. En su boletín de setiembre de 1963, el P.D.V. revela un hecho particularmente descorazonante: de las pérdidas que el gobierno declara haber infligido al enemigo, un 40 % pertenece a los guerrilleros y un 60 % a los campesinos que no participaban en la lucha armada.

Hecho revelador, a mediados de 1963 la policía secreta empleaba 300.000 personas, lo cual representa un inmenso ejército de opresores; esta cifra permite imaginar los sufrimientos infligidos y si se estableciera una lista de los excesos cometidos por cada agente en cada caso particular, tendríamos idea exacta del estilo de «libertad» que Estados Unidos defiende en Vietnam.

En virtud del plan Stanley-Taylor el gobierno de Estados Unidos concibió la operación «aldeas estratégicas», con la intención declarada de aislar a los guerrilleros de los campesinos, y privarlos por consiguiente de alimentos, asilo y reclutas. En su boletín de setiembre de 1963, el P.D.V. describía también la vida impuesta a los habitantes de las «aldeas estratégicas»:

«Aldeas estratégicas», significa trabajo forzado bajo el control de una policía secreta de 300.000 hombres. El programa prevé la internación de quince millones de vietnamitas. Es el primer conflicto de la historia en el cual se utilizan todos los medios para destruir a los propios compatriotas. Supera en rigor y violencia a todos los rigores y violencias del período colonial francés. (Permite) una serie de agresiones brutales

lanzadas contra aldeas de campesinos sin armas, con el armamento y la asistencia de los norteamericanos. Los trescientos mil agentes de la policía secreta cometieron innumerables atrocidades. ... Las tierras cultivadas y las fuentes de alimentación (están) destruidas.»

En su número de julio de 1963, la «Espada de Vietnam Libre» informa, citando al «Times» del 17 de mayo de 1963:

«En las 6.000 aldeas construidas hasta el momento, viven ya 8 millones de aldeanos, es decir el 59 % de la población de Vietnam del Sur. El plan de batalla del gobierno configura un elemento esencial: la reinstalación de la casi totalidad de la población rural en 12.000 «aldeas estratégicas» rodeadas de empalizadas de bambú y alambre de púa, y custodiadas por soldados armados.»

El autor de una carta dirigida al «Dallas Morning News» y publicada el 1º de enero de 1963, remitiéndose a un informe del P.D.V., realiza una descripción sobrecogedora de esta «reinstalación»:

«Se pretende con la creación de las aldeas fortificadas mantener el Vietcong a distancia. Pero los alambres de púas impiden la entrada y salida. Los campesinos vietnamitas, bajo la amenaza de las armas, son trasladados a la fuerza a esas aldeas que en realidad son campos de concentración. Sus casas, bienes y cosechas son incendiados. En la provincia de Kien Tung, siete aldeanos, mujeres y niños, fueron conducidos a la plaza de la aldea; luego de despanzurrarlos, les arrancaron el hígado, que expusieron. En otra aldea, unas diez madres de familia fueron decapitadas en presencia de sus compatriotas. En otra más, mujeres encintas fueron invitadas por los soldados gubernamentales a presentarse en la plaza para recibir honores; allí las abrieron y les sacaron los fetos del vientre. ...»

El 18 de octubre de 1962, el P.D.V. somete a la comisión internacional de control un informe en el cual cita, entre otros horrores, «la decapitación y despanzurramiento de mujeres y niños, y la exposición en público de sus cadáveres, agregando: «... 685.000 personas fueron mutiladas por armas de fuego o por la aplicación de torturas.»

Estas descripciones y hechos permiten imaginar los sentimientos de Tran Van Tung, dirigente del P.D.V., cuando declara en una entrevista acordada a la C.B.S. y reproducida en setiembre de 1963 en el boletín del P.D.V.:

«Sin duda es una manera muy particular de proteger a las masas campesinas del comunismo, hacinarlas detrás de alambres de púa bajo la vigilancia de policías, someterlas a un adoctrinamiento intenso, incendiarles sus aldeas. Por pobres que sean, los vietnamitas no son animales domésticos.»

«L'American Federation of Scientists» (Federación de científicos de Estados Unidos), citando datos del Ministerio de Defensa Nacional relativos a la guerra química y biológica, llegó a la conclusión de que Estados Unidos utiliza sustancias químicas tóxicas en Vietnam del Sur y que ese país ha sido territorio de ensayo para las armas químicas y biológicas.

El gobierno de Estados Unidos reconoció haber utilizado ampliamente desfoliantes y otras sustancias químicas, que ocasionaron la destrucción de árboles frutales y verduras y la muerte de ganado y animales domésticos. La Cruz Roja del F.N.L. sometió a examen de cualquier organismo internacional interesado documentos que prueban que esas sustancias provocaron en más de mil personas trastornos graves acompañados de vómitos, hemorragias, parálisis, ceguera y pérdida de conciencia.

La Cruz Roja del F.N.L. cita otras sustancias aún más temibles: arsénico blanco, arseniato de sodio y arseniato de calcio, arseniato de plomo y manganeso. D.N.P. y D.N.C. (que inflaman y carcomen la piel) y cianamida cálcica (que provocó la caída de hojas, flores y frutos, la muerte de equinos y bovinos y perjuicios graves a miles de seres humanos). Esas sustancias fueron pulverizadas sobre grandes extensiones con fuerte densidad de población.

Ma Thi Chu, delegada de la Unión de Mujeres de Vietnam y del Frente Nacional de Liberación, declaraba el año pasado en el Congreso mundial de Mujeres:

«De enero a marzo (1963), las sustancias químicas fueron utilizadas contra 46 aldeas y 20.000 personas fueron alcanzadas, entre las cuales muchas mujeres, niños y viejos. Recorrí los lugares, vi niños con el rostro hinchado y el cuerpo cubierto de quemaduras. Vi mujeres que padecían de ceguera o diarrea sanguinolenta. Muchas víctimas murieron de estas enfermedades. Vi la lujuriente vegetación del delta del Mekong devastada por las sustancias químicas. Nuestros enemigos se han apoderado de la vida en todas sus formas, humana, animal y vegetal.»

El 21 de marzo de 1964, se podía leer en el «Baltimore Sun» un telegrama en el cual el

corresponsal de «Associated Press» en Saigón declaraba sin conmovirse:

«Suministramos un explosivo de fósforo que puede utilizarse en los obús de artillería o en las bombas de los aviones; al explotar, se forma una nube blanca que incendia todo lo que toca.»

Esto me recuerda el argumento utilizado por un nazi eminente: no había matado a ningún judío, sólo había proporcionado los camiones. El 22 de marzo de 1964, el «Washington Star» publicaba un telegrama de «Associated Press» donde podía leerse que «el espectáculo de niños semi-muertos, con el cuerpo cubierto de quemaduras provocadas por el napalm, suscitó la indignación de vietnamitas y norteamericanos».

Las hazañas militares en Vietnam, esas hazañas que enorgullecen a la prensa de Estados Unidos, revisten horrores inimaginables. La Voz de América, difundía, el 6 de enero de 1963, un comunicado del Ministerio de Defensa Nacional en el cual se decía que, sólo en el año 1962, la aviación norteamericana había efectuado 50.000 salidas contra casi la totalidad de la población rural residente fuera de las aldeas estratégicas: ¿cuántos sufrimientos, destrucción y violencia disimulan esos términos a los cuales nos habitúa la guerra?

Cuando el «Saturday Evening Post» proclama que «en operación, los soldados norteamericanos son quienes hacen prácticamente todo el trabajo», se ve claramente quién tiene la responsabilidad de los asesinatos, los incendios voluntarios y los saqueos infligidos sin distinción a ese país devastado. Y sucede que, sin quererlo, el «New York Times» confirma en sus informaciones lo que intenta desmentir en sus editoriales; como ocurre el 25 de julio de 1962:

«Muchos de los «enemigos» abatidos de quienes hablan los comunicados del gobierno eran simples campesinos sobre los cuales se disparó porque huían de las aldeas al entrar las tropas. Es posible que algunos fueran partidarios del vietcong, pero los otros huían porque no querían ser enrolados a la fuerza en el ejército o enviados a trabajos forzados.»

El anticomunista Nguyen Thai Binh, dirigente del P.D.V., elevó una protesta desesperada:

«La gente no puede entender esta extraña lógica que decreta sean fusilados o encarcelados en nombre de la libertad. Les aseguran las mejores condiciones que se conocen en trabajos forzados y se rebelan; los

instalan en los campos de concentración más modernos que se conocen, y protestan. Rociados de bombas de napalm, son tan ingratos que pretenden un nuevo gobierno. Los cadáveres carbonizados de mujeres, niños y campesinos inocentes yacen en los campos, los cuerpos acribillados de balas de los manifestantes budistas. ...he ahí al Vietnam del Sur actual.»

Por increíble que pueda parecer, a pesar de la masacre de sus hijos, los campesinos siguen detestando a los norteamericanos. ...

Esas atrocidades casi increíbles han sido cometidas por tropas colocadas bajo la autoridad de los norteamericanos, una autoridad elegida por más del cincuenta por ciento del electorado de Estados Unidos. La mayoría de los que votaron de otra manera exigen medidas aún más rigurosas. En nombre de la libertad, mujeres encintas han sido despanzurradas y los electores no se han sublevado. Todo aquel que, en Estados Unidos votó por republicanos o demócratas, tiene su parte de responsabilidad por estos actos sanguinarios. Estados Unidos, que se proclama el campeón de la libertad, tortura y asesina mujeres y niños culpables de haber querido seguir viviendo en sus hogares. ¿Es de asombrar que las proclamaciones de Estados Unidos reciban una fría acogida?

Las autoridades norteamericanas han llegado a declarar que la guerra en Vietnam da la ocasión de poner a prueba armas, hombres y métodos de lucha contra la guerrilla. Así lo demuestra el informe de «American Federation of Scientists.»

Los militares norteamericanos lo reconocen sin vacilaciones. A menudo expresan su entusiasmo en la prensa. He aquí algunas informaciones transmitidas a todos los diarios de Estados Unidos y publicadas en «Look» el 23 de diciembre de 1963:

«El ejército experimenta municiones de pequeño calibre desde la década 1920-1930, pero necesitó para renovarse la experiencia adquirida recientemente en los combates librados en Vietnam. La ultra secreta «Advanced Research Projects Agency» que depende del Ministerio de Defensa, ha despachado alrededor de 1.000 AR-15. Redactó un informe clasificado «secreto» a causa de las fotografías sangrientas que lo acompañan. Se mantiene el mayor secreto sobre la suerte de los guerrilleros vietcong alcanzados por los proyectiles disparados por esta arma. Pero no ignoramos que el enemigo ya conoce los efectos del

AR-15, y parece útil dar a conocer el relato de un soldado que ha vuelto a su hogar:

«En el momento de mi partida, era el fusil por excelencia. Sus efectos son fantásticos. Vi a un muchacho acertado en un brazo; el disparo lo hizo girar sobre sí mismo y le arrasó el brazo. Otro fue alcanzado en la espalda, y literalmente el corazón se le salió del pecho. Un hombre herido en la nalga sobrevivió cinco minutos. Otros proyectiles, sólo le habrían provocado una herida superficial. La cabeza del muchacho fue arrancada por el golpe, sólo quedaba el muñón del cuello.»

Este artículo está acompañado de una fotografía que representa a un niño de cinco años con el brazo roto en añicos. ¿Hay palabras para calificar actos de barbarie semejantes, de los cuales los militares se enorgullecen?

La fundación del Frente Nacional de Liberación data del mes de diciembre de 1960. A la cabeza del Comité Central de 31 miembros está un jurista no comunista. Está integrado ese Comité por miembros dirigentes, clérigos budistas, católicos y protestantes, y también por representantes de pequeños industriales, de profesionales, y de los tres partidos antiguubernamentales.

Muy poca gente pondrá en duda las estimaciones del boletín del P.D.V. de julio de 1963, cuando afirma: «el 65 % de la población apoya, en grados diversos, a los rebeldes y estos últimos dominan el 90 % del país.» Muchas fuentes, y en particular fuentes norteamericanas, atribuyen a los rebeldes un número aún más elevado de partidarios.

Es evidente que los rebeldes de Vietnam del Sur hablan en nombre de la población del país. Cualquier otra estimación es insostenible. El propio general Paul D. Harkins declara:

«Los guerrilleros no reciben sistemáticamente refuerzos y abastecimiento de Vietnam del Norte, de China o de cualquier otro país. En realidad disponen principalmente del armamento que han logrado apoderarse.» (Washington Post, 6 de marzo de 1963, y Free World Colossus (El coloso del mundo libre) de David Horowitz).

El 10 de diciembre de 1962, Newsweek escribía, citando a un capitán del ejército norteamericano:

«Los comunistas (en Vietnam del Sur) sólo tienen su abnegación. Si estuviera en el lugar de ellos, maldeciría a Hanoi por haberme abandonado.»

El 6 de marzo de 1964, David Halberstam

escribía en el «New York Times»:

«Entre los prisioneros atrapados en el sur, no hay un solo vietnamita del norte.»

Estas declaraciones constituyen la refutación de la posición oficial de Estados Unidos y muestran también qué posibilidades tienen los rebeldes contra ese país.

Al contrastar las informaciones que disponemos sobre esta guerra atroz, podemos notar fácilmente la coincidencia que existe, a pesar de la oposición de políticas, entre los datos provenientes del F.N.L. y los difundidos por el P.D.V. No cabe duda de que las rendiciones de cuentas publicadas por la prensa occidental fueron hechas a pesar de los esfuerzos que realiza Estados Unidos para disimular la verdadera naturaleza de la guerra. El 5 de mayo de 1963, «Associated Press» distribuía un telegrama fechado en Washington redactado así:

«Un subcomité parlamentario posee un documento que podría provocar gran escándalo; según informaciones recibidas, ese documento establece la línea de conducta a seguir para restringir la libertad de movimiento de los corresponsales de guerra en Vietnam del Sur: 1) Mantener a los periodistas alejados de las zonas donde el combate depende, exclusivamente o casi exclusivamente, de Estados Unidos; 2) Mantener a los periodistas alejados de cualquier zona donde parezca que no se ha logrado la total sumisión de los vietnamitas del sur» (citado en el informe, del P. D.V. de junio de 1963).

Si se dejan de lado los «slogans» sobre la libertad, se ve aparecer algunos de los objetivos más fundamentales de esta guerra. El boletín del P.D.V. de setiembre de 1963 revela lo siguiente:

«Una enorme organización de contrabando de estupefacientes ha nacido. Uno de los personajes claves de este tráfico es la señora Tran Can, esposa de un eminente general.»

También se puede leer el 3 de febrero de 1964, en el «New York Herald Tribune», que: **«El general Khanh se jacta de poseer diez millones de dólares y de poder, si lo desea, huir al extranjero a dedicarse a una vida de ocio.»**

Pero el artículo más revelador pertenece a «Aviation Week» (6 de abril de 1964):

«Air America, compañía de fletes aéreos constituida en el estado de Delaware es actualmente el principal instrumento de la extensión de la guerra en Laos, Camboya y Vietnam del Norte. Esta compañía posee

unos 200 aviones que arrienda para carga. ...Asegura el transporte de las fuerzas especiales de Vietnam del Sur en diferentes puntos. ...y el regreso se hace con un cargamento de opio que enseguida es dirigido a los mercados de Estados Unidos a bordo de un gran Boeing. Estos aparatos están bajo el mando del general norteamericano Paul D. Harkins y son piloteados por ex-miembros de la aviación de Estados Unidos.»

La revista mensual «Eastern World», consagrada a los problemas asiáticos, publicó un estudio de Edgar P. Young, comandante retirado de la Royal Navy, que cita más detalladamente ese notable artículo.

Quisiera examinar los verdaderos postulados del programa del F.N.L., aunque sólo fuera con la esperanza de ver a los lectores de «Dissent» tomar nota:

«Realizar sin postergación una democracia real y amplia en la cual se garantice legalmente a todo el pueblo, sin ninguna discriminación, los derechos sagrados de libertad de pensamiento, de expresión, de prensa, de organización, de reunión, de manifestación, la libertad sindical, la libertad de fundar partidos, organizaciones políticas, sociales y profesionales, la libertad de movimiento, de comercio, de religión, de culto. ...

(Pondremos) término a las persecuciones, a los arrestos, a las detenciones y a las vejaciones de las cuales son víctimas los patriotas y la oposición, los individuos y los partidos. Pondremos fin al brutal régimen de prisiones, en particular a las torturas, castigos, lavados de cerebro y malos tratamientos infligidos a los detenidos.

(Nos prohibiremos) establecer en Vietnam del Sur forma alguna de régimen dictatorial, ya sea nepótico y militarista, o fundado sobre un grupo o un partido, así como también realizar una política de partido o de religión única, una política de dictadura en materia de ideología, de política, de religión y de economía. ...

(Deseamos) elecciones generales libres para elegir los órganos y constituir un gobierno de coalición nacional compuesto de representantes de todas las fuerzas, de todos los partidos, de todas las tendencias y capas del pueblo de Vietnam del Sur. ...una política de neutralidad (en virtud de la cual) no adheriremos a ningún bloque militar, no permitiremos a ningún país extranjero establecer guarniciones o bases en

Vietnam del Sur. Tenemos la intención de aceptar la ayuda de todos los países, cualquiera sea su régimen político, y de mantener con todos los países relaciones amistosas en un plano de igualdad. Respetaremos la soberanía de todos los países y con Camboya y Laos tendremos que constituir una zona neutra en la península de Indochina. La reunificación será realizada paulatina y voluntariamente, sin dejar de tener en cuenta las características de cada zona, en un plano de igualdad y sin anexión de una región por la otra.»

¿Por qué la prensa norteamericana habla con énfasis del «vietcong» cuando está tan mal informada sobre su programa? ¿Sabe que Ho Chi Minh, presidente de Vietnam del Norte, expresó su deseo de «neutralidad para los dos Vietnam, tanto en el norte como en el sur, e independencia respecto a Rusia, China y Estados Unidos»... (Times, 5 de noviembre de 1963)? No obstante, el gobierno de Estados Unidos viola burdamente la declaración oficial que hizo el 21 de julio de 1954, al finalizar la conferencia de Ginebra:

«Nos notificamos de los acuerdos y de los párrafos 1 al 12 incluidos en la declaración final. ... Estados Unidos se abstendrá de recurrir a la amenaza o a la fuerza para perturbar la aplicación. ... y encarará cualquier nueva agresión, con gran inquietud y como un peligro para la paz y la seguridad internacional.»

Por esta declaración, W. Bedell Smith confirmaba la adhesión de Estados Unidos al Informe de la Conferencia de Ginebra, en la cual se preveían la neutralidad, las elecciones y la no ingerencia. Pero las tropas norteamericanas actualmente son las únicas tropas extranjeras que hay en Vietnam.

W. W. Rostow, director de la «Policy Planning Board» (Oficina de Previsión Política) del Ministerio de Defensa Nacional, presentó un plan, el «Plan Six», que preveía recurrir al bloqueo naval y las incursiones aéreas contra Vietnam del Norte. El diputado Melvin Laird declaró ante un comité parlamentario que «el gobierno de Estados Unidos realiza planes para atacar a Vietnam del Norte.» Según «Associated Press», una fuerza de combate de cincuenta bombarderos a reacción se entrenaba en las Filipinas para el bombardeo de objetivos situados en Vietnam del Norte. Los pilotos habrían recibido informes recogidos por los aviones de reconocimiento U-2. Parece indudable que en junio de 1964, durante la conferencia de Honolulu, de la cual participaron los

ministros Rusk y McNamara, se discutieron proyectos de incursiones aéreas y de sabotaje en territorio norvietnamita. Estas referencias, que extraje de una carta que me envió el ministro de relaciones exteriores de Vietnam del Norte, fueron ampliamente corroboradas por documentos de otras procedencias, de fuentes independientes y también de fuentes norteamericanas.

Se pueden encontrar enumerados en «Aviation Week» del 6 de abril de 1964 los hechos que justifican la tesis de una provocación deliberada de Estados Unidos a Vietnam del Norte:

«La guerra contra los comunistas ha franqueado ya las fronteras de Vietnam del Sur, puesto que se efectúan incursiones aéreas y movimientos de infiltración en el norte hasta la frontera china. ... Tropas selectas sudvietnamitas cuyos efectivos se estiman en 50.000 hombres, que reciben de Estados Unidos apoyo en aviación, armamento y subsidios, se entrenan actualmente con miras a una ofensiva que asumirá la forma de ataques repentinos contra los centros de aprovisionamiento y las vías de comunicación de los comunistas del otro lado de la frontera. Aunque McNamara, ministro de defensa nacional haya dado a entender, en Washington (26 de marzo), que la decisión de extender la guerra no ha sido aún tomada, se sabe que, desde el último verano, el número de ataques repentinos efectuados contra los comunistas se ha incrementado.»

No obstante, cuando la agresión efectivamente se produjo, esta divulgación de sus planes y preparativos no impidió a los funcionarios del gobierno norteamericano exagerar su ausencia de escrúpulos al punto de aparentar la mayor sorpresa. «Aviation Week» entra en los detalles de los preparativos:

«El puente aéreo establecido por Air America constituye un factor esencial en las incursiones actuales. Esta compañía de carga oculta el patrocinio de Estados Unidos. Los consejeros militares norteamericanos piensan, con optimismo, que la extensión de la guerra más allá de las fronteras junto a la estabilidad del gobierno de Saigón provocarán el derrumbe de la insurrección comunista en un año.

Las fuerzas especiales —que constituyen en el presente un décimo de los 500.000 vietnamitas del sur en armas— no dependen de la organización militar oficial. Air America se encarga de transportarlas des-

de varios lugares secretos situados en Vietnam del Sur y en Siam.

«Cuando, en el otoño próximo pasado, los funcionarios del gobierno norteamericano juzgaron imposible ganar la guerra si la libraban dentro de los límites de Vietnam del Sur, reunieron fuerzas especiales en bases secretas donde fueron sometidas a un entrenamiento intensivo, durante el cual se dio la mayor importancia a las técnicas de operación más allá de las fronteras nacionales.»

El senador Wayne Morse pronunció el 14 de abril de 1964 ante el Senado un discurso que lo honra:

«Ya hemos sido los protagonistas de la extensión de la guerra más allá de las fronteras de Vietnam del Sur. Temo que, cuando se establezca claramente la prueba de este hecho, nos despertemos un buen día acusados ante las Naciones Unidas. . . »

Se han registrado muchas otras divulgaciones de incursiones efectuadas sobre Vietnam del Norte y otras informaciones relativas a proyectos de aventuras militares más ambiciosas.

James Cameron escribía el 4 de marzo de 1964 en el «Daily Herald» de Londres:

«El «Plan Six» de W. W. Rostow prevé en un principio un bloqueo naval a Haiphong, puerto de Hanoi; si Hanoi mantiene su negativa a renunciar el apoyo al vietcong, los puertos del norte serán bombardeados por mar, y, por último, los bombarderos estratégicos norteamericanos atacarán al propio Hanoi, enarbolando, si es necesario, insignias sudvietnamitas.»

En el lenguaje del Ministerio de Relaciones Exteriores presionar a Hanoi para que renuncie «a apoyar a la insurrección en Vietnam del Sur», significa que Hanoi deberá adoptar medidas y sanciones destinadas a obligar a los rebeldes a rendirse a Estados Unidos.

El 10 de abril de 1964, se podía leer en el «New York Times» que «el ministro de relaciones exteriores, Dean Rusk, hizo saber a las naciones miembros de la O.T.A.S.E. que Estados Unidos está absolutamente dispuesto a permanecer en Vietnam del Sur, y declaró una vez más que la guerra podría muy pronto extenderse a territorio norvietnamita». El 13 de abril de 1964, el «Wall Street Journal» informaba que «las incursiones aéreas de bombardeo sobre el norte, preparadas por Estados Unidos y efectuadas por la aviación sudvietnamita, podrían comenzar a fines de mayo o a principios de junio.»

Cuando Estados Unidos finalmente efectuó el ataque, la prensa norteamericana, que durante días y semanas publicó informaciones de esa clase, aparentó indignación y estupor como si Estados Unidos hubiera sido víctima inocente de un ataque sorpresivo.

El senador Wayne Morse, más honesto, declaró, al salir de una reunión en el transcurso de la cual Dean Rusk transmitió informaciones confidenciales:

«Si extendemos la guerra en Asia, solo podremos vencer si utilizamos armas nucleares.»

En su artículo, James Cameron dice lo mismo:

«El peligro del «Plan Six» es que no tiene fin. Si hay que bombardear Hanoi, hay que bombardear Shangai para poner fin a la ayuda china a Vietnam del Norte. . . »

El memorándum que nos dirigiera, a mí y a otros, el 6 de agosto de 1964, Hsiung Hsianghui, encargado de negocios de China en Londres, evoca el tono de las advertencias de fuentes norteamericanas y británicas:

«El 30 de julio, barcos de guerra norteamericanos se introdujeron en aguas territoriales de la R.D.V.N. y bombardearon las islas de Hon Me y Hon Ngu. El 1º y el 2 de agosto, aviones norteamericanos bombardearon una aldea donde estaba instalado un puesto fronterizo de la R.D.V.N. El bombardeo de las aldeas costeras de la R.D.V.N., el 5 de agosto, constituye una maniobra premeditada del imperialismo norteamericano para extender progresivamente la guerra. . . »

En su editorial del 11 de agosto de 1964, el «Manchester Guardian» confirmó que el movimiento de la 7ª Flota en dirección del golfo de Tonkin era una maniobra calculada, directamente vinculada a los ataques navales efectuados por la marina de «Vietnam del Sur».

«Una nueva versión surge actualmente en Washington. . . Las islas norvietnamitas de Hon Me y Hon Ngu fueron atacadas por mar, como lo afirmaba Hanoi, antes de estallar la crisis; en Washington, se reconoce ahora el hecho. La agresión fue realizada por barcos del Vietnam del Sur y no por unidades de la 7ª Flota, pero es probable que esta distinción no tenga la misma importancia en Hanoi que en Saigón. . . Por otra parte el cazatorpedero

norteamericano Maddox penetró en el golfo de Tonkin. . . »

Empero, la prensa norteamericana, cuando describe los ataques efectuados contra Vietnam del Norte, no tiene en cuenta las confesiones, las revelaciones del Plan Six, ni el hecho de que el gobierno de Estados Unidos reconoció, con anterioridad, que preparaba la extensión de la guerra. En lugar de aprovechar los conocimientos que tienen para explicar la situación, los redactores y periodistas presentan falsos testimonios.

A los disidentes norteamericanos, liberales y socialistas, que tienen su propia interpretación oficial de los acontecimientos de

Vietnam y admiten la tesis del interés nacional defendido por los militares e industriales, cabe preguntarles si piensan que los hechos discutidos aquí pueden ser un modelo para el mundo libre. ¿Se puede dejar que el interés nacional, cualquiera sea la forma en que se le conciba, sirva de fachada a semejante barbarie? ¿No ha llegado el momento de comprender mejor lo que representa el «interés nacional», el «mundo libre» y los supuestos principios de los disidentes norteamericanos? Ya pasó el tiempo de la protesta. Esperamos que no sea demasiado tarde y que sea posible aún, poner fin a esta guerra de atrocidades.

«(1) Este texto fue escrito en diciembre de 1964.

4

Peligro en Asia del Sudeste

POR fin los norteamericanos han logrado —demasiado tarde, sin duda— conmover a la conciencia humana. Hace ya años que a costa de cualquier clase de atrocidades, se esfuerzan por dirigir a las razas «inferiores» en Estados Unidos y en el exterior, pero se le han perdonado esos actos presentándolos como los errores ocasionales de una población demasiado enérgica. El gobierno laborista de Gran Bretaña aplaudió esos excesos y fue cómplice de crueldades inenarrables. Empero, Estados Unidos, al intentar exterminar a los habitantes de Vietnam del Sur en nombre de la santa libertad, adopta actualmente un gas que, se nos dice, «no es asfixiante». Por una razón que no acabo de comprender, cierta gente que no acuerda ni un pensamiento a la muerte de niños de baja edad o a las torturas infligidas a mujeres y niños, se escandaliza con este nuevo método de guerra. Sorprende, no la indignación que manifiestan actualmente, sino la indiferencia que demostraron hasta este momento. Los gritos de horror que oímos

ahora están ampliamente justificados. Nuestra prensa nos dice que esos gases «no asfixiantes», utilizados por los norteamericanos; provocan en el enemigo un estado nauseoso o que tienen por efecto de una manera u otra incapacitar a las víctimas durante un cierto lapso. Pero durante ese tiempo, el poseedor del gas puede evidentemente asesinar a su adversario o aprisionarlo, o apoderarse de sus trincheras, mientras el enemigo se hace matar o se apercibe, al recuperar la conciencia, que perdió la batalla.

De por sí ya es grave, pero al considerar lo que los norteamericanos han hecho recientemente en Vietnam, cabe preguntarse si se nos dice toda la verdad. ¿Esos gases son realmente no asfixiantes? Se recuerdan esos «defoliantes» que, nos decían, intoxicaban sólo a los vegetales, pero que en verdad intoxicaban también a los animales y seres humanos. Se nos dijo que se trataba de inofensivos herbicidas y que privar a la población de sus cosechas, no era un crimen tan grande. Pudimos saber lenta

y penosamente que los supuestos «herbicidas» eran, en realidad, venenos cuyo empleo había sido prohibido en Estados Unidos después de observados sus efectos. No puedo recordar qué excusa se invocó para utilizar el napalm, que quema viva a la gente y le hace sufrir una agonía atroz y prolongada. Las autoridades norteamericanas en realidad desataron una inmensa campaña de mentiras concertadas. Un funcionario del gobierno, Arthur Sylvester, subsecretario del ministro de defensa nacional, declaró públicamente en diciembre de 1962 que la mentira era una arma apropiada para un gobierno. Debemos entonces preguntarnos si los gases «no asfixiantes» no son en realidad gases asfixiantes y si no están destinados a despoblar el Vietnam, tanto al norte como al sur.

Una autoridad norteamericana de gran jerarquía nos dijo que la próxima empresa de Estados Unidos sería la destrucción de China. Después de destruir a China, los norteamericanos apoyarán a sus agentes en el seno del partido laborista de Gran Bretaña, en sus operaciones en Malasia. Enseguida, «liberarán» a otros países de Asia y Africa, que hasta el momento vivieron felices. Cumplidas estas tareas, Estados Unidos dominará al mundo. Nadie osará resistir puesto que la resistencia será inútil. Una población cada vez más cruel por una masacre colectiva no se detendrá ante la práctica de crueldades, considerada entonces algo habitual, en todas las partes del mundo.

¿Qué hacer para obstruir la ruta a este imperio universal del mal? Sin duda hay que comenzar por ayudar a los vietnamitas a triunfar y a preservar su libertad. Después, si se quiere evitar a la humanidad la amenaza de una guerra nuclear, la única esperanza del mundo, es que los mejores elementos de la población norteamericana se nieguen a seguir a los responsables de la masacre colectiva en

su camino fatal y otorguen al género humano el derecho de permanecer con vida.

He ahí una obra en la cual pueden participar al mismo título individuos, naciones y partidos. Si la mayor parte del género humano expresa con vigor el horror que le inspira tal perspectiva y el odio casi universal que conquistará Estados Unidos si logra sus fines, es posible que en Estados Unidos los elementos feroces sean contenidos por quienes son algo sensibles al bienestar humano. Estos últimos constituyen, estoy convencido, la gran mayoría de la población de Estados Unidos —el 81 % según la encuesta Gallup. No existe razón alguna para dejarnos pasivamente pisotear por los defensores de la masacre organizada. Todavía tiene que ser posible, aunque cada día se haga más difícil, incitar a los norteamericanos a elegirse un gobierno que no esté compuesto de salvajes partidarios de la exterminación, un gobierno que demuestre cierto respeto por los derechos y la felicidad de los hombres. Los británicos pueden contribuir en esta tarea, a pesar de la actitud adoptada por los dirigentes de los dos grandes partidos. La acción emprendida por 94 diputados laboristas y por importantes sindicatos en signo de protesta contra la agresión norteamericana es un paso en el buen camino.

Los blancos se han acostumbrado generalmente en pocos siglos a la supremacía, pero ha llegado el momento en el cual los hombres de otros colores reivindican la igualdad, unidos en lo posible, con los mejores elementos de las naciones blancas. Quizás concepciones más radicales logren triunfar. Pero para dar a conocer al público esas posiciones radicales, son necesarias declaraciones firmes y claras fundadas en una información digna de fe. La esperanza es pequeña, pero es todo lo que tenemos derecho a esperar en el estado actual del mundo.

5

La paz por la resistencia al imperialismo norteamericano

ACTUALMENTE, en el mundo entero, los hombres que desean la paz y la justicia social, cada día más numerosos, consideran al imperialismo norteamericano una plaga que aniquila la paz y la justicia. Cierta gente, que no ha experimentado en carne propia sus efectos, piensa que la expresión «imperialismo norteamericano» es un «cliché». Nosotros los occidentales, somos los beneficiarios del imperialismo. El producto de la explotación sirve para corrompernos. Sin haber experimentado el imperialismo, no admitimos la exactitud de esta expresión atribuida a la línea seguida —en materia económica y política— por lo que Eisenhower denominaba «complejo militar e industrial». Veamos brevemente cual es la naturaleza del poderío norteamericano.

El capitalismo norteamericano detenta un 60 % de los recursos mundiales. El 60 % de los recursos mundiales está en manos de quienes gobiernan un 6 % de la población mundial. En defensa de sus intereses, el capitalismo norteamericano dispersó por todo el planeta 3.300 bases militares e inmensas flotas

móviles armadas con cohetes y bombarderos nucleares. La agresividad de los amos de este imperio impone a la humanidad un gasto anual de 140 mil millones de dólares, es decir 16 millones de dólares por hora. Los gastos consagrados actualmente a armamentos superan el total de la renta nacional del conjunto de países subdesarrollados. Supera las exportaciones anuales del mundo entero en productos básicos. Supera la renta nacional de Africa, Asia y América Latina. El presupuesto militar de Estados Unidos se eleva a unos 60 mil millones de dólares por año. Un cohete Atlas cuesta 30 millones de dólares, es decir el valor total de las inversiones requeridas para la construcción de una fábrica de abonos nitrosos de una capacidad de 70.000 toneladas por año.

Tomemos el caso del Reino Unido, que es un país próspero: un cohete obsoleto cuesta el precio de cuatro universidades, un TSR-2 el precio de cinco hospitales modernos, un vehículo auto-avión el precio de 100.000 tractores. En el transcurso de los últimos catorce

años. Estados Unidos consiguió cuatro mil millones de dólares a la adquisición de excedentes agrícolas. Para mantener los precios en los mercados mundiales, almaceno y envueno millones de toneladas de trigo, avena, cebada, maíz, maní y queso. Se derrama azul de metileno sobre grandes cantidades de manteca y queso. Para hacerlos inapropiados al consumo. En Estados Unidos, el acero de cereales panificables almacenados para su producción se elevaba, en 1960, a 125 millones de toneladas, lo necesario para nutrir a todos los ciudadanos de la India durante un año entero. Los amos capitalistas de Estados Unidos destruyen deliberadamente cantidades inconcebibles de productos alimenticios, con el único fin de preservar sus beneficios y conservar su poderío. Sembrantes a buires, un puñado de ricos se enriquecen a costa de los pobres, de los explotados, de los oprimidos. Según Dag Hammarskjöld, bastaría una disminución del 5 % del precio mundial de los productos alimenticios exportados por un país cualquiera para liquidar integralmente las inversiones del Banco Internacional, de las Naciones Unidas y todas las inversiones bilaterales y otras.

Tales eran los temores de Hammarskjöld. ¿Qué verdad encerraban? Estos últimos años, los precios se han establecido en detrimento de los países pobres y se han rebajado no sólo un 5 % sino un 40 %. La producción industrial del capitalismo occidental está consagrada, con conocimiento de causa, no sólo a perpetuar el hambre en el mundo sino a incrementar en proporciones fabulosas, con el fin de sacar provecho.

En Africa del Sur, 10,000 niños mueren anualmente de gastroenteritis. Para eliminar la viruela, que azota a muchos países, sería necesario gastar 500,000 dólares. Es suficiente una inyección de penicilina, de 30 centímetros, para curar el pian, del cual padecen cientos de millones de seres humanos. 500 millones de hombres sufren de tucoma. El 60 % de los niños de Africa tienen enfermedades provocadas por insuficiencia proteica (Kwashiorkor, beriberi, pelagra, etc.). Al acumular productos alimenticios para desnutralizarlos, Estados Unidos no sólo despoja a los hambrientos sino también obliga a los países subdesarrollados a pagar muy cara su comida. Las riquezas del mundo son desviadas, devastadas, ocultas por una infima minoría dedicada al asesinato de la inmensa mayoría. 3,300 bases militares

dispersas en todo el planeta, se encargan de impedir a los pueblos que destruyan a este sistema malféico.

Vemos qué funciones tiene en Estados Unidos la industria de guerra. Los bienes poseídos por el Ministerio de Defensa Nacional de ese país estaban avaluados para 1956 en 160 mil millones de dólares. Actualmente su valor prácticamente se ha duplicado. El Ministerio de Defensa Nacional de Estados Unidos es la organización más importante del mundo. El Pentágono posee millones de hectáreas de tierras, cerca de 13 millones en el propio Estados Unidos y más de 1,200,000 en países extranjeros. El edificio del Pentágono es tan grande que el Capitolio, sede del gobierno de Estados Unidos, entraría fácilmente en uno solo de sus cinco segmentos principales. En el presupuesto de 1962, se consagraron 53 mil millones de dólares a armamentos, excluido el programa militar de investigaciones espaciales.

Por consiguiente, en 1962, sobre cada dólar, 63 cents. eran afectados a armamentos e investigación espacial, otros seis cents. se destinaban a servicios del ejército y más del 80 % de los intereses pagados correspondían a deudas contratadas en el sector militar. 77 cents. sobre 100 corresponden a guerras anteriores, guerra fría y preparación de la guerra del futuro. Los miles de millones de dólares otorgados a los militares norteamericanos dan al Pentágono un poder económico que afecta todos los aspectos de la vida norteamericana y de la vida de la especie humana. Los militares norteamericanos detentan el triple de recursos que los grandes monopolios tomados en conjunto; sus haberes superan los de la U.S. Steel, Metropolitan Life Insurance, American Telephone and Telegraph, General Motors y Standard Oil. El Ministerio de Defensa emplea el triple de personal que todas esas grandes sociedades internacionales.

Esta inmensa concentración internacional de poder y riqueza está vinculada directamente a la existencia del gran capital en Estados Unidos. Los miles de millones de dólares invertidos en los contratos que concede el Pentágono son percibidos por la gran industria.

En 1960, 21 mil millones de dólares se destinaron a la adquisición de productos para el ejército. Diez sociedades capitalistas recibieron 7.5 mil millones de dólares, tres recibieron cada una mil millones y otras dos 900 millones de dólares. En esas sociedades, hay 1,400

oficiales de grado superior al de comandante, entre los cuales 261 con el rango de generales.

La más importante de estas sociedades, la General Dynamics, emplea 187 oficiales, 27 generales y almirantes y a un ex-secretario del ejército de tierra. La política y las bases militares de Estados Unidos están al servicio de un complejo de poder inmenso y estrechamente vinculado, que tiene personalmente interés en perpetuar la carrera armamentista. Esta concentración de poder se extiende a toda la economía norteamericana. En todas las ciudades, cualquiera sea su importancia, se conceden subcontratos a los adjudicatarios de contratos de armamentos. Significa trabajo para millones de personas.

Sólo el Ministerio de Defensa Nacional emplea cuatro millones de personas. Gasta en salarios 12 mil millones de dólares, es decir el doble del rubro de lo que gasta la industria del automóvil. Las industrias de armamento emplean directamente otros cuatro millones de personas. Por consiguiente ocho millones de personas dependen de las aventuras militares de los amos de Estados Unidos. Ocho millones de empleados, lo cual hace un total de veinticinco millones de interesados.

En San Diego, California, la producción de misiles representa el 82 % del conjunto de empleos industriales; en Wichita, Kansas, representa el 72 %. Sólo los mercados militares representan el 30 % del conjunto de empleos industriales en seis estados, California en primer lugar. En Los Angeles, cerca del 60 % de los empleos están vinculados, directa o indirectamente, a la carrera armamentista. Estados Unidos consagra pues, en su totalidad, más del 50 % del total de sus gastos públicos al sector militar.

Eso representa una inversión colosal destinada a la explotación y a la dominación. Bajo el reinado del capitalismo, la perpetuación de la producción bélica es necesaria a cada almacén y a cada estación de servicios de Estados Unidos.

He ahí el sistema mundial del imperialismo. Este sistema utiliza un ejército secreto, la «Central Intelligence Agency» (C.I.A.). La C.I.A. dispone de un presupuesto quince veces superior al de las actividades diplomáticas de Estados Unidos. Esta inmensa organización tiene hombres en los ejércitos y las policías de todos los países del mundo. Establece las listas donde figuran los nombres de los diri-

gentes populares condenados al asesinato. Trama las guerras. Invade países.

En América Latina, a instigación de la C.I.A. y de Lincoln Gordon, embajador de Estados Unidos en Brasil, una camarilla de generales reaccionarios derrocó al gobierno democrático de Joao Goulart. En Argentina, tanques norteamericanos aplastaron al gobierno civil de Arturo Frondizi, por la única razón de que este representante conservador de los intereses burgueses no servía suficientemente al capitalismo norteamericano. Golpes militares se impusieron brutalmente en Ecuador, Bolivia, Guatemala y Honduras. Durante varias décadas, Estados Unidos suministró armas y apoyo a Trujillo, uno de los jefes de estado más crueles y feroces de los tiempos modernos. Después, cuando no era útil para sus intereses lo dejaron caer como a Ngo Dinh Diem, pero Estados Unidos es aún el enemigo de los ciudadanos de la República Dominicana, como lo demuestra la arrogante intervención militar que realizó para aniquilar la valiente revolución de abril de 1965.

La aprobación dada por las Naciones Unidas a esta agresión abierta, y el hecho de que Estados Unidos haya podido cometer esta burda violación a la Carta sin ser excluido de la O.N.U. demuestran que las Naciones Unidas se han convertido en un instrumento del cual Estados Unidos hace uso en agresiones del tipo de la cometida contra la República Dominicana. Toda mi simpatía se dirige a los ciudadanos de la República Dominicana, donde la lucha prosigue aún.

En el Congo, mercenarios al servicio de los intereses belgas y norteamericanos, que contaban con el cinico apoyo del gobierno británico, asesinaron sin hacer la menor distinción a todos los campesinos que encontraron durante su avance. Con esta finalidad se utiliza a la escoria del militarismo norteamericano: mercenarios sudafricanos y contrarrevolucionarios cubanos.

En Medio Oriente, los intereses petroleros de Estados Unidos y Europa imponen al pueblo la miseria y la tiranía. El imperialismo británico, con el apoyo del poderío militar y financiero de Estados Unidos, se esfuerza por aplastar, bajo una lluvia de napalm y poderosos explosivos, al movimiento popular de Aden.

En Africa del Sur, se extraen riquezas incalculables de la «Copper belt» (zona constituida por los yacimientos de minerales de co-

bre) de Rhodesia y de la Unión Sudafricana, mientras los estados fascistas de Salazar y Verwoerd se mantienen gracias a las armas de la O.T.A.N. En Asia del Sudeste, un ejército de 50.000 hombres sostiene al estado fantoche de Malasia, y en Indonesia generales de derecha, financiados por Estados Unidos han ocupado el poder. En todos los países situados sobre las costas de los mares que bañan China del Sur, todos los elementos patriotas o de izquierda han sido encarcelados o perseguidos por las potencias imperialistas. Estados Unidos se jacta de sus intrigas en el Maghreb. Tiene la impudicia de publicar los planes que elabora para derrocar a los gobiernos nacionalistas.

Nos enfrentamos con un imperialismo rapaz. Pero en ninguna parte ha demostrado tanta crueldad e impiedad como en Vietnam. Armas químicas, gas, armas bacteriológicas, bombas de fósforo y napalm, «razor bombs», despanzurramientos, mutilaciones, trabajos forzados, campos de concentración, decapitaciones, torturas refinadas —en materia de crueldades todas han sido utilizadas por el imperialismo norteamericano en Vietnam y clínicas, sanatorios, hospitales, escuelas y aldeas han sido implacablemente saturadas de bombas incendiarias; y no obstante, después de haber luchado durante 25 años contra tres grandes potencias industriales, los vietnamitas siguen resistiendo.

Los vietnamitas son héroes y su lucha épica nos recuerda constantemente, y de manera emocionante, que los hombres pueden estar animados por un espíritu increíble cuando se consagran a un ideal noble. Rindamos homenaje al pueblo de Vietnam.

La historia ha conocido muchos imperios, muchos sistemas de explotación imperialista, crueles y rapaces, pero nunca alguno tuvo el poderío que detentan los imperialistas norteamericanos. Estos últimos han levantado un sistema mundial de opresión y ese sistema es el que pone en peligro la paz y constituye la fuente de la amenaza de guerra atómica mundial.

Fui partidario de la coexistencia pacífica porque tenía la convicción de que en la era nuclear un conflicto sólo podría tener consecuencias desastrosas. Esta convicción se basaba en la esperanza de que sería posible persuadir a Estados Unidos a entenderse con los países socialistas y comunistas. Y ahora sabemos,

con una evidencia dolorosa, que es imposible persuadir al imperialismo norteamericano para que ponga fin a sus agresiones, renuncie a la explotación y a las crueldades: en todas partes del mundo, este imperialismo constituye la fuente de guerras y sufrimientos. En todas partes del mundo donde existe el hambre, donde se ejerce la tiranía de los explotadores, donde se tortura a los hombres, donde se abandona a las masas al hambre y a las enfermedades que las minan, es de Washington que viene la fuerza que mantiene a las víctimas en la opresión.

Por consiguiente no aseguraremos la coexistencia pacífica rogando al imperialismo que adopte un comportamiento más correcto. No obtendremos la paz con la esperanza puesta en la buena voluntad de los hombres cuyo poder está vinculado a la perpetuación de esta explotación y al desarrollo progresivo de la producción militar. El sistema que oprime a los pueblos del mundo entero es un sistema internacional, coordinado, poderoso; pero esta opresión enfrenta el odio de los pueblos, que la resisten de diversas maneras.

Debemos forjar un frente de resistencia unido y coordinado contra esta explotación y esta dominación. Con su lucha, los pueblos oprimidos privarán al imperialismo norteamericano de los recursos que detentan y, al hacerlo, reforzarán el campo de quienes, incluso en Estados Unidos, se esfuerzan por comprender, para luego vencer, a los dirigentes crueles que usurparon la revolución y el gobierno de su país. En mi opinión, sólo así lograremos establecer una paz inquebrantable, y no otorgando a la dominación norteamericana una adhesión inmoral y sutil, que no nos conduce a ninguna parte y que hombres dotados con el sentido de lo humano no podrían admitir.

Si la Unión Soviética, con un encomiable deseo de paz, intenta contentar a Estados Unidos limitando al mínimo la lucha por la liberación nacional y por el socialismo, o incluso oponiéndose, ni la paz ni la justicia estarán aseguradas. El imperialismo norteamericano nos ha dado todas las pruebas que tenemos derecho a exigir respecto a su naturaleza y sus prácticas. Los pueblos del mundo entero son testigos.

La guerra y la opresión pertenecen desde tiempos inmemoriales a la historia de la humanidad. Solo podrán ser vencidas por la lucha. Para que el mundo se libere de la explotación

y la dominación extranjeras, para que las masas, en todos los continentes, conozcan el bienestar, para que reine la paz y la fraternidad, es necesario combatir. Esa es la lección que nos enseña el imperialismo norteamericano. La lección no es agradable, pero si la ignoramos nada obtendremos.

No alejaremos la guerra nuclear que nos amenaza temiendo el poderío de Estados Unidos. Al contrario, cuanto mayor sea el aislamiento de los dirigentes de Estados Unidos, ante la resistencia opuesta por el mundo entero a sus valores y acciones, más posibilidades

tendremos de lograr escapar al holocausto nuclear. La ilusión del imperialismo norteamericano, que cree poder alcanzar sus fines y destruir los pueblos haciendo uso de armas semejantes, es lo que constituye actualmente el principal riesgo de guerra nuclear. Pero cuando los pueblos de Perú, Guatemala, Colombia, Vietnam, Siam, Congo, Camerún, Estados Unidos, Gran Bretaña, cuando los pueblos de todos los países manifiesten, luchen y resistan, el poderío nuclear no servirá de nada. Su posesión destruirá a quien lo use. Unámonos para resistir al imperialismo norteamericano.

6

La única política honorable

HAY que obligar a Estados Unidos a retirarse del Vietnam de inmediato y sin condiciones. Esta política se impone por cuatro buenas razones como mínimo:

1) Estados Unidos comete crímenes de guerra en Vietnam. Las pruebas de esos crímenes tantas veces han sido aportadas por observadores occidentales que no es necesario aquí darlas en detalle. Es suficiente destacar que los continuos informes de la prensa sobre el empleo de armas químicas y de gas, sobre los campos de concentración, sobre la masacre de la población civil sin distinción, sobre las torturas y atrocidades, son tan corrientes que arriesgamos no llegar a discernir la característica fundamental, es decir que se trata de crímenes de guerra perpetrados en nuestro nombre, por cuenta nuestra, con nuestro dinero y nuestro consentimiento.

2) Nada absolutamente autoriza a Estados Unidos a permanecer en Vietnam. El «gobierno» de Saigón que, según nos dicen, solicitó el apoyo de las tropas norteamericanas, no es le-

gal ni representativo. Los ambiciosos generales vietnamitas que gobiernan nominalmente una fracción del Vietnam del Sur por cuenta de Estados Unidos no son sino los descendientes en línea directa del ex-«gobierno» fantoche a sueldo de los franceses. Estados Unidos simplemente es el continuador del método francés, que consistía en elegir un candidato seguro e imponerlo al país por la fuerza de las armas y el subsidio extranjero.

3) Cuando Washington habla de «poner fin a la agresión» lo hace, como en el caso de Orwell, con una cinica duplicidad de pensamiento. Estados Unidos desconoció los acuerdos de Ginebra, impidió las elecciones libres y la reunificación prometida con Vietnam del Norte, introdujo a Vietnam del Sur en su esfera de influencia, consideró al paralelo 17 frontera nacional y a Vietnam del Norte país extranjero y nunca fue capaz de probar, como lo pretenden, que elementos comunistas provenientes del norte se infiltraban en el sur. Sólo recientemente, después que los vietnamitas del sur se hicie-

ron masacrar a razón de más de mil por semana, se pudo demostrar la existencia de un apoyo militar sustancial del norte al F.N.L. Sin lugar a dudas, no se trata de una «invasión extranjera», sino de un apoyo acordado a compatriotas de los cuales los vietnamitas del norte han sido artificial e ilegalmente separados por una potencia situada a miles de kilómetros de Vietnam. La agresión extranjera es la de Estados Unidos.

4) Si los vietnamitas perdieran aun sólo parte de su independencia, Estados Unidos se sentiría alentado a pensar que la agresión da resultado y a actuar en consecuencia sobre tres continentes. Me opongo actualmente a la agresión norteamericana con la misma firmeza que puse en 1939 cuando me opuse a la agresión nazi, y por la misma razón: no es beneficioso transar con aquellos que cometen crímenes de guerra y una agresión flagrante; solo sirve para aumentar su sed de agresión. Es necesario aislarlos.

Nuestros recuerdos de la era nazi nos ayudarán a comprender mejor los acontecimientos que hoy se desarrollan en Vietnam. De creer a Washington, el F.N.L. y el gobierno de Vietnam del Norte no tienen interés en negociar para poner término a la guerra. Por consiguiente, agregan los norteamericanos, tienen la responsabilidad del conflicto. Según el gobierno de Estados Unidos puede haber dos explicaciones a ese belicismo. Primo: «se imaginan erróneamente» que la victoria está al alcance de la mano y deben ser «desilusionados» por todos los medios que Estados Unidos juzgue conveniente emplear. Segundo: detrás de los vietnamitas se esconde China, a quien podría solicitársele que acordara a su vecino el apoyo de las armas, y que desea la derrota de Estados Unidos.

Hay que reconocer que a primera vista esta interpretación comporta el mínimo de semi-verdades necesarias para un público ya obsesionado por los mitos de la guerra fría. Sin embargo sucumbe ante el análisis. ¿Cómo reaccionarían los ciudadanos de Estados Unidos si, para citar un ejemplo, un ejército de ocupación chino se esforzara por colocar bajo su dominio todo el territorio de Estados Unidos situado al sur de una línea San Francisco - Denver - San Luis - Washington, y enviara a sus aviones de bombardeo a destruir sistemáticamente todas las localidades situadas al norte de esa línea? ¿Cómo reaccionarían entonces

los norteamericanos, cuando los chinos los invitaran a una «negociación» para poner un fin razonable a esa guerra? Conviene recordar aquí la respuesta que recibió la temeraria proposición de Hitler. En 1940, la supervivencia de Gran Bretaña como nación estaba en juego. Al solicitar a los Comunes el voto de confianza para su nuevo gobierno, Churchill utilizó un lenguaje que, desprovisto de su retórica, podría actualmente ser el de Ho Chi Minh:

«Sólo puedo ofrecer sangre, trabajo, lágrimas y sudor. . . ¿Preguntan Uds. cuál es nuestra política? Les respondo: hacer la guerra, en el mar, en la tierra y en el aire, con todo nuestro poder y con toda la fuerza que Dios pueda acordarnos; librar la guerra contra una tiranía monstruosa, a tal punto que el siniestro y deplorable catálogo de crímenes humanos no ha conocido nada peor. He ahí nuestra política. ¿Preguntan Uds. cuál es nuestro objetivo? Puedo responder con una sola palabra: Victoria. Victoria a cualquier precio, victoria a pesar de cualquier terror; victoria, por largo y duro que pueda ser el camino; porque sin victoria no hay supervivencia. Que se me comprenda bien: no hay supervivencia. . . Tengo la certeza que no se dejará a nuestra causa fracasar entre los hombres. En esta hora, me siento con el derecho de reclamar la ayuda de todos. . . (1)

Un mes después, frente a la agravación del peligro que amenazaba a Gran Bretaña, Churchill retomaba el tema y reclamaba públicamente la ayuda de una potencia extranjera:

«. . . Defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste. Combatiremos en las playas, combatiremos en los aeródromos, combatiremos en los campos y en las calles, combatiremos en las montañas, nunca nos rendiremos; e incluso si, lo cual me niego absolutamente a creer, esta isla o gran parte de ella fuera subyugada y presa del hambre, nuestro Imperio. . . proseguirá la lucha, hasta que, cuando plazca a Dios, el Nuevo Mundo, con toda su energía y toda su potencia, intervenga para socorrer y liberar al Viejo Mundo». (2)

Puesto que somos la potencia imperialista, las guerras de liberación se colocan en el mejor de los casos, entre comillas, o lo que es más frecuente, calificadas de agresiones comunistas. En 1940, nadie en Occidente discutía el deseo

de libertad de Gran Bretaña ni su derecho a recibir apoyo del extranjero, y nadie acusaba a Gran Bretaña de empecinamiento porque combatía sola. En su primer mensaje al presidente Roosevelt, Churchill, que acababa de ser nombrado primer ministro, declaraba categóricamente:

«Esperamos aquí mismo, a corto plazo, ataques de la aviación, de tropas y paracaidistas y nos preparamos para recibirlos. Si es necesario, proseguiremos solos la guerra, y esto no nos arredra». (3)

Mientras era vice-presidente, Lyndon Johnson hizo algunas declaraciones absurdas: en una de las más absurdas, que seguramente le reprochará la historia, presentaba a Diem como el Churchill de Vietnam. No hay duda de que el héroe nacional de Vietnam es Ho Chi Minh, bajo cuya conducción la expulsión de los colonialistas franceses llegó a buen término, Ho Chi Minh que se ha negado a someterse a los Estados Unidos. Si su nombre suscita o no hoy el mismo eco que el de Churchill en 1940, he aquí algunas opiniones cuyo tono nos recuerda igualmente otras:

«En esta hora, creo que es un deber, ante mi propia conciencia, recurrir una vez más a la razón y al buen sentido (del enemigo) así como a los de todos los demás. Pienso que me corresponde hacer este llamado, puesto que no soy un enemigo vencido que solicita gracia, sino el vencedor que habla en nombre de la razón. No veo por qué motivo esta guerra debe continuar. Me deprime la idea de los sacrificios que ella acarreará... Tal vez (el enemigo) rechace mi propuesta interpretándola como inspirada por el temor y la incertidumbre de la victoria final. Si así es, habré aliviado mi conciencia por lo que vendrá».

¿Es el presidente Johnson dirigiéndose a Hanoi? No, es Hitler haciendo ante el Reichstag, cuando Francia estaba en manos nazis, lo que él llamó su «ofrecimiento de paz» a Gran Bretaña. (4) A ese gesto siguió una intensa actividad diplomática de los nazis, pero nadie se dejó engañar. Tres días después, la radio difundió una declaración en la cual el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña rechazaba este «llamado a capitular ante la voluntad (de Hitler)» y hacía saber que «no (cesaremos) de combatir hasta que la libertad no (esté) asegurada». Churchill hizo al respecto un instructivo comentario:

«Naturalmente hubiera sido una satisfacción para Hitler, después de haber sometido a Europa, poner fin a la guerra obteniendo la aprobación de Gran Bretaña para sus actos. En realidad, no ofrecía la paz sino que se declaraba dispuesto a aceptar que Gran Bretaña abandonara todo aquello por cuya defensa había entrado en guerra».(5)

En respuesta a la gestión del Rey de Suecia, el gobierno británico rechazó formalmente el «ofrecimiento» de Hitler y presentó la lista de los crímenes de guerra cometidos por los nazis contra los estados limítrofes de Alemania, particularmente contra Bélgica y Holanda, «a pesar de todas las promesas hechas por el gobierno alemán en cuanto al respeto por su neutralidad». Estos «hechos horribles» entre los cuales figuraban inmensas masacres, marcaban las páginas de la historia con una «mancha indeleble». La intención del gobierno británico de proseguir la guerra «por todos los medios posibles hasta que el hitlerismo fuera completamente vencido» lo llevó incluso a afirmar que «hubieran preferido perecer todos en la ruina común antes que faltar a su deber».

La analogía termina aquí porque las condiciones de paz fijadas por Churchill y las fijadas por Ho Chi Minh son muy distintas. Churchill exigía de los nazis una «rendición sin condiciones» y no se consideró satisfecho hasta que la capital enemiga fue ocupada después de los bombardeos de saturación de las ciudades abiertas de Alemania. Ho Chi Minh por el contrario, sólo exige el abandono del territorio del Vietnam por los americanos. Los vietnamitas no amenazan a ninguna ciudad de EE.UU. ni se proponen someter a los EE.UU. a su poder. Si la respuesta de Gran Bretaña en 1940 era razonable, cuánto más lo es esta que hoy plantea Vietnam. Si utilizamos dos criterios, dos medidas distintas según se trate de Occidente o de Vietnam, entonces merecemos todas las acusaciones de racismo que puedan dirigírsenos.

¿Todo esto quiere decir que no debemos tratar de poner fin a la guerra de Vietnam? ¿Es necesario que la masacre continúe? Los vietnamitas saben que la propuesta de «negociaciones» hecha por el presidente Johnson es tan inaceptable como lo era el ofrecimiento de Hitler a Gran Bretaña. Tienen todos los derechos respecto a su propio país, mientras

que los EE.UU. no tienen ningún derecho sobre el país de los vietnamitas. Si estos debían soportar la invasión de su país y su destrucción a manos de Estados Unidos, para luego sentarse a conferenciar y «negociar» con el invasor sobre la cantidad de territorios vietnamitas que permanecerían en poder de E.E. U.U. o quedarían sometidos a su dominación, la agresión estaría legalizada y alentada. Ya en 1946 y luego en 1954, los vietnamitas trataron de negociar aprovechando ese deseo de paz, los franceses primero y luego los americanos, violaron los términos de los acuerdos. Confío sinceramente en que, esta vez, la independencia coronará el largo esfuerzo de estos hombres heroicos. Todo aquel que en Occi-

dente ame y respete la justicia, tiene la obligación de ayudar a los vietnamitas para que sea menos oneroso el precio de su independencia. Formulo un llamado a los norteamericanos, quienes jamás vieron un ejército de ocupación en su tierra ni soportaron la destrucción sistemática de su país por «raids» aéreos, y les pido que hagan un esfuerzo para imaginar lo que sucede en el Vietnam. El gobierno de EE.UU. ha caído en manos de criminales de guerra cuya acción es necesario detener mientras haya tiempo para hacerlo. La opinión internacional todavía puede ayudar a imponer la única solución honrosa: hay que obligar a Estados Unidos a abandonar el Vietnam inmediatamente y sin condiciones.

(1) 13 de mayo 1940 — Moción adoptada por unanimidad.

(2) Cámara de los Comunes, 4 de junio 1940.

(3) 15 mayo 1940.

(4) 10 julio 1940.

(5) La Segunda Guerra Mundial — Volumen III. Capítulo II.

7

Mensaje a los soldados norteamericanos

A QUI, Bertrand Russell, quien les habla desde la radio del Frente Nacional de Liberación (1). Me dirijo a Uds., soldados norteamericanos, con la intención de explicarles cómo el gobierno de EE.UU. ha violado los derechos de Uds. al enviarlos a ocupar un país cuyos habitantes están unidos bajo un odio común contra los Estados Unidos, agresor extranjero. No es difícil comprender por qué los vietnamitas odian a los norteamericanos. Los habitantes de Vietnam combaten desde hace 25 años para consolidar la independencia de su país. Se batieron primero contra los japoneses, gentes muy crueles; después contra los franceses que decapitaban a quienes consideraban opresores del ocupante. Seguramente pocos de ustedes saben que EE.UU. financió el 80 % de la guerra francesa y proveyó a Francia de toda clase de armas modernas, con el fin de ayudarla en su nefasta empresa, consistente en matar y sojuzgar a los vietnamitas.

Cuando EE. UU. intervino militarmente

en Vietnam del Sur, su gobierno pretendió convencernos de que se trataba simplemente de ayudar a un gobierno establecido en Saigón a vencer la subversión organizada por el extranjero. Pero Uds. han visto con sus propios ojos, soldados norteamericanos, qué clase de gobiernos ha conocido Saigón. Gobiernos bárbaros, corrompidos, dictatoriales, por los cuales los vietnamitas experimentan un profundo desprecio. ¿Cómo es posible que tales gobiernos hayan podido mantenerse, uno tras otro, cuando los estudiantes, las mujeres, los campesinos, han llegado incluso a arriesgar sus vidas para acabar con ellos? No hay más que una respuesta: EE.UU., con toda la fuerza de sus ejércitos, que es enorme, impone en el Vietnam gobiernos títeres que de ninguna manera representan a sus habitantes.

Veamos juntos ahora por qué el gobierno de EE.UU. sigue esta línea de conducta. Cuando invoca la protección de los vietnamitas contra el Vietcong o Vietnam del Norte, este pre-

texto se evidencia como lo que es, es decir como una mentira sublevante. Vietnam constituye un único país. No sólo los vietnamitas del norte y los del sur son los mismos sino que, incluso las mujeres e hijos de hombres que viven en el norte se encuentran en el sur, y muchos de los que viven en el sur han nacido en el norte. Tal vez muchos de ustedes ignoren que entre 1954 y 1960 murieron más vietnamitas que desde 1960 a esta parte. Solo en 1960 el «Vietcong» tomó las armas, y sin embargo murieron más vietnamitas durante los seis años que separan a 1954 de 1960 que después de haber entrado en la lucha el F.N.L. La causa es muy sencilla. El gobierno de Ngo Dinh Diem mató, torturó, encarceló y mutiló a centenares de miles de vietnamitas y no hubiera podido hacerlo sin el apoyo y las instrucciones militares de EE.UU. ¿Alguien de ustedes es capaz de olvidar la barbarie de Ngo Dinh Diem, barbarie que empujó a sacerdotes budistas a quemarse vivos en señal de protesta?

Debe quedar bien claro que el Frente Nacional de Liberación, que ustedes llaman «Vietcong», tomó las armas para defender a los vietnamitas de una tiranía más feroz que la de la propia ocupación japonesa (el régimen de Diem mató más gente que los japoneses). Esta es la responsabilidad del gobierno de EE.UU.

Soldados norteamericanos: si están ustedes en el Vietnam es para reprimir el movimiento vietnamita que lucha por liberarse de la asfixia económica y de la dominación impuesta por un ejército extranjero. Ustedes han sido enviados aquí para proteger las riquezas de una minoría de norteamericanos.

¿Saben Uds. que EE.UU., contando sólo con el 6% de la población mundial, dispone del 60% de los recursos mundiales, mientras que un norteamericano de cada tres vive necesitado? ¿Saben Uds. que EE.UU. cuenta en el mundo entero con tres mil trescientas bases militares, dirigidas casi todas contra los pueblos que les dan acogida? Los dueños de E.E. U.U. han construido un imperio económico que encuentra resistencia tanto en la República Dominicana como en el Congo y sobre todo en el Vietnam.

¿Se imaginan ustedes votando a Cao Ky? Si una potencia extranjera ocupara a EE.UU. con la intención de utilizar en su provecho los recursos de los norteamericanos y si se estableciera por la fuerza, entre Uds., un gobierno de traición, ¿lo considerarían un gobierno

propio? No mencioné lo peor: habiendo demostrado los vietnamitas una determinación y un heroísmo tan fantásticos que la más importante potencia militar del globo ha sido incapaz de vencerlos, se les instruye a ustedes en el manejo de las armas más modernas sin excepción.

La fuerza aérea de Estados Unidos efectúa cada semana 650 salidas en el norte, y el tonelaje de las bombas arrojadas en el sur sobrepasa el de la 2da. guerra mundial y el de la guerra de Corea. Ustedes utilizan el napalm, que quema todo lo que toca. Ustedes utilizan el fósforo que corroee como un ácido el cuerpo de aquellos a quienes alcanza en su trayectoria. Ustedes utilizan las bombas de fragmentación y las bombas repletas de trozos afilados que cortan en pedazos y laceran niños y mujeres. Ustedes utilizan tóxicos químicos que provocan ceguera, trastornos del sistema nervioso y parálisis. Ustedes utilizan gases tóxicos que, en los manuales militares de la 2da. guerra mundial figuraban como venenosos, y otros gases tan terribles que algunos soldados del ejército que los utilizaba murieron por no haberse protegido con máscaras.

Cuando Uds. retornan de una operación ¿preguntan ustedes a quiénes han matado? ¿Cuántos niños y mujeres han muerto ustedes hoy? ¿Qué experimentarían ustedes si todo esto sucediera en los Estados Unidos, con las mujeres, los padres y los hijos de ustedes? ¿Cómo soportar el pensamiento de cuanto sucede en torno, día tras día, semana tras semana? Les planteo estas preguntas porque es a ustedes a quienes corresponde decidir si esta guerra criminal debe o no proseguir.

Cuando Gran Bretaña ocupó en el siglo XVIII América del Norte, los granjeros estadounidenses, hambrientos y en harapos, lucharon con horquillas como únicas armas. Luego de ocho años de guerra, desafiaron al Imperio Británico en su propio territorio. ¿Saben ustedes que en nuestros días, sesenta y seis millones de habitantes de Estados Unidos viven en la pobreza? ¿Saben ustedes que hoy en los Estados Unidos, el número de desocupados representa la población de treinta y cinco estados tomados separadamente?

Ustedes están al servicio de una minoría capitalista cuyo provecho depende del acaparamiento de los recursos naturales de los otros países y es por eso que el mundo se subleva contra la guerra bárbara que está llevando a cabo aquí el gobierno de Estados Unidos. Us-

ustedes saben que la convención de Ginebra prohibió el uso de gases y armas químicas, las mutilaciones y torturas, y también saben que las fuerzas especiales de Estados Unidos están adiestradas en las técnicas utilizadas en Auschwitz y otros campos de concentración.

El sargento mayor Don Duncan confesó que la instrucción de los militares norteamericanos se hace a base de películas nazis que muestran escenas de tortura. En cuanto a ustedes, la experiencia diaria les muestra lo que les ocurre a los campesinos sospechados de pertenecer al «Vietcong» cuando los detienen. Ustedes saben también que las aldeas estratégicas no son muy distintas de los campos de concentración y en ellas los hombres están condenados a trabajos forzados, a la tortura y al hambre. Por razones semejantes el mundo odió a los nazis. Por los mismos hechos los dirigentes nazis fueron llevados al Tribunal de Nuremberg que los condenó a la horca por crímenes de guerra. Sé que la mayoría de ustedes no vinieron al Vietnam por convicción sino porque los mandaron. Sé que muchos creyeron cuando se les dijo que protegerían a gente indefensa contra un vecino poderoso. Pero les han mentado, y nadie lo sabe tan bien como ustedes mismos.

No se crean solos, porque de un extremo a otro de Estados Unidos hay hombres y mujeres que se oponen a esta guerra. Cuando 100.000 personas se han reunido en Nueva York, y decenas de miles en otras ciudades de todo el país es evidente que los norteamericanos han descubierto el secreto de esta guerra y quieren verla terminada. ¿Por qué si no el gobierno de Estados Unidos no ha podido siquiera hacer una declaración de guerra?

¿Estaban ustedes presentes cuando un oficial aplicaba electrodos en el sexo de mujeres y niños? ¿Estaban ustedes entre aquellos, que por miedo o nerviosismo, apretaban el gatillo

de un arma automática apta para despedir en un instante tantos centenares de balas que antes de que nadie comprendiera qué había sucedido, el suelo estaba sembrado de cadáveres de mujeres y niños?

Apoyado por personalidades de renombre mundial, premios Nobel, novelistas, filósofos, matemáticos, he constituido un Tribunal para juzgar los crímenes de guerra, con la mayor solemnidad y con la participación de respetabilísimas personalidades internacionales, los crímenes cometidos por el gobierno de Estados Unidos contra los vietnamitas. Los conjuro a no participar más en esta guerra de conquista, bárbara y criminal. Los conjuro para que hagan conocer ante el tribunal la verdad sobre esta guerra y para que testimonien sobre cuanto han visto con los propios ojos. Los conjuro como ser humano que se dirige a seres humanos. Hacerlo, será un acto de coraje al servicio de la humanidad. Si no son capaces de hacerlo, ustedes dejarán a sus gobernantes en libertad para seguir ensuciando al país y lograr que el nombre de Estados Unidos suscite el odio de las gentes honradas en el mundo entero.

Unanse a nosotros, gentes de todas las posiciones sociales, norteamericanos, ingleses, habitantes de Europa occidental, de América Latina, de Asia, del Africa, resueltos a vencer a aquellos que en Estados Unidos son responsables del dolor y de los horrores que ustedes, soldados norteamericanos, han visto con los propios ojos, y por los cuales ustedes también tienen responsabilidad. Pidan ser trasladados, no importa adonde, antes que permanecer en Vietnam. Hagan saber que publicarán la oposición de ustedes a esta guerra y a los métodos con que ha sido llevada a cabo. Muchos están prontos a apoyarlos y no deben temer represalias. De nada vale postergar la decisión. Ahora o nunca.

(1) Difundido el 24 de mayo de 1966 por la Radio del Frente Nacional de Liberación.

Discurso pronunciado en la Conferencia de Solidaridad

LOS Estados Unidos representan hoy una fuerza que aporta al mundo entero dolor, reacción y contra-revolución. En todas partes donde hay hombres condenados al hambre y a la explotación, en todas partes donde son oprimidos y humillados, es con el apoyo y el consentimiento de los Estados Unidos que se les infligen esos males (1). Sea en el Congo bajo Mobutu, en el Brasil bajo Branco, en Corea del Sur bajo Pak, en Siam bajo Thanom o en Vietnam bajo Ngo Dinh Diem o Cao Ky, las armas mortíferas llevan todas la marca de fábricas norteamericanas.

En cuanto a los horrores perpetrados concretamente en Vietnam, su descripción sobrepasa mis fuerzas. Ocho millones de seres humanos están reclusos en campos de concentración y condenados a trabajos forzados. Seres humanos han sido utilizados como cobayos para probar la eficacia de armas que, como los gases tóxicos, los dejan ciegos, los paralizan, los asfixian y les provocan convulsiones. Vastas regiones han sido atacadas con sustancias químicas que provocan trastornos

del sistema nervioso y desequilibrios mentales. El napalm y el fósforo que no se detienen en su acción devastadora hasta que no hayan reducido todo a cenizas, han sido lanzados sobre las zonas donde la población es más densa. Armas puras y simplemente diabólicas, como la bomba llamada «Lazy dog» se han utilizado en todo el país. El año pasado, sólo en la provincia de Thanh Hoa, Vietnam del Norte, cien millones de trozos de acero fueron arrojados sobre la población. Las operaciones aéreas con su ensordecedor tonelaje de bombas superior al de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea, se sucedieron sin pausa a razón de seiscientos cincuenta semanales, semana tras semana, mes tras mes.

Y sin embargo, a pesar de todo esto, aunque Estados Unidos sea la más importante potencia militar que haya conocido jamás el mundo, aunque su superioridad aérea sea indiscutible y su flota cuente con absoluta libertad, aunque las armas automáticas de que están provistos los soldados norteamericanos disparen centenares de balas por minuto, aunque el Vietnam sea un país agrario y de esca-

so desarrollo industrial, los vietnamitas, como los griegos en Salamina, han vencido a un coloso poderoso y cruel.

Cuando evoco el año 1940, en la época de la Blitz, y el estado anímico de los ingleses en aquel tiempo, comprendo con total claridad cuál es nuestra responsabilidad respecto a los vietnamitas. ¿Recuerdan ustedes qué sentimientos nos dominaban cuando los nazis bombardeaban nuestras ciudades? ¿Recuerdan cómo el país entero estaba decidido a no rendirse y a no tolerar nunca la ocupación nazi? ¿Teníamos que soportar entonces los gases y las armas químicas? ¿Nuestro país estaba partido en dos? ¿Nuestros compatriotas estaban recluidos en campos de concentración? ¿Nuestros campos eran arrasados por los gases, las sustancias químicas, las bombas de napalm, las bombas de fragmentación? No, nada de esto conocimos nosotros. Y sin embargo, Churchill hablaba en nombre de todos nosotros cuando declaró que pelearíamos en las playas pero que no nos rendiríamos jamás.

Esta conferencia se ha reunido con el fin de formular nuestra esperanza ferviente de que el pueblo vietnamita logre una victoria total, rápida e indiscutible. Esta conferencia se propone crear en Gran Bretaña un movimiento que esté a la altura del heroísmo manifestado por los vietnamitas, un movimiento exento de tergiversaciones y servilismo, ante el poderío económico de Estados Unidos. Tenemos el propósito de crear un movimiento capaz de denunciar la sordidez de la sumisión y la codicia que demuestra nuestro Primer Ministro. Tenemos el propósito de crear un movimiento que elabore normas concretas de acción, como por ejemplo un Tribunal para el juicio de los crímenes de guerra ante el cual comparecerán víctimas y testigos de esta vasta panoplia del horror que es la guerra de agresión contra Vietnam de los Estados Unidos.

Nuestro movimiento tendrá una base amplia. Buscaremos el apoyo de los trabajadores de este país, de los sindicatos, de los profesores, de los estudiantes y de todos aquellos que vean en la lucha de los vietnamitas la dignidad y la abnegación que suscitan en el hombre las mejores reacciones. Porque no cabe duda, al declararnos solidarios de los vietnamitas, no les hacemos ningún regalo. La lucha que ellos cumplen contra la dominación eco-

nómica nos indica el camino que también nosotros debemos seguir.

Gran Bretaña ha sido convertida en el lacayo de un fanfarrón, y lo que es peor aún, de un fanfarrón brutal y desalmado. Si hoy no conocemos el hambre es porque en Asia, en Africa y América Latina mueren hombres todos los días para que podamos seguir alimentándonos, estamos envilecidos y corrompidos por esta abundancia inmerecida. La miseria sórdida puesta al servicio de la abundancia siempre ha ensuciado a quienes la aprovechan, desde los tiempos del Egipto esclavista y del cristianismo primitivo hasta nuestros días.

La lucha de Vietnam se convierte así, en una lucha por la dignidad del hombre y por nuestra propia emancipación. Los vietnamitas no serán nuestros deudores. No es piedad lo que merecen. Demuestran heroísmo y no pasividad, triunfan en lugar de abandonarse a la decepción y a la desesperación.

Ninguno de los que gozan en Occidente de un alto nivel de vida derivado inexorablemente de la brutalidad y la explotación, tiene el derecho de pedir a quienes luchan contra sus explotadores, que renuncien a esa lucha de acuerdo a condiciones fijadas por nosotros mismos. Por eso se equivocan los movimientos pacifistas y los de izquierda cuando solicitan a los vietnamitas que negocien con Johnson mientras éste prosigue en su criminal agresión. No puede existir paz valiosa y duradera si es una paz de esclavos, y no conquistaremos nuestra tranquilidad de espíritu si les pedimos a los hambrientos y a los oprimidos que mueran en silencio. No seguirán tan conmovedor consejo. No deben seguirlo. Y nosotros no debemos dárselo.

Nuestra campaña de solidaridad, nuestro Tribunal para el juicio de los crímenes de guerra, nuestras películas, nuestros libros, nuestras reuniones y nuestra ayuda material deben tener como único propósito la victoria de los vietnamitas sobre sus verdugos. Formulo mis notas para que esta victoria pueda anunciar otras victorias idénticas obtenidas por los oprimidos del mundo entero, hasta el día en que nuestros compatriotas llamen a responsabilidad, a su responsabilidad, y lo conviertan en instrumento al servicio del bien.

(1) Pronunciado en Londres el 4 de junio de 1966.

RALPH SCHOENMANN

Estuve en Vietnam

DESDE hace años Bertrand Russell se esfuerza por lograr que los occidentales tomen conciencia de la naturaleza de la guerra de Estados Unidos contra Vietnam. Ha fundado comités internacionales de apoyo al pueblo vietnamita y prepara actualmente la reunión de un Tribunal para juzgar los crímenes de guerra, en cuyos trabajos han sido invitados a participar eminentes personalidades. Entre los muchos norteamericanos que han decidido oponerse a esta guerra, hay que citar el nombre de David Mitchell, enjuiciado por haberse negado a participar en las actividades del ejército norteamericano en Vietnam. Mitchell no es ni un pacifista ni un objetor de conciencia. Afirma que los Estados Unidos son culpables de crímenes contra la paz y contra la humanidad, basándose en la definición que de tales crímenes se dio en Nuremberg e invoca como apoyo de su tesis la convención de Ginebra, los acuerdos firmados en 1954 en Ginebra, el tratado Briand-Kellog, los acuerdos de Londres organizando el tribunal de Nuremberg y la Carta de las Naciones Unidas. Casi todos

estos textos han sido ratificados formalmente por el Senado de Estados Unidos y firmados por presidentes estadounidenses, de modo que, en la medida en que sus estipulaciones no contradigan la constitución de Estados Unidos, obligan en forma absolutamente formal a todos los representantes del gobierno americano y a los ciudadanos de Estados Unidos. Por lo tanto, declara Mitchell, cuando Estados Unidos emplea gas, y productos químicos tóxicos, napalm, bombas experimentales de fragmentación y gases que atacan el sistema nervioso, cuando Estados Unidos bombardea indiscriminadamente hospitales, escuelas, sanatorios y leprosarios no sólo está incurriendo en la violación de tratados que lo obligan legalmente, sino que además está cometiendo crímenes de guerra por los cuales algunos alemanes fueron ahorcados. En efecto, simples ciudadanos alemanes que no se negaron a obedecer las órdenes del gobierno de la época, fueron ejecutados en Nuremberg por ser cómplices de crímenes contra la humanidad y contra la paz. Robert Jackson, juez de la Supre-

ma Corte de los Estados Unidos, declaraba en Nuremberg que la existencia del Tribunal para el juicio de los crímenes de guerra se justificaba por el hecho de que no importaba saber si habían sido cometidos por alemanes o por norteamericanos. Declaraba que si algún día el gobierno de los Estados Unidos se convertía en culpable de tales crímenes, el deber de todo ciudadano norteamericano era el de negarse a cometerlos y el de oponerse a quienes los ordenaban. Por haber insistido en que ese día llegó, David Mitchell ahora es enjuiciado.

Bertrand Russell me envió a Vietnam para recoger una documentación de primer orden sobre estos crímenes de guerra, documentación que no sólo sería empleada en la defensa de David Mitchell sino también ante el Tribunal Internacional para el juicio de crímenes de guerra que Bertrand Russell se proponía crear. Llegué a Hanoi el 21 de febrero de 1966 y en mi viaje pasé por cinco provincias que soportaban durísimos bombardeos. Al Sur de Thanh Hoa, en Ha Tay, en Nam Ha, Ninh Binh y en los alrededores de Hanoi, comprobé las consecuencias, a razón de 650 ataques semanales, de las bombas de 500 kilos, del napalm, del fósforo y de esa arma diabólica que llaman «Lazy dog».

Al día siguiente de mi llegada a Hanoi, fui recibido a las 7 de la mañana por el primer ministro Pham Van Dong y por el presidente Ho Chi Minh. Ho Chi Minh se mueve con agilidad. No lleva encima más que un par de amplios pantalones, una camisa abierta y tiene los pies desnudos. Su manera de ser y sus modales son francos y directos. El calor y camaradería de la acogida me conmovieron. Conservaba el sentimiento atroz de ser un norteamericano mientras intimaba con las víctimas de los crímenes cometidos por mi gobierno, y las obligaba a repetir, para reportearlas por escrito, su experiencia cotidiana. Aunque soy ciudadano norteamericano, vivo en Inglaterra desde hace ocho años. Viajo frecuentemente a Estados Unidos, y volví enojado de mi visita a Vietnam del Norte, para testimoniar en el juicio de David Mitchell, que se llevaba a cabo en Hartford, en el estado de Connecticut.

Ho Chi Minh y Pham Van Dong, conocen bien al occidente, su cultura, y su historia. Ho Chi Minh ha estado varias veces en París, en Londres, en Nueva York. Ambos han sido siempre dirigentes revolucionarios, internacionalistas, hombres que tienen experiencia del mundo. Los dos conservan un recuerdo muy claro de la invasión nazi en Europa. Han dis-

cutido los llamamientos que muchos occidentales les han dirigido pidiéndoles que acepten negociar con los Estados Unidos. ¿Cómo, les preguntan, pueden ustedes esperar que la guerra termine, si no hay negociaciones? Los dirigentes vietnamitas se acuerdan de la Inglaterra de 1940, cuando la Luftwaffe bombardeaba Londres, Coventry, Bristol, Manchester y Glasgow. Fue ese el momento más hermoso para la historia de Inglaterra pues se desvanecieron, luego de estos bombardeos, las esperanzas alemanas que confiaban intimidar a los británicos con la ostentación de su poderío. Los ingleses estaban orgullosos y la sola idea de ceder los indignaba. ¿Por qué pues los ingleses tuvieron derecho a oponer esta resistencia y a manifestar estos sentimientos luego de soportar varios meses de bombardeo, mientras actitud semejante no le estaría permitida a un pueblo de agricultores ante la invasión y las atrocidades de Estados Unidos? El pueblo y los dirigentes del Vietnam encuentran una respuesta sencilla: es el racismo. Y en cuanto volví al mundo occidental lo sentí profundamente: es el racismo de los imperialistas, que impregna el aire que respiramos, el racismo que traducen las palabras de Johnson cuando dice: «Si los Estados Unidos no ejercen una dominación aérea indiscutible, nos veremos a merced del primer enano amarillo siempre que lleve encima un simple cuchillo de mano».

Así como cualquier inglés, en 1940, hubiera juzgado absurda una misión de Mussolini en favor de la paz, así como los ingleses hubieran considerado que, mientras Coventry y Londres soportaban los bombardeos nazis, negociar con Hitler hubiera significado un insulto a su amor propio y a su inteligencia, así también los vietnamitas juzgan las proposiciones de negociación con Estados Unidos mientras tropas norteamericanas ocupan su país; es una nueva manifestación de la arrogancia y del racismo de Occidente. Poco importa quiénes son los que les piden que renuncien al combate; ya sea el partido comunista de los Estados Unidos, la Unión Soviética o el presidente Johnson. La respuesta será la misma. Ya negociaron en una ocasión, 1954, y como consecuencia debieron abandonar, luego de haberla liberado, la mitad de su país, en nombre de consideraciones internacionales que luego resultaron ilusorias y provocaron 12 años de horror. Cuando Ho Chi Minh dice «Aguantaremos aún cinco, diez, quince o veinte años si es necesario», no se trata de retórica. Nada logrará poner fin a la resistencia vietna-

mita. La guerra del Vietnam terminará sólo cuando la resistencia norteamericana haga imposible su continuación.

Eramos ocho los que componíamos el equipo destinado a recorridas nocturnas, incluidos médicos y fotógrafos. El camino, aunque aceptable, estaba lleno de pozos y en el campo, que es de una belleza extraordinaria, se notaba el efecto de los bombardeos incessantes. La radio difundía poemas, que los vietnamitas recitan constantemente siguiendo una tradición oral viva, y aplicando su tema a la experiencia de los últimos años. La poesía del Vietnam y de su pueblo.

En todas las ciudades que visité tuve oportunidad de escuchar relatos de los sobrevivientes y ver las consecuencias del napalm. Una tarde, revolviendo los escombros de lo que había sido una escuela, recogí páginas sucias de un texto de clase de un pequeño vietnamita de doce años.

Página 2: «El pequeño coreano».

Poema compuesto por un poeta vietnamita en la época de la guerra de Corea:

«¿Dónde está tu madre?

No hay nadie a quien preguntárselo en los alrededores. En todas partes no hay sino fuego y humo.»

Página 9: Recuerdos.

«Perdí a mi madre. Perdí a mi padre.»

(fragmentos de la historia de una niña).

Página 15: «Los últimos días de Huang Van Thu.»

(ejecutado por los franceses en la primera mitad del decenio 1940-1950).

Página 1: «Nuestras manos lo pueden todo.»

Página 5: «Canto de la roturación de las tierras.»

Página 24: «Cómo hizo frente a un pelotón de ejecución.»

Página 19: «Gramática: proposiciones subordinadas, verbos auxiliares.»

Página 10: «Con esfuerzo el hombre puede hacer crecer arroz en una tierra árida.»

Sobre este pueblo y su escuela fue arrojada media tonelada de bombas y de «lazy dogs». Fue en la aldea de Van Dinh, pueblo de Van Hon, en el distrito de Thien Hon el 26 de febrero de 1966. El «lazy dog» es una bomba similar a la granada, que contiene 250 filamentos de acero cortante como una hoja de feitar. Cada cilindro contiene cuarenta de estas bombas. En total son diez mil trozos de acero, un granizo que ataca sin aviso a los desprevénidos o a los que intentan refugiarse. Los «lazy dog» no cesan de caer sobre las zonas más populosas de Vietnam del Norte. Desde

abril de 1965, han caído diez mil cilindros, conteniendo cada uno cuarenta de estas bombas, sobre la provincia de Tainh Hoa; en la misma provincia fueron arrojadas 1.261 granadas y 37 cohetes teleguidados fueron lanzados sobre varios pueblos. El puente de Ham Roun que todavía permanece en pie, ha debido soportar por sí solo 3.000 bombas. En esta provincia, los caminos, las vías de comunicación, las escuelas, los hospitales, la clínica para tuberculosos, los sanatorios y los hogares de ancianos han soportado bombardeos. Todo esto lo vi yo. Recogí un «lazy dog» en las ruinas de una escuela donde bombas de 10 toneladas habían abierto ya grandes agujeros, destruyendo los refugios y dejando indefensos a los habitantes.

«Generalmente mis amigos van a la escuela todos los días. Nos gusta cantar «Hải Tinh Quang Binh». Mis amigos se llaman Nhung, Ky, Chao, Nguyen. Tienen 13, 12, 14 y 12 años respectivamente. También tengo un amigo que se llama Lien. Tenía 13 años. A mi amiga Ky le gustaba jugar. Siempre decía: «Pase primero y rápido, o te pisaré los pies» (poema en vietnamita). «Cuando cayeron las bombas y como los intestinos de Ky se le escapaban del vientre. Le habían arrancado la cabeza, un brazo y una pierna. Nhung quedó enterrada viva y cuando la desenterraron había muerto. Las piedras rompieron los dientes de Chao. Lien fue decapitado. Mi amiga Phuong a veces ríe y a veces llora; habla sin saber lo que dice, grita; tiene 12 años. Yo quedé completamente enterrada bajo tierra. Fue el maestro Minh quien me desenterró. Me dio la espalda. A Canh y a Khua se les hundió el pecho. Cuando sea grande quiero ser maestro. Tío, te pido que transmitas mis mejores deseos de buena salud para mis pequeños amigos de Norteamérica.»

Nguyen Tai, Mao, acaba de cumplir 12 años. Varias veces fue ametrallado cuando iba para la escuela. Describió un bombardeo sufrido por su pueblo el 9 de febrero de este año. Veamos lo que declara su maestro, Thai Van Nium, de 24 años de edad.

«Fragmentos de ropas, libros y muebles volaban tan alto, que todos supieron que la escuela había sido bombardeada. Muchos alumnos fueron literalmente desmenuzados por las explosiones. Otros niños quedaron sepultados bajo tierra. Yo mismo estaba entre los que fueron enterrados vivos. Luego fui desenterrado y reanimado.

do. No quedaba más que un cráter de bomba de 17 metros de largo por 6.50 de profundidad. Todo había sido arrasado. Se divisaban trozos de niños que sobresalían del suelo. Encontramos sus cabezas veinte metros más lejos. Encontramos entrañas dispersas por todos lados. Dos de mis niños colgaban de una palmera contra la cual habían sido arrojados. Muchos niños estaban pegados a las paredes de las zanjas. Las zanjas estaban llenas de sangre. Los niños tenían sus cuadernos apretados contra el corazón. Los libros están manchados de sangre y de tinta. Algunos de los niños que desenterramos podían todavía murmurar algunas palabras. Luego, como sus órganos estaban completamente aplastados, un chorro de sangre salía de sus bocas y morían. Una niña de 12 años, Hoang Thai Nai, sólo pudo ser identificada gracias a los zapatos de caucho que llevaba. Seis de los alumnos estaban mutilados a tal punto que sus padres no pudieron reconocerlos. Una de las enterradas volvió en sí luego de ser rescatada, preguntó cuántas amigas suyas habían muerto y luego sucumbió a causa de la hemorragia. El cadáver del pequeño Hung fue hallado encima de los poemas que no había tenido tiempo de terminar y su cuaderno de pintura. Quería ser poeta, pintor y compositor. Firmaba sus poemas, dibujos y canciones «Dinh Hung, compositor.» Tenía 13 años.»

Este bombardeo del 9 de febrero a la escuela de Huong Phuc, no es un acontecimiento aislado sino un hecho diario en el Vietnam desde hace 14 meses. 650 incursiones aéreas semanales atacan el Vietnam con bombas cuyo tonelaje supera el de la 2ª guerra mundial. Los aviones están cargados con bombas de napalm y bombas de fragmentación cuyo destinatario y víctima es la población entera. No hay otros objetivos. La población sabe que los Estados Unidos están dispuestos a imponerles sufrimientos tan atroces que su voluntad de resistencia se quebranta.

Luego de una ola de bombardeos, la voluntad de resistencia de los vietnamitas puede ser comparada al ozono. En cada pueblo hay equipos trabajando las veinticuatro horas del día para aumentar la producción de artículos de consumo. Unidades de milicia, dirigidas por muchachas de 19 años, se establecen en las zonas más indefensas y tiran sobre los aviones lanzados en picada con fusiles y otras armas apenas más modernas que el mosquete. Las

viejas ametralladoras se instalan sobre los propios puentes que va a atacar la aviación enemiga. Los soldados no se resguardan de manera alguna. Cuando los aviones norteamericanos llegan al punto más próximo en su picada, los reciben las balas de miles de fusiles y ametralladoras. Toda la población está en armas. Todos aquellos que pueden sostener un arma hacen fuego.

La fuerza aérea enemiga arrasó la casa de salud de Thang Hoa. Toda la región se convirtió en un paisaje de inmensos cráteres llenos de agua y esqueletos de construcciones. Hermosos fragmentos de los mosaicos color acuarela que adornaban el piso y las paredes yacen donde han sido arrojados por el impacto. En uno de esos cráteres encontré páginas desgarradas pertenecientes a los libros que integraron la biblioteca de aquel solar. Los vietnamitas que habían combatido, durante tres generaciones, a japoneses, franceses y norteamericanos, se retiraban allí con los achaques de la vejez para gozar del descanso. Muchos de ellos estaban agotados por el trabajo inhumano que habían padecido antes de que la batalla de Dien Bien Phu los liberara del feudalismo. Ni siquiera en la vejez pudieron gozar del fruto de sus sacrificios, y sus débiles cuerpos, como los de los escolares, fueron aplastados y desparramados por todas partes.

La destrucción del sanatorio para tuberculosos de Than Hoa es un estudio sobre el tema de la atrocidad. El domingo 27 de febrero el director de ese establecimiento relataba lo siguiente:

«Nuestro sanatorio es el segundo del país. Fue creado con nuestros propios esfuerzos. No recibimos ayuda alguna del extranjero, y por eso lo valoramos aún más. Tenía izadas grandes banderas de la Cruz Roja. A la entrada había grandes cruces rojas que cualquier piloto puede divisar. A las ocho de la mañana aparecieron 4 grupos de 4 aparatos cada uno. En total 16 aviones entre los cuales había 5 F 105D, F101 y F102. Los aviones sobrevolaron varias veces el sanatorio y luego comenzó el ataque. Picaron sobre la clínica cinco F105 a la vez. Disparaban 10 bombas cada uno, por picada, o sea cincuenta bombas en total. Los demás aparatos arrojaban dos cada uno, lo que hace un total de veintidós bombas. Con muchas penurias logramos trasladar gran cantidad de enfermos a las zanjas. Luego del primer ataque, los aviones sobrevolaron nuestras cabezas y cada uno de

ellos ejecutó repetidas picadas, ametrallando todo lo que quedaba aún en pie. Durante treinta minutos bombardearon ininterrumpidamente a todos los que procuraban salir del establecimiento, con bombas de media tonelada y descargas de metralla. Cinco médicos, de los cuales dos eran mujeres, fueron alcanzados por las balas y murieron instantáneamente. También murieron médicos especialistas, enfermeros y 58 enfermos alcanzados por las descargas. Uno de nuestros enfermos más gravemente minado por la tuberculosis, un gran héroe de la resistencia vietnamita, perdió la razón a raíz del bombardeo. Durante el ataque, en medio del estrépito de bombas, «lazy dogs» y ametralladoras, los médicos y el personal transportaron los enfermos a las zanjas. Varios pacientes y enfermos también ayudaron, mientras vomitaban sangre y padecían hemorragias. Si no hubiéramos contado con el heroísmo de todos ellos, las víctimas habrían sido mucho más numerosas.

Si los pacientes hubieran sido socorridos solo por nuestros médicos y enfermeras, seguramente el número de muertos habría sido mucho más elevado. Algunos pacientes, aunque débiles y enfermos, trataron de salvar algo del material médico: aparatos de radiología, medicamentos, instrumentos, fichas clínicas, todo bajo el fuego incesante de los tubos lanza-granadas. En la región vecina, los habitantes de las casas incendiadas por las bombas las abandonaban y salían también de sus refugios para ayudarnos a socorrer a nuestros pacientes y salvar el material de nuestra clínica.

Luego del primer bombardeo, el personal trató de evacuar de las ruinas a los sobrevivientes. Cinco días más tarde, todos los que lograron escapar de la masacre fueron evacuados hacia nuevos hospitales y sanatorios. Algunos días después, volvieron dos jets que bombardearon las ruinas del hospital. Bombardearon y ametrallaron la clínica y todos los establecimientos del sanatorio. Eran 2 F 105 que dispararon 10 bombas de 350 kilos cada una. Vinieron más aparatos y lanzaron granadas. Dos de ellos rompieron la formación para volver a tirar aún más granadas. Hubo tres bombardeos completos acompañados de des-

cargas de metralla. Del sanatorio y la clínica no queda nada.»

Mientras el médico hablaba, yo caminaba en medio de los escombros, grandes cráteres, restos retorcidos de aparatos de radiología y vidrios rotos de los frascos de medicamentos y las lámparas fotoeléctricas. De vez en cuando, percibía rastros de sangre. Era difícil imaginarse el inmenso sanatorio y sus numerosos blocks operatorios y pabellones de enfermos. El Director prosigue:

«Ahora todos comprendemos que el ataque estaba manifestamente dirigido contra el sanatorio. No hubo error alguno. Sufrimos tres olas distintas y prolongadas de bombardeos en picada. Aquí había un hospital sobre el cual flameaban grandes banderas de la cruz roja. Nuestros pacientes y nuestros médicos fueron ametrallados cuando buscaban refugio. Esto nos demuestra que el enemigo es capaz de todo. Los Estados Unidos pretenden que el tratamiento de la tuberculosis y la lepra constituye una de nuestras tareas más ingentes y difíciles, es por eso que destruyen. Esto está perfectamente de acuerdo con su guerra bacteriológica. La destrucción de nuestro sanatorio nos ha afectado profundamente. La población ha hecho lo imposible para ayudarnos a alojar y cuidar a los enfermos sobrevivientes.

Hablar de civilización es inimaginable. Nuestro odio es grande. Cuanto más bombardean nuestros leprosarios, nuestros hospitales, nuestras clínicas, nuestros sanatorios, nuestras escuelas y nuestros pueblos, más luchamos.»

El sanatorio K. 71 para tuberculosos cubría 2.5 hectáreas. Tenía 30 grandes establecimientos, con 560 pacientes permanentes, 425 enfermos atendidos en consultas semanales, 350 médicos y enfermeros. El material destruido consiste en aparatos de radiología, material de esterilización, instalaciones de refrigeración, de destilación y de purificación, equipos electrónicos, blocks operatorios modernos, antibióticos y productos farmacéuticos. Inspeccioné los restos y ruinas de las reservas donde estaban almacenados medicamentos tales como el INH (fabricado en Vietnam), Estreptomina, Rimigon, Subtilis, Filator, compuestos vitamínicos, aceites vitamínicos, aceite de hígado de bacalao, azufre, yodo, y otros medicamentos, y sueros. Las provisiones médicas

destinadas a las poblaciones vecinas fueron destruidas. Los tónicos, los suplementos alimenticios, los fortificantes para tratamientos especiales, se perdieron todos en los bombardeos. Las reservas de plasma, el banco de sangre, las ambulancias, el equipo de primeros auxilios, la biblioteca especializada, las monografías y notas de los médicos, los microscopios, los cultivos bacteriológicos, todo el material quirúrgico, los quirófanos, mesas, aparatos electrónicos, lámparas y aparatos de rayos infrarrojos, todo fue devastado. Y no se trataba de un hecho aislado. Comprobé destrucciones similares en todas las regiones en que estuve.

Al poco tiempo, volví a Hanoi y conocí al doctor Nguyen, joven médico recién llegado de las regiones liberadas del Sur. El doctor Nguyen, que había quedado ciego como consecuencia de productos químicos tóxicos, estaba siguiendo un tratamiento y se proponía regresar pronto al Sur. Estuve hablando con él desde las 8 hasta las 23.30. Me explicó y describió la naturaleza de las sustancias químicas, sus propiedades, sus características y sus extraños efectos sobre el ser humano. Me dijo además cuáles pueblos fueron atacados con estos productos. Me citó algunos fragmentos del diario médico que lleva desde 1961:

«Perdí la vista bajo el efecto de sustancias químicas tóxicas. Recuperé parcialmente la vista de un ojo. Me dediqué a atender innumerables víctimas de sustancias químicas. Me casé en 1954, pero el régimen terrorista que mantenía en pie el gobierno de Saigón me decidió a partir. Si me hubiera quedado habría tenido que enrolarme en las tropas del ejército títere. Después de esta época, me dediqué completamente a atender a las víctimas de las torturas, los gases y la guerra química. Mi familia estaba en la misma situación que tantas otras familias de Vietnam del Sur. El gobierno obligó a mi mujer a divorciarse y a casarse con un oficial del ejército títere. Por suerte, no teníamos hijos. Nací en la provincia de Binh Dinh. Mi padre era médico y se ocupaba de los desequilibrados mentales. Tengo treinta y seis años. A causa de los constantes bombardeos, del terror en que los norteamericanos hacen vivir a nuestro pueblo, debía desplazarme y atravesar constantemente la selva y la zona montañosa del Vietnam del Sur. Siempre andaba de un

lado para el otro y así conocí a muchas provincias del Sur. La situación en todas ellas era inimaginable. Nunca podré perdonar a los oficiales y soldados norteamericanos por los sufrimientos que nos han causado. En la mayoría de los casos han provocado sufrimientos indescriptibles; lo compruebo día a día desde hace casi doce años. Yo mismo me encargué de atender a muchas víctimas de los crímenes cometidos por el gobierno de Estados Unidos y por los soldados títeres de Saigón que casi siempre actúan dirigidos o aconsejados por oficiales norteamericanos. Estoy relatando hechos que vi con mis propios ojos. Las pocas víctimas que logran sobrevivir quedan inválidas para toda la vida. Los trastornos más comunes son los relacionados con el sistema nervioso y el sistema digestivo. También la tuberculosis se apodera frecuentemente de las víctimas, puesto que su estado general es de tremenda debilidad. Debo decir que nuestro pueblo es objeto de una política de exterminio y experimentación. El enemigo utiliza diversas clases de venenos que he analizado: sustancias químicas, gases, bombas de fósforo y de napalm. Según parece, las autoridades norteamericanas pretenden que estos productos químicos son empleados solo para la destrucción de la hierba y el follaje. La verdad es que estas sustancias se usan en un grado de concentración que las vuelve extremadamente tóxicas, y resultan fatales, para la vida humana y animal. Entre los productos que encontré y analicé puedo citar:

- 1 - el D.N.P. (dinitrofenol).
- 2 - el D.N.O.C. (dinitro-orto-cresol).
- 3 - el 2,4 D. (ácido 2,4-diclorofenoxi-acético).
- 4 - el 2,4,5, T (ácido 2,4,5-tricloro-fenoxi-acético).

«Se han utilizado diversos métodos para diseminar estos productos. Generalmente son fumigados, en polvo o en forma líquida, sobre zonas inmensas cuya superficie oscila entre 25 y 40 Km². Estas sustancias tóxicas envenenan el agua, los alimentos, la vegetación, así como también a animales y hombres. El envenenamiento del agua y la vegetación extiende el radio de dispersión de los tóxicos. Las sustancias químicas tóxicas se mezclan con el arroz que luego es vendido o distribui-

do a la población. Esto pude verificarlo en 1962, en todo el territorio de las provincias de Kon Tum y Gia Lai. Estos tóxicos también se han mezclado con el azúcar: en 1964 examiné a las víctimas de tales procedimientos y analicé azúcar envenenado en el pueblo de Long My Yen y en la provincia de Quang Ugai. Se arrojaron sustancias químicas en los pozos y fuentes que surten de agua a los distritos de Tra Bong, Ba To y Son Ha, en la provincia de Quang Ugai. En estos tres distritos murieron, luego de enormes sufrimientos, 400 búfalos que bebieron agua envenenada. Examiné a 11 niños que enfermaron gravemente luego de haber atravesado a nado una corriente de agua envenenada mediante este procedimiento. Tres de ellos habían perdido la vista. Esta guerra química no conoce pausa. Recorrí muchas provincias y en todos lados me encontré con la guerra química. En todas las regiones del Sur estudié sus características y efectos.

«Desde junio de 1964, encontré con frecuencia los gases tóxicos llamados:

1 - $C_6H_5COCH_2Cl$ (Cloruro de fenacilo).

2 - $BrC_6H_4CH_2CN$ (cianuro de bencilo bromado).

«A partir de 1965, estos productos tóxicos y gases químicos han sido empleados con mucha mayor frecuencia y bajo formas muy diversas: unos fueron lanzados en granadas de mano, otros en bombas o en botellas. En cierta dosificación los norteamericanos les llaman «gases lacrimógenos» pero este nombre es falaz: cualquiera sea su concentración, estos gases provocan la perforación de los pulmones, la asfixia y el beri-beri. Empleados en un radio limitado, son mortales y las víctimas pueden fallecer por falta de oxígeno. A 0,3 mg. por m³, una dosis débil, el pretendido gas lacrimógeno tiene consecuencias mortales.

«En noviembre de 1964, cuatro Skyraiders bombardearon y ametrallaron la provincia de Dam Dong, en la cual me encontraba. Incursiones y bombardeos duraron alrededor de dos horas. Luego llegaron un helicóptero y dos Dakotas. El producto químico que habían lanzado, despedía un olor intolerable, sumamente fuerte, que quemaba las narinas. Presen-

taba las características del cloroformo. A los cinco minutos, las hojas de las plantas de boniato, de las plantas de arroz y de los árboles estaban completamente marchitas. Los animales domésticos, aun sin probarlas, morían. Los habitantes de esta zona, sufrían horribles dolores de cabeza, luego eran atacados por una tos extenuante y vomitaban constantemente.

Inmediatamente me puse a operar a una de las víctimas del bombardeo y no teniendo a mano ningún trozo de nylon, lo hice sin cubrirme. El gas me atacó. Primero sentí como si me sofocara y me asfixiara. Tenía los ojos calientes, ardiendo. Llegó un momento en que me sentí casi ahogado y entonces me sobrevinieron vómitos con pérdida considerable de sangre.

«Apenas un cuarto de hora más tarde los Dakotas volvieron para lanzar más productos químicos. Pero entonces yo tenía la nariz infestada y no podía percibir ningún olor. Se puede decir que estaba privado del sentido del olfato y del gusto. Pero observaba las hojas: estaban cubiertas de una capa que brillaba como una película de nafta. No pude estudiar con detenimiento los efectos del segundo ataque pues padecía los del primero. Pero sentía un frío violento, y el dolor de cabeza aumentaba. A mi alrededor, otras personas acusaban los mismos síntomas.

«Cada vez que se produce un ataque con productos químicos, los campesinos corren a salvar sus plantíos. Tratan de salvar de la putrefacción los tubérculos de mandioca. Cortan las hojas y las ramas de los árboles. Para impedirnos salvar nuestras cosechas, los aviones norteamericanos que nos atacaban utilizaban bombas de retardo, cargadas de productos químicos o de napalm, que quemaban y destruían totalmente los plantíos.

«A causa de los terribles efectos de estos productos, nadie pudo tragar nada aquel día. Nadie, incluido yo, pudo conciliar el sueño. Las consecuencias sobre el sistema nervioso eran extraordinarias. Tenía la sensación de que flotaba en el aire. Era incapaz de sentir mi propio peso. Los ojos me quemaban y me dolían mucho, como si estuvieran llenos de ácido o de pimienta de Cayena. Al día siguiente, todas nuestras aves estaban muertas. Flotaban los peces, descoloridos, en la superficie de los

lagos y arroyos. Los búfalos habían muerto. Todos los plantíos estaban devastados y quemados, y la vegetación que no había sido alcanzada por el fuego estaba en vías de putrefacción.

«Todas las mujeres embarazadas y las hembras preñadas habían abortado instantáneamente. Por mi parte sentía que los síntomas se acentuaban más y me daba cuenta de que me agravaba. Constantemente estaba vomitando sangre, lo que me debilitaba y me hacía sentir mal. Todos estábamos gravemente enfermos. Diez días más tarde, una escuadrilla norteamericana volvió a regar por tercera vez la zona con sustancias químicas, destruyendo todos los plantíos que estos campesinos enfermos, habían plantado con grandes sacrificios. Este ataque estuvo acompañado de bombardeos y descargas de metralla. Ante mis propios ojos, 19 personas cayeron muertas y 600 fueron gravemente heridas. Tres de ellas fueron atacadas por la ceguera a consecuencia de las sustancias químicas. Mis ojos, ya enfermos, perdieron la vista. Quedé ciego hasta muy poco tiempo, cuando recobré parcialmente la vista del ojo izquierdo. Todas las cosechas fueron completamente destruidas y quemadas, y la gente, desesperada de hambre, se vio obligada a alimentarse con raíces y frutas contaminadas.

«Por semanas y meses todos quedamos imposibilitados de trabajar. Tenía la garganta, el estómago y los intestinos inflamados. Quince días más tarde ya no podía leer. Un mes después no veía nada. Durante tres meses no pude dormir ni tomar más que sopa. El efecto de las sustancias sobre mi sistema nervioso me impedía perder conciencia. Día y noche tenía fuertes dolores de cabeza. Los ojos se me habían quemado. Por momentos volvía a experimentar la impresión de que flotaba en el aire. Se me caía el pelo.

«En tres meses adelgacé 49 kilos. La gente de la región no tuvo qué comer hasta tres meses después del último ataque. Recién entonces comenzaron a crecer los bônitos. Pero muchos estaban contaminados. «Gracias a los cuidados de los míos, pude entrar en convalecencia. He perdido para siempre el ojo derecho, usted podrá ver que el cristalino está lleno de pequeñas

perforaciones. Soy médico y sé bien que mi ojo derecho está irremediablemente perdido. Mi sistema nervioso está afectado a tal punto que no puedo dormir sino en muy raras oportunidades. Tampoco puedo volver a operar. Sin embargo volveré allá para atender a la gente lo mejor que pueda.

«Como ya le dije, muchos perdieron completamente la vista y no podrán recuperarla jamás. Antes de abandonar esta región para tratar de atender a otras víctimas, supe que habían vuelto los aviones para lanzar más sustancias químicas. En cuanto ven alguna región donde crece algo verde, van a matar los plantíos, inutilizar las fuentes de vida de la población o provocar el hambre y las epidemias. Y esto sin contar los horribles sufrimientos e innumerables muertes que causan sus armas.

«Cada vez que ejecutan una descarga nos amenazan por altaparlantes, instándonos a refugiarnos en las zonas controladas por Saigón, si no queremos morir. Pero los nuestros no abandonan sus tierras a pesar del peligro que ello significa. Los habitantes de otras zonas vienen a ayudarlos a sobrevivir. También es cierto que han ido capitalistas nacionales para ofrecer arroz a precios exorbitantes. Todo esto es muy duro. Luego de recuperarse, los sobrevivientes talan todo para evitar la contaminación de la tierra. Organizan turnos de guardia que se encargan de avistar los aviones.

«Desde 1961 me dedico a atender víctimas. La mayoría de las veces, los nuestros deben arreglárselas como pueden pues el personal médico no es suficiente. Luego de la experiencia de tantos ataques, la población se ha confeccionado máscaras que le aseguran cierta protección, pero como las sustancias químicas envenenan el agua y los alimentos, es prácticamente imposible evitar sus consecuencias. Los nuestros son atacados sin pausa ni discriminación en sus pueblos y campos.

«Siempre pensé que los descubrimientos científicos debían ser puestos al servicio del bienestar y las mejores condiciones de vida del hombre. Los gobernantes de los Estados Unidos se sirven de las conquistas de la ciencia para torturar y masacrar a nuestro pueblo. Lo hacen de un extremo a

otro del Vietnam del Sur. Es ésta la conducta de una nación que ha sido calificada como la más civilizada del mundo libre. Esto es lo que ha hecho padecer a mi patria. Me siento obligado a decirle que, personalmente, me han conmovido e impresionado profundamente las protestas de los intelectuales y estudiantes norteamericanos. Sus manifestaciones provocaron aquí una honda impresión. Sabemos que luchamos no solamente por el Vietnam sino por los hombres del mundo entero. Espero poder recibir algún día, a los intelectuales norteamericanos en un Vietnam libre. Transmítame también, por favor, a Bertrand Russell mi más caluroso saludo y mis deseos de larga vida. Le auguro un gran éxito en sus actividades en favor del género humano.

«Tengo que hablarle de otra cosa: aunque gravemente enfermos, los nuestros crean unidades antiaéreas para resistir a los aviones. Han decidido no dejarse intimidar ni vencer, y esta resolución los ayuda a soportar cualquier cosa. Puedo asegurarle que estas gentes no son «Vietcongs». Son simples hombres que han logrado escapar de las aldeas estratégicas. Todas las sustancias químicas que cité fueron mezcladas antes de usarlas, lo que les confiere múltiples consecuencias sobre la vida tanto animal como vegetal. Con respecto al gas tóxico, es transportado en botellas y derramado en los refugios que sirven de defensa a mujeres y niños. Estaba en Pem Loc cuando se produjo un ataque norteamericano con gases tóxicos. Las víctimas de los «gases lacrimógenos» como les llaman los norteamericanos, mueren si no pueden ser atendidos en el acto. Yo mismo estudié sus efectos sobre 80 víctimas que perdieron la vida. Este gas lacrimógeno es también empleado para atacar refugios, provocando la muerte por falta de oxígeno. Sus características mortíferas se asemejan a las del gas más peligroso. El gobierno de Estados Unidos y McNamara declararon que el ejército tenía en el gas tóxico el arma esencial de la guerra en el Vietnam; acompaña a toda operación en los diversos distritos, ya sea arrojado desde los aviones o helicópteros, ya sea penetrando en la tierra al paso de las tropas terrestres. En cuanto divisan algún

plantío aislado, posible fuente de vida para la población, lo atacan con sustancias químicas o con gases tóxicos. Es por eso que desde 1961 he tenido que atender y cuidar a innumerables víctimas de estas sustancias. Vea usted mi diario médico, he escrito algunas notas en francés:

«3, 4 y 5 de marzo de 1965:

Ataque aéreo de sustancias químicas en el pueblo de Long Phung, distrito del Binh Lai, provincia de Ben Tre. Treinta muertos examinados, 200 enfermos muy graves. Noventa por ciento de animales domésticos muertos. Plantíos y vegetales completamente destruidos. Hambre y epidemia inevitables. Otro ataque que no pudimos evitar».

«23 de marzo de 1965:

Pueblo de Phan Thuc, Productos químicos derramados mediante pelotas de caucho: beri-beri. Región de Boi Loi: napalm en una zona vasta, todo quemado. Imposible combatir el fuego. Se incendia la selva entera. Tuve que abandonar a las víctimas. Ninguna esperanza. Un pequeño, Ho Van Bot, completamente quemado, profundas llagas, devorado por el napalm. Fósforo: las víctimas alcanzadas por él se queman luego. Ninguna esperanza para Nguyen Van Bu».

Pero los vietnamitas conocen aún más sufrimientos, ya que, desde 1940, luchan en las selvas, y la resistencia no pudo penetrar en los pueblos mientras no se logró expulsar a los franceses. La población está unida por profundos lazos de estima y consideración mutuas, sentimientos que un hijo del Occidente no conoció jamás y no puede comprender si no los observa. Todos esos hechos y sacrificios que nosotros llamamos heroísmo, llenan la vida diaria de los vietnamitas, hasta en sus más simples detalles.

El 22 de febrero me entrevisté en Hanoi con el coronel Ha Van Lau. Entre otras cosas me habló de las nuevas características de la lucha militar:

«En un primer momento, los Estados Unidos se conformaron con utilizar al gobierno títere como principal apoyo. Ahora deben reforzar sus cuerpos expedicionarios. Por eso es que la guerra total desencadenada por el agresor norteamericano en Vietnam y la ocupación de Vietnam del Sur transformaron al sur en neo-colonia de los Estados Unidos.

«La «guerra especial» frustró la meta de los Estados Unidos. Al comienzo creían que esta «guerra especial» les permitiría alcanzar sus fines, pero la derrota de agosto de 1964 los obligó, contra su voluntad, a hacer uso de sus propias tropas. Experimentaron una derrota política total. El empleo de tropas norteamericanas demuestra a los nuestros la verdadera naturaleza de esta guerra de agresión, y eso anima nuestra resistencia. Comprometiendo más y más fuerzas en esta guerra, los Estados Unidos demostraron a los habitantes del sur, incluso a la administración y al ejército títere, que el imperialismo yanqui es esencialmente agresor.

«Las autoridades de Estados Unidos quieren elevar la moral de los traidores, pero, a medida que llegan más y más tropas norteamericanas el ánimo se desmorona. En 1964, sin contar las derrotas, hubo 80.000 desertores. En 1965, hubo 100.000, de los cuales 40.000 eran soldados del ejército. Este inmenso movimiento de deserción llegó a tal extremo que muchas divisiones, faltas de hombres, han quedado fuera de combate. De esta manera, aunque parezca paradójico, los Estados Unidos han perdido la iniciativa en el terreno militar. Y en el campo político muestran sus verdaderas intenciones a la opinión internacional. Al mismo tiempo, la presencia de soldados norteamericanos, hace aún más evidente las contradicciones entre el gobierno de Estados Unidos y la opinión pública internacional, y entre ese gobierno y sus títeres.

«También hay contradicciones de este tipo entre el gobierno de Estados Unidos y sus aliados e incluso en el propio seno del gobierno norteamericano. Allí es donde reside la debilidad esencial de esta política que sigue comprometiendo tropas en el Vietnam. La combatividad de los soldados norteamericanos irá disminuyendo cada día más. Ante la dura realidad del sur y las mentiras de su gobierno, comenzarán a comprender cuál es la verdad. Después de haber traído a Vietnam más y más hombres, los Estados Unidos están más lejos que nunca de su meta. El informe de la delegación Mansfield lo confirma: se dice allí que desde hace un año la situación no ha variado. Los Estados Unidos han perdido

iniciativa en la acción. Militarmente, cuentan todavía con algunos puntos fuertes, pero las contradicciones internacionales derivadas de la política de intensificación de la guerra y del compromiso de tropas cada vez más numerosas, le impiden hacer el mejor uso de su poderío. De esta manera, los Estados Unidos están llevando a cabo una guerra que no han declarado. No se atreven a declararla. ¿Cómo pueden pensar que su pueblo los apoye? El poderío militar de los Estados Unidos es grande pero los resultados son muy reducidos por el hecho mismo de su compromiso en Vietnam.

«Hay más. Aun disponiendo de fuerzas importantes y de material considerable, los Estados Unidos no pueden aplicar este poderío en el Vietnam. Vietnam no es Corea. Allí, 200.000 hombres estaban en condiciones de bloquear, pero no son en absoluto suficientes en el Vietnam del Sur. Por eso deben establecerse en zonas fortificadas como Chu Lai y Da Nang. Pero estas zonas están rodeadas por los nuestros, como islas en el mar. Cuando las tropas norteamericanas se internan en operaciones de «limpieza», deben fragmentarse. La primera División de Caballería debe subdividirse en grupos de compañías. Pero en Plei Mei cada compañía, atacada separadamente en la selva, fue fácilmente diezmada. Los Estados Unidos se ven imposibilitados de aprovechar al máximo sus fuerzas y su artillería. Sus posibilidades son limitadas, tanto desde el punto de vista táctico como estratégico. Aun cuando las actividades aéreas y las terrestres están coordinadas, los soldados son bombardeados por aviones compatriotas. Y todo esto se debe a que no hay un frente único. Cada batalla está estrechamente ligada y mezclada con las otras. No existen frentes distintos e independientes.

«Además el material norteamericano es pesado e incómodo. En las batallas libradas en plena selva, con fuerzas fragmentadas en pequeños grupos, los Estados Unidos son absolutamente incapaces de utilizar su material, que deja de ser una ayuda para transformarse en una carga y en una incomodidad. A ello se debe la confusión de los soldados y las numerosas pérdidas sufridas. Cuando son derrotados,

huyen en helicópteros, abandonando el pesado material que pasa a manos del F.N.L. y es empleado para atacar las regiones fortificadas de los Estados Unidos. ¡Para eso sí que es eficaz! En una palabra, las tropas norteamericanas fueron organizadas, instruidas y equipadas con vistas a una guerra moderna, y en el Vietnam del Sur se encontraron con una guerra del pueblo, con una guerra de guerrillas. Todo choque con el F.N.L. termina con una derrota norteamericana: para comprobarlo no hay más que recordar las batallas que se desarrollaron a lo largo de 1965.

«La contradicción entre la concentración de fuerzas por un lado y la dispersión simultánea por otro, es fundamental. En este momento el F.N.L. domina los 4/5 de Vietnam del Sur. Si las tropas norteamericanas quieren ocupar el país, no tienen más remedio que dispersarse, pero entonces ¿cómo podrán enfrentar seriamente al F.N.L.? Este es el punto flaco de todas las operaciones de los imperialistas en el Vietnam. Esta es la causa por la cual Westmoreland se ve obligado a reclamar más y más hombres a pesar de los 200.000 que ya tiene. ¡Y eso que las tropas norteamericanas apostadas aquí son todas seleccionadas! El 19 de febrero de 1966, el F.N.L. atacó Auh Khe. Sabíamos por fuentes norteamericanas que esta base estaba custodiada únicamente por tropas norteamericanas. Todos esos soldados de élite fueron enviados aquí como guardias. ¡La primera división de caballería, los marines, los paracaidistas y demás no sirven más que para montar guardia en las regiones fortificadas! No pueden poner esa tarea en manos de las tropas títeres. Si los Estados Unidos no pueden sacar provecho de sus tropas seleccionadas ¿para qué sirve todo esto? Los Estados Unidos no pueden contar para nada con las tropas títeres. Incluso evitan informar detalles de sus operaciones al alto comando traidor por temor a la filtración de noticias, lo que agrava enormemente el conflicto entre el alto mando enemigo y los que presumen de estar a su servicio. Las contradicciones entre las tropas de invasión y el pueblo, tanto táctica como estratégicamente, y entre la población y el gobierno, son muy graves.

«Agregue a todo esto la gran contradicción que reina en su logística. Los depósitos, los puertos, los barcos y todos los medios de comunicación en general son fundamentales para este inmenso ejército, y la prensa de Estados Unidos lo sabe. Los enemigos tratan de resolver este problema, pero no encuentran la forma de hacerlo. Si a pesar de denodados esfuerzos es imposible resolver los problemas de logística que plantea un ejército de 200.000 hombres, ¿cómo piensan los Estados Unidos que podrán resolver el de un ejército más numeroso? Todos estos problemas se agravan a causa de la destrucción sistemática que hacen los guerrilleros de las vías de comunicación. Y los soldados norteamericanos deben trasladarse en aviones hasta para abastecerse de agua potable y de arroz. No sólo el ejército debe enfrentar estas complicaciones sino también la población civil que vive en las zonas ocupadas. La propia Saigón padece la falta de carne, verduras, arroz y otros alimentos, así como también de carbón y artículos de primera necesidad en general. Todas las comunicaciones que rodean Saigón han sido cortadas. Las tropas norteamericanas utilizan las casas, la electricidad, los autos y taxis, y compran todo lo que necesitan, y por eso la población de Saigón es víctima directa de la presencia de los soldados norteamericanos en la ciudad. El problema logístico carece de solución y se agravará a medida que lleguen nuevas tropas. No hace mucho fue cuestionada la introducción de refuerzos que llevaba a 300 ó 400 mil el número de efectivos. Si fuera exclusivamente un problema de efectivos, no sería tan grave; pero sí lo es desde el punto de vista logístico. Aun resolviendo sus problemas logísticos los Estados Unidos deberán enfrentar crisis políticas.

«Tanto en el norte como en el sur nuestro pueblo tiene una larga experiencia de la guerra de guerrillas. Luchamos oponiendo nuestra debilidad a la fuerza del enemigo; nuestro poderío se basa, justamente, en nuestra debilidad. Nuestra lucha es justa. Así lo entienden los pueblos del mundo entero y también muchos norteamericanos que nos apoyarán cada día más. Estamos completamente seguros de nuestra victoria

final. Los imperialistas norteamericanos son porfiados. Antes de razonar, se empeñarán de crear dificultades y calamidades. Pero la guerra del pueblo es invencible y las luchas patrióticas difícilmente pueden ser aplacadas. Naturalmente que, cuando hablamos del pueblo, nos estamos refiriendo a la fuerza del nuestro, del norteamericano, o la de cualquier pueblo del mundo. Cooperamos en la lucha contra el imperialismo yanqui: nos solidarizamos en un mismo esfuerzo».

Pham Van Dong nos facilitó muchísimo la tarea de recabar testimonios para completar nuestra carpeta. Tanto el primer ministro, como el presidente Ho Chi Minh accedieron gustosos a ayudarme cuando les expuse mi propósito de llevar víctimas que sirvieran de testigos en el proceso a David Mitchell, y en los trabajos del Tribunal Internacional para el juicio de los crímenes de guerra. También manifesté mi interés por hablar con prisioneros del ejército norteamericano para recoger sus impresiones acerca de las características de la guerra en el Vietnam y de sus propios actos. Se accedió a mi pedido y se concertó una cita con el último oficial norteamericano que había caído prisionero para esa fecha, el lugarteniente de navío Gerald L. Coffee.

Al encontrarme con Coffee, me presenté como un simple norteamericano, sin hablarle del objeto de mi visita. Había decidido de antemano no tocar ese punto hasta que hubiera concluido nuestra entrevista, para no interferir en sus declaraciones. Una vez terminada nuestra charla, le entregué una carta donde detallaba las características de mi misión.

El lugarteniente de navío Coffee es un militar de carrera y vino al mando del portaaviones norteamericano Kittyhawk. Gozaba de buena salud y no presentaba la más mínima señal de malos tratos. Cayó prisionero el 3 de febrero, 50 km. al norte de la ciudad de Vinh. Le pregunté cómo vivía desde entonces. He aquí su relato.

«Al lanzarme me rompí un brazo. Inmediatamente recibí atención médica. Como nos encontrábamos en una zona apartada, fui conducido a un pueblo y allí a una cabaña donde me curaron. Dentro de las posibilidades, fui bien atendido y se me procuró la mayor comodidad: Me vendaron y pasadas algunas horas me dieron un plato de arroz caliente.

Quando recobré el conocimiento en el agua advertí que se había hecho por mí todo lo necesario librándoseme del paracaídas e inflando mi combinación flotante. Estábamos a casi 800 metros de la orilla. Las dos embarcaciones que me habían socorrido estaban llenas de gente. Cuando llegaron, los aviones de cubierta las ametrallaron. La gente de las embarcaciones iba armada de carabinas, pistolas y armas automáticas. Los aparatos norteamericanos nos sobrevolaron seis veces, ametrallando siempre, antes de que me fuera posible llegar a la orilla.

En ningún momento fui maltratado. Las descargas efectuadas por nuestros aviones no influyeron para nada en la actitud de los vietnamitas hacia mí. Estaba asombrado. No lograba comprender. Me había preparado para lo peor. Permanecí en una aldea hasta la tarde del 3 de febrero. La casa en la cual vivía tenía seis ventanas. Todo el vecindario se acercaba a mirarme. Me habían quitado los efectos personales. Estaba realmente sorprendido del trato que recibía. Pasado cierto tiempo comprendí que aquello era la política seguida con todos los prisioneros. Luego me condujeron a otro pueblo. Sus habitantes, curiosos, se agolpaban a mi alrededor para observarme. Me ofrecieron té caliente. Los niños me seguían, tratando de tocarme. Esa misma noche partimos hacia otro lugar donde me trataron en igual forma. Cambiaron mi vendaje y me dieron todo lo que era capaz de devorar. El hombre que se encargaba de mí, me dijo que las gentes de aquel lugar estaban indignadas por los constantes bombardeos y a causa de su cólera me trasladaban a otro sector, pero en ningún lado encontré hostilidad. Llegamos a la ruta 1, principal vía de comunicación en el eje N.S. Un vehículo militar me llevó a Vinh. Nos detuvimos en casa del chofer donde pasamos un buen rato en compañía de su familia. Me ofrecieron arroz en hojas de té con mucha carne y pescado. Estaba riquísimo. Me invitaron a quedarme a dormir y me ofrecieron para ello la cama del chofer. Dormí al lado de su hijo. A la mañana siguiente llegamos al lugar que me habían destinado, quizás el centro de administración de la provincia. Me da cuenta de que esta re-

gión había sido bombardeada sin interrupción desde un principio, es decir desde hacía más de un año. Desde hace más de un año sus habitantes son víctimas diarias de nuestros bombardeos. Sin embargo jamás fui objeto de hostilidad. Llegué a sentirme incómodo. Fui interrogado exhaustivamente pero siempre bien tratado. Debo reconocer que mi gobierno no declaró la guerra al Vietnam y que, desde el punto de vista legal, yo no podía ser considerado un prisionero de guerra. Me dijeron que era un criminal y que los crímenes que había cometido contra simples campesinos merecían el tribunal y el pelotón de ejecución. Se me había destinado a una casa de una familia ocupada por un matrimonio viejo, una mujer joven y su hijo de tres años. Me dieron una cama de paja blanda y caliente. Todos me trataban muy bien; la alimentación era inmejorable: te caliente y comida abundante compuesta por arroz, guisados, y limones que recogían para mí. Por mi parte, pensaba en las necesidades que pasaría luego y comía lo más posible.

Luego de cada interrogatorio comprendía con mayor claridad hasta qué punto habían tenido razón si me hubieran fusilado. Hacía un año que venían soportando constantemente nuestros bombardeos. Todos eran víctimas nuestras. Permanecí 3 días en esta segunda casa. Me curaron las heridas. Me alimentaban bien. Todos los que sabían inglés o francés me preguntaban ¿por qué está usted aquí? ¿por qué vino al Vietnam? Y yo no sabía que responderles.

Lo que más me impresionaba era la gentileza con que me trataban, todo gentileza, esa es la palabra. No hay nada que pueda reprocharles. Las bajas que experimenta la población vietnamita no son bajas comunes. A mi entender, son el resultado de una agresión unilateral y criminal. Debo decir que desempeñé un papel muy preciso. La palabra «criminal» es la exacta: no puedo negarlo. Me sorprendió la gentileza de esta gente, que no se manifestaba solamente cuando se dirigían a mí. Mientras viví en sus casas, hablaban entre ellos. Bromeaban, tomaban té. El ambiente era amable, familiar. El que a mí más me gusta. Con ellos me sentía có-

modo. Era gente simple; campesinos, trabajadores, agricultores, y me trataban con gentileza. De este contacto saqué dos conclusiones evidentes. Primero, los vietnamitas sienten verdadera devoción por Ho Chi Minh: sus ojos se iluminan cada vez que oyen su nombre; es evidente que lo veneran. Y en segundo lugar, están fantástica y unánimemente decididos a no dejarse intimidar por los bombardeos. Luego de cada incursión con su secuela de muertos y destrucción, crece en sus corazones el odio hacia los norteamericanos.

Poco a poco nos fuimos acercando al norte. Mi intérprete era originario de Tash Hoa. Paramos en su casa y visitamos a su familia. Me ofrecieron té caliente. Nos quedamos conversando. Cuando llegamos a Hanoi, el estado de mi brazo y mi codo dislocado no era nada bueno. Los sentía entumecidos y tenía un comienzo de infección. Esto ocurría el 7 de febrero. El 11 un verdadero cuerpo médico me visitó en la prisión. Hicieron un diagnóstico y me operaron.

El 11 me condujeron al hospital: me sacaron una radiografía del brazo. Me anestesiaron y solucionaron mi problema de articulación en el codo. Durante dos semanas permanecí con el brazo enyesado. Durante todo este tiempo recibí medicamentos y me dieron cuatro inyecciones en 4 días. El 26 de febrero me hicieron una nueva radiografía, y decidieron enyesarme nuevamente hasta fines de marzo.

En la prisión me han interrogado, tratando de explicarme cuáles son, según ellos, los verdaderos problemas de la guerra de Vietnam. Las condiciones de vida son un poco rudimentarias, pero de todas maneras correctas. La higiene es aceptable. Recibo suficiente ropa y la comida es muy abundante. Me higienizo con bastante frecuencia. Me han dado cepillo de dientes, dentífrico, jabón y toalla. Nunca creí encontrar carceleros tan simpáticos. Me ayudan a vestirme y gustosos me hacen favores. Me abotonan la ropa ya que no puedo hacerlo con mi brazo roto.

A menudo discuto con ellos y me han prestado libros que acepté con el natural escepticismo y desconfianza. Todos estos libros tratan de Vietnam del Sur en los comienzos de la guerra y la intervención de Estados Unidos. Es imposible refutar su indiscutible lógica. Recién ahora compren-

de contra quienes luchamos, de hecho, en Vietnam del Sur.

Ahora sé que las causas invocadas por nosotros, no son sino proteccion. Y lo más triste es que ni siquiera podemos llamarnos víctimas de adoctrinamientos políticos. Estas benditas verdades podría haberlas encontrado yo mismo en mi casa, en mi biblioteca. Si me hubiera tomado el tiempo necesario, habría descubierto todo esto antes de venir al Vietnam. Quería participar en esta guerra por las causas habituales, causas más bien vagas: para proteger nuestra forma de vida democrática, para ser digno de nuestros compromisos con respecto a nuestros aliados, para abolir el comunismo. Llegué al Vietnam hace poco, pero vi lo suficiente como para saber que nada de esto es válido aquí. Tanto mis contemporáneos como yo somos igualmente culpables de no haber sabido descubrir de qué se trataba en realidad. Desgraciadamente la mayoría de los norteamericanos están en la misma situación. Hasta el 2 de febrero las manifestaciones antibélicas me parecían intolerables. No las comprendía. Las juzgaba escandalosas. Jamás me detuve a pensar cuáles eran sus intenciones. Nunca me tomé el tiempo necesario para enterarme de la verdad. Ahora todo eso es fundamental para mí porque siento verdadero amor y profundo afecto por mi país. Ahora soy muy sensible a la verdad. No tenemos nada que hacer aquí. Estamos comprometidos en una situación que no tenemos derecho a provocar. Creo comprender ahora cómo vinimos a parar a esta intervención. Reflexioné mucho.

En la época en que la resistencia vietnamita luchaba contra Francia, ayudamos a los franceses. Les dimos armas y oficiales, y costeamos la mayoría de sus gastos. Sobre todo por dos razones. Con los franceses teníamos acceso al caucho, al caucho y al tungsteno que tanto necesitan Estados Unidos. Vi una declaración de Eisenhower al respecto. Es así que, con los franceses, se ejerció una dominación sobre Indochina que considerábamos necesaria. Pero, a pesar de nuestra ayuda y nuestra voluntad de intervención, la revolución vietnamita venció a los franceses. Según creo, Ho Chi Minh logró unificar varios frentes revolucionarios y, en consecuencia, llevar a cabo la lucha que tuvo como resultado la derrota francesa. Los acuerdos de Ginebra esti-

pulan que no debe haber en el Vietnam ni personal ni material extranjero. Estos acuerdos garantizan claramente la integridad territorial y la independencia de Vietnam, de Camboya y de Laos.

Esto es lo que me han enseñado mis lecturas y corresponde a los vagos recuerdos que guardo de las conversaciones que mantuvimos al respecto. La división creada en el paralelo 17 era provisoria. Estaba prevista la desmilitarización y ambos gobiernos se comprometieron a no firmar alianzas militares y oponerse a toda intervención militar extranjera. Se daban 2 años de plazo para la reunificación del país, al cabo de los cuales se celebrarían elecciones; pero dos meses después de la firma de estos acuerdos creamos la O.T.A.S.E. y comenzamos a considerar al Vietnam, Camboya y Laos como zonas puestas bajo nuestra protección militar. Era evidente que en todo esto seguía guiándonos nuestro afán por dominar militarmente a Indochina. Los franceses se fueron, pusimos a Diem en el poder, y coronamos a Bao Dai emperador. Luego se convirtió en primer ministro como consecuencia de un referéndum organizado bajo nuestra vigilancia. En seguida promovimos una campaña de apoyo campesino, para asegurarnos el poder, y reforzamos el ejército, la policía y la milicia. Organizamos el Military Advisory Aid Group (grupo consultivo de ayuda militar) y enviamos nuestras fuerzas. No hay forma de negar que tales maniobras constituyen una violación de los acuerdos de Ginebra. Estos acuerdos tenían la intención de lograr la unificación del Vietnam.

El gobierno de Diem era abiertamente impopular. Diem perseguía a la población, perseguía a los no-católicos. Era un verdadero dictador. Llevó al poder a su familia. Nunca hubiera logrado mantenerse sin nuestra ayuda militar. El momento fijado para las elecciones se acercaba. Rechazó entonces las ofertas del Vietnam del Norte y no prestó la menor atención a los acuerdos de Ginebra, y todo esto a instancias de nuestro gobierno. No cabe la menor duda, lo dijo el propio Eisenhower, de que las elecciones habrían llevado al poder a Ho Chi Minh. Lo digo porque lo pienso. ¿Qué diferencia hay entre él y Washington? Es el héroe revolucionario de los vietnamitas. Les dio la reforma agraria y la

estabilidad económica. Lo pude comprobar yo mismo. Fue por eso que no permitimos que Diem organizara elecciones. El pueblo quiere la reunificación. Quiere ver los frutos de los sacrificios que les demandó la revolución. Quiere evitar la situación actual, en la cual la guerra contra Francia pierde por completo su sentido. Sueña con la reunificación y nosotros hemos quebrado ese sueño. No les quedaba más que la revolución. La revolución se fundaba en la amargura de haber sido traicionados. El F.N.L. trató de liberarlos y fue tildado de «comunista» porque se esforzó en destruir nuestros planes de permanencia en el Vietnam. Tal vez haya entre sus integrantes algunos simpatizantes comunistas, pero todo hace pensar que se trata de un organismo nacional. Nosotros hacemos la guerra al pueblo de Vietnam. Nosotros nos negamos a tratar con este pueblo. Yo creía que se trataba de poner una barrera a la expansión del comunismo, pero ahora vi cómo es la vida aquí. Tienen que comer. Producen. Parecen ser felices, a pesar de los horrores que les causamos. ¿Puede haber algo peor que lo que está ocurriendo en el Sur?

Sé bien que lo que leí estaba impreso en Hanoi; y, como ya lo dije, mi escepticismo era total. Pero me acuerdo de la época de Diem; me acuerdo de las bromas que hacíamos a propósito de los constantes golpes de Estado y de nuestra intervención en la designación de los equipos gobernantes. En aquel momento lo que hacíamos me parecía necesario. No sé si alguien era lo suficientemente perspicaz como para comprender lo que significaba todo aquello. Consideramos de gran importancia la ayuda que Vietnam del Norte ofrece a Vietnam del Sur como si el norte fuera un extraño que se mete en asuntos que no le conciernen. Lo que le interesa es la reunificación del país, porque constituye el mismo pueblo que el Sur. La reunificación es parte integrante de sus objetivos nacionales. Está prácticamente consagrado en la Constitución. Creo que, lógicamente, tiene todo el derecho del mundo a ayudar al Sur lo mejor que puede. Las intenciones de ambos coinciden en una meta única: unificación e independencia del país. Si llevamos más lejos la escalada, terminaremos interviniendo en otros países, sobre todo en la China. Las devastaciones y

el número de víctimas serían entonces horribles.

Todo lo que he leído y lo que le estoy diciendo está corroborado por el simple hecho de que nuestra causa no es justa. Sacrificamos todo honor y respeto. Podríamos respetar los acuerdos de Ginebra, reconocer nuestro error, aceptar los cuatro puntos del plan de Ho Chi Minh, ya que este plan no exige sino la aplicación de los acuerdos de Ginebra. Tenemos la obligación de irnos de Vietnam.

Tengo 31 años y nací en Modesto, estado de California. Mis padres viven en Hanford, en el mismo estado. Soy casado y tengo tres hijos en Sanford, estado de Florida. Mi mujer espera el nacimiento de nuestro cuarto hijo y estoy muy preocupado. No sabe si estoy muerto o vivo. Quiero escribir una carta abierta al pueblo norteamericano. Todo lo que le dije lo siento. No soy periodista, ni experto en ciencias políticas, ni cruzado. Pero mi punto de vista es único, en razón de mi experiencia aquí, y a lo mejor me escuchan. No se fíen solo de lo que digo. Traten de encontrar la verdad solos y cuando hayan comprendido, hagan todo lo posible para terminar con esta guerra. He decidido escribir al «Times», al «Newsweek» y al «U.S. News and World Report». Tal vez con cierta ingenuidad, abrigo la esperanza de que me hagan sitio en sus columnas.

Como prueba de mi integridad, le diré que durante 8 años, fui un oficial de marina respetado. Recibí la «Distinguished Flying Cross». Participé en los vuelos de reconocimiento practicados sobre Cuba. El general Shoup, Jefe del «Marine Corps» me mandó una carta felicitándome por los vuelos de reconocimiento que efectué sobre Cuba en octubre de 1962, durante la crisis de los cohetes. Fui ascendido al grado de lugarteniente de navío un año antes que mis colegas. Escribiendo estas cartas pongo en juego mi carrera. Siempre fui fiel a mi profesión, y amo profundamente a mi país. Pero ha llegado el momento en que mi fidelidad y mi amor ya no son compatibles. Debo hacer lo que juzgo más útil para mi país. Dirán «Es prisionero y esto le permitirá volver al país». Más de 100 pilotos han caído prisioneros, pero no es esa la causa de mi decisión. Quiero salvar vidas, y también el honor de nuestro país. Me gustaría que usted recalcara el aspecto de adoctrina-

miento político. Si se objeta a mi contacto con los vietnamitas, todo lo que ahora sé y lo que le he dicho podría haberlo aprendido solo, en mi casa, si me hubiera tomado el tiempo necesario. Nada de lo que dije lo aprendí de memoria. Mis palabras traducen lo que he meditado sobre el problema, en base a lo que vi y experimenté. Le pregunto a usted que me escucha cuál es la mejor manera de entrar en contacto con los norteamericanos. Si elegí el «Times», el «Newsweek» y el «U.S. News and World Report» es porque los considero el medio más indicado para llegar a aquellos por quienes me interesa ser escuchado. Aquí no me han puesto bajo un régimen de favor, ni se me ha dado un trato especial, ni se me ha propuesto nada, quiero que se sepa. Me importa. Es mi carrera la que está en juego.»

El lugarteniente Coffee es un militar de carrera. Me parece que creyó lo que sus superiores le decían y por eso mismo el choque con la realidad lo conmovió más todavía. Su primera sacudida fue motivada por la contradicción entre lo que le habían dicho sobre los comunistas y los cuidados médicos que recibió después de capturado. La segunda por las horribles consecuencias de los bombardeos en los que había participado tan poco tiempo antes. Todo esto se pone de manifiesto en la carta dirigida a su mujer:

Remitente: Gerald L. Coffee.

Destinatario: Sra. Gerald L. Coffee.

306, Tucker Drive,

Sanford, Florida, Estados Unidos.

Queridos míos:

Ruego a Dios que esta carta llegue pronto a destino. El deseo de hacerles saber que estoy vivo y bien, de ahorrárlas la inquietud de sospechar lo peor y la preocupación de no saber nada, llegó a desvanecer cualquier otra preocupación. Escribí otra carta, que sometí a la censura, pero temía que no llegara para mediados de abril. Anoche tuve oportunidad de charlar con un norteamericano que está en Vietnam del Norte y que me aseguró que llevaría esta carta a Estados Unidos y allí la pondría en el correo. De manera que estoy seguro de que llegará a tiempo.

En general estoy bien tanto física como mentalmente; deseo que también lo estés tú, querida, cuando recibas esta carta. Tengo dificultades con la mano y el brazo derecho. Por ésto te escribo con la mano izquierda. Cuando fui lanzado del avión me

quebré el brazo derecho y me disloqué el codo. Sufrí, además, múltiples quemaduras y heridas en ambos brazos y recibí un golpe que me provocó pérdida del conocimiento. Una vez capturado, los que me tomaron prisionero, me atendieron lo mejor posible para curar mis heridas y me compusieron el brazo lo mejor que pudieron. Estaba asombrado de la gentileza con que me atendían, a pesar del odio que nos tienen, a causa de los desastres que nuestros bombardeos han desencadenado en su patria. Sin embargo, bien pronto comprobé que este trato era regla y no excepción. En cuanto llegamos al lugar en que me encuentro ahora, fui conducido a un hospital donde me operaron la mano y me radiografiaron y enyesaron el brazo. Tengo el codo en vías de recuperación. Los huesos del antebrazo todavía no los tengo bien pero espero que mejoren. Luego volví al hospital para sacarme otra radiografía y enyesarme nuevamente. Este yeso, que me cubre desde la palma de la mano hasta el hombro, recién será retirado a fines de marzo. Como ves, tengo para agradecer vivamente al pueblo y los médicos de la R. D.V.N. por todos los cuidados que me han prodigado.

Querida, ahora nuestro futuro inmediato está literalmente en manos de Dios.

Siempre le pido que los cuide. Y estoy seguro que me oye.

Kimmie, Steve y Dave, papá piensa todos los días en sus caritas animadas. Estoy seguro de que se portan bien en la escuela y ayudan a mamá en toda la medida de sus posibilidades.

Lo que aprendí de este pueblo en un mes me dio una idea completamente nueva de la guerra y la situación de Vietnam. Sabes que nunca pude comprender ni admitir las razones de los que manifestaban contra la guerra de Vietnam. Ahora sé que tienen razón. La masa de la población norteamericana, la gente como nosotros, cree conocer los motivos de nuestra intervención aquí, pero no sabe nada de los verdaderos problemas y de la naturaleza de esta guerra. No fui sometido a lavajes de cerebro, ni a adoctrinamiento político. Soy el mismo de cuando partí. Salvo que ahora soy un poco más prudente. Y esto gracias a las lecturas que comencé a hacer a bordo del portaviones, así como también las observaciones que pude realizar y de las conversaciones

nes que mantuve con la gente de aquí. Creo necesario indicarte al menos, algunas de mis razones para que puedas comprender. Helas aquí, brevemente:

Después de la segunda guerra mundial, el pueblo vietnamita, bajo la conducción de Ho Chi Minh, actual presidente de la R. D.V.N., se rebeló contra la dominación colonial de los franceses. Como nosotros (Estados Unidos) nos interesábamos por los recursos naturales de Indochina y queríamos asegurarnos una posición estratégica en esta región del mundo, apoyamos a los franceses con ayuda militar esencial y con consejeros. Esto no impidió que, en 1954, los vietnamitas lograran la célebre victoria de Diem Bien Phu. Les llevó 9 años, pero, al final, conquistaron su libertad y su independencia. La conferencia reunida en 1954 en Ginebra, precisamente con este fin, estipuló que la independencia, la unidad y la integridad territorial de Vietnam serían reconocidos y que los participantes en la Conferencia se abstendrían de intervenir en sus asuntos nacionales. Los acuerdos exigían la creación de una línea o zona de demarcación destinada a facilitar la desmilitarización del país; al cabo de 2 años se celebrarían elecciones libres con el fin de asegurar la reunificación. Por último, los acuerdos prohibían la introducción de tropas o personal militar en una u otra zona, y la firma de toda alianza militar por parte de cualquiera de ambas. La intención de estos acuerdos es completamente clara: asegurar la evacuación inmediata de las tropas extranjeras establecidas en Vietnam y garantizar a los vietnamitas sus derechos, en defensa de los cuales sostuvieron tan arduo combate, la autodeterminación de un país unificado, sin ninguna intervención extranjera. Refiriéndose al Vietnam del Sur el presidente Eisenhower declaró: «Los Estados Unidos no fueron parte en los acuerdos y no tienen obligaciones frente a las decisiones adoptadas por la conferencia.» Dos meses más tarde se creó la O.T.A.S.E., una alianza en la cual los Estados Unidos juegan un papel de primer orden. A pesar de las terminantes declaraciones de los acuerdos de Ginebra, la O.T.A.S.E. incluía a Vietnam del Sur la zona que pretendía «proteger». Una vez evacuado Vietnam del Sur por los franceses, nuestra primera medida consistió en introducir en el gobierno a Ngo

Dinh Diem, hombre de formación occidental, entregado completamente a la voluntad de Estados Unidos. Facilitamos a su gobierno una ayuda en gran escala, tanto desde el punto de vista económico como militar. Creamos el «Military Advisory Aid Group» para asegurar la instrucción de su ejército. Su gobierno jamás fue popular y no habría durado mucho sin nuestro constante apoyo. En 1956, año fijado para la celebración de elecciones, rechazó las propuestas hechas por el Norte en ese sentido. Naturalmente, nosotros también sacábamos provecho de él: ahora teníamos una base en el sudeste asiático.

Los vietnamitas estaban furiosos. Protestaban, pero naturalmente en vano. Sabíamos que si las elecciones se realizaban, Ho Chi Minh ocuparía la presidencia de un Vietnam unificado, y eso era justo. Es el héroe revolucionario de los vietnamitas en la misma medida en que Washington es el nuestro. Con la reforma agraria y la estabilización económica, había facilitado un apreciable progreso en Vietnam del Norte. Con el rechazo de Diem a las ofertas de reunificación la victoria vietnamita sobre los franceses perdía su significado. El único camino posible estaba en rebelarse contra nuestro hombre clave: Diem. Porque se oponían a un gobierno que contradice nuestro ideal democrático, porque querían unirse al Norte, ahora socialista, se les llamó «Vietcong» y comunistas. Luego adoptaron la denominación de Frente Nacional de Liberación. Contra este movimiento revolucionario, nacido del rencor de un pueblo traicionado, es que luchamos actualmente aquí. Sin embargo es con esta gente que nos negamos a negociar, por razones que no logro comprender.

Peor aún: bombardeamos Vietnam del Norte porque apoya la revolución del Sur. Deducimos que se trata de una intervención en un asunto que no le concierne. Pero la R.D.V.N. está en legítimo derecho de apoyar a sus compatriotas del Sur. Los habitantes del Norte y del Sur no son sino un mismo pueblo. La reunificación forma parte de los objetivos nacionales de los habitantes de Vietnam del Sur.

Hasta ahora no he hecho sino luchar por razones envejecidas, preestablecidas y un poco vagas, como la «defensa de nuestra forma de vida», «la necesidad de hacer honor a los compromisos contraídos con

nuestros aliados, los acuerdos firmados con ellos», «la lucha para terminar con la expansión del comunismo». Y bien, nada de eso es válido aquí. El gobierno de Saigón no representa de ninguna manera nuestra forma de vida, y la población no conoció jamás esa forma de vida. Todos los compromisos, todas las alianzas que invocamos, las inventamos de acuerdo a nuestros intereses, para «justificar» nuestra intervención en Vietnam del Sur. Si el «gobierno» de Saigón acepta nuestra presencia, no sucede lo mismo con la población. ¿Por qué ese afán de «salvar» a este pueblo, cuando ayudamos a los franceses a reprimirlo? Es cierto que si Vietnam lograra la reunificación, caería tal vez en manos del gobierno socialista que dirige ya la R.D. V.N. Pero yo observé a este pueblo en sus hogares, en su comportamiento mutuo. Su vida simple y feliz vale mucho más que la vida de guerra y temor que soportan sus compatriotas del Sur. He llegado incluso a preguntarme si el régimen socialista no habrá sido la única solución para los problemas sociales, económicos y políticos que se plantearon en el norte una vez terminada la revolución. Y además, si apenas levantamos el menique para evitar la expansión del comunismo a 150 kms. de nuestras propias costas, ¿por qué arriesgar vidas y recursos, con una especie de fanatismo a 15.000 kms. de nuestro país?

La respuesta es que no tenemos nada que hacer aquí. No es nuestra guerra. Hemos estado socavando los acuerdos de Ginebra, con conocimiento de causa, y hemos impedido que los vietnamitas recogieran los frutos de su revolución. Con cada nueva intervención, nuestro país se deshonra. Hay que dejar el Vietnam a los vietnamitas. Nuestro país debe ponerse a la altura de su reputación de grandeza y decir: «nos equivocamos». La prosecución del ataque tendrá consecuencias trágicas porque los vietnamitas del norte están dispuestos y resueltos a continuar indefinidamente la lucha.

Dios sabe, tú lo sabes también, querida, que amo mucho a mi país, y que siempre he sido fiel a mi profesión. Es justamente por eso que este asunto me preocupa tan hondamente. Dejando de lado mi contacto actual con los campesinos y las autoridades de este país, habría podido descubrir todo esto por mí mismo, en la librería o en la biblioteca municipal con solo haber-

me tomado el tiempo necesario para ello. Podría pensarse: «Está claro que quiere que la guerra termine, y pronto. Sólo bajo esta condición volverá a su país.» Es cierto que el fin de la guerra aceleraría la repatriación de decenas de pilotos y de marineros norteamericanos, pero también contribuiría a salvar decenas de miles de vidas humanas, y el honor de nuestro país se vería enaltecido si termináramos de una vez por todas con los combates y retiráramos nuestros soldados. La guerra que estamos llevando a cabo aquí es ilegal, injusta y contraria al honor.

Te pido que hagas circular esta carta entre nuestros familiares y amigos. Es necesario que sepan la verdad. Utilizo esta carta para enseñar a los nuestros lo que pasa aquí. Una vez conocida la verdad, es necesario que hagan comprender a nuestros legisladores que no están dispuestos a tolerar esta situación por más tiempo. Sí, soy yo quien dice esto, querida, y créeme, te lo digo desde el fondo de mi corazón. Pero ya hablé lo bastante sobre este tema.

Esta gente tuvo la generosidad de autorizarme a recibir una carta por mes. El sobre puede contener cartas de mis parientes y fotografías, si no pesa más de 20 gramos. Deben dirigirlo, por correo aéreo regular a la siguiente dirección:

Gerald L. Coffee

Campo de detención

para pilotos norteamericanos prisioneros
R.D.V.N.

indicando, por supuesto, la dirección del remitente.

Trasmite mis saludos a todos nuestros parientes y amigos que, estoy seguro, te ayudan y cuidan de los niños. Dile a cada uno de nuestros hijos cuánto los quiere papá y bésalos en mi nombre. Debes saber que tu recuerdo me ayuda a soportar cada día que pasa. Estaré contigo, en abril. Cuando llegue el momento, piensa solamente en que estamos de la mano. Feliz cumpleaños, mi amor. Puedes estar segura de que pronto estaremos juntos otra vez. El amor que siento por ti me presta la fuerza y el coraje necesarios para seguir viviendo, y deseo con todo el corazón que a ti te pase lo mismo

Te amo, Jerry.»

Coffee es católico y muy piadoso. Es evidente, a mi entender, que sus conceptos no derivan de un compromiso ideológico sino

de los sentimientos provocados en él por el contacto directo que tuvo con la situación y la población de Vietnam. De vuelta en los Estados Unidos, pocos días después de haber dejado Vietnam, llamé por teléfono a la señora Coffee para contarle que había estado con su marido. Le dije «Sra. Coffee, acabo de volver de Vietnam, donde estuve con su marido, y quiero hacerle saber que se encuentra perfectamente bien de salud». Su respuesta fue desconcertante: «Todo lo que tenga que decirme, puede contárselo al Capitán Fowler, de la Fuerza Aérea». Le retruqué «Sra. Coffee, su marido me confió una carta para usted ¿quiere que se la lea?» Su respuesta fue «¿Cómo se llama usted?» Le contesté «¿qué importa eso? ¿quiere que le hable de mi encuentro con su marido?» Volvió a responderme «Todo lo que tenga que decirme, debe declararlo al Capitán Fowler de la Fuerza Aérea». Le envié la carta de su marido después de haberle sacado una fotocopia que remití a la prensa cuando juzgué que ella había recibido ya el original. Aquellos que se interesan en lavajes de cerebro bien pueden preguntarse quién, si la Sra. Coffee o el Lugarteniente de Navío, fue sometido a adoctrinamiento político.

Mi entrevista con el Lugarteniente de Navío duró alrededor de cuatro horas. Se había expresado con absoluta sinceridad y había escuchado atentamente mis comentarios. Parecía preocuparle demostrar su confianza en las razones y sentimientos que acaba de descubrir. Muchas veces me sentí tentado de revelar mis pensamientos pero no lo hice, dejando que se enterara de todo por la carta que le entregué al irme. Cuando me ofrecí para ayudarlo en todo lo que fuera posible, me pidió que difundiera sus declaraciones y me confió una carta para su mujer, expresándome su interés en que esa carta sirviera para mostrar a los norteamericanos qué es la guerra de Vietnam.

Mientras duró mi entrevista con el Lugarteniente de Navío, no pude olvidar ni por un momento lo que había visto la semana anterior, cuando, la sangre agolpada en las sienes y conteniendo la ira y las lágrimas a duras penas, entrevisté a hijos, a padres, a médicos, a maestros, a campesinos pobres, y a jóvenes milicianas. Sus rostros volvían a mi memoria como relámpagos. Pienso, por ejemplo, en Le Van Lac, que el 15 de setiembre perdió a su hijo de 8 años, y a todos sus vecinos entre los cuales figuraban una mujer con sus cuatro hi-

jos y una pareja con dos hijos. El ojo, la oreja, el hombro y el brazo derecho de Le Van Lac quedaron en jirones, dejándolo sordo e inválido. Nunca más podrá trabajar. Mientras hablábamos traté de manifestarle, en cierta medida, los sentimientos que experimentaba. Le dije que estaba resuelto a traducir su dolor en acción eficaz contra mi gobierno y, mientras nos despedíamos me abrazó de repente, gritando en vietnamita «¡Sufro mucho! ¡Por favor, reconozca Ud. mi dolor!»

Una pobre campesina, vieja y ajada a los 41 años me describió el simple heroísmo de su hijo Ngoc, un niño de 13 años:

«Ocurrió el domingo 4 de abril de 1965. Ngoc estaba en casa. De pronto aparecieron bombarderos a reacción. En mi pueblo no hay construcciones sólidas, sino chozas. No se por qué nos atacaron. Ngoc estaba escribiendo una lección para su hermanita Hoa, que tiene 7 años. Tratamos de refugiarnos pero los hijos de los vecinos, que estaban desayunando en el momento en que comenzó el ataque, fueron heridos y no podían llegar al refugio. Uno de ellos había muerto instantáneamente. Ngoc, de un salto, abandonó el refugio y, a pesar de las bombas que explotaban, logró recoger a uno de los niños heridos, luego a otro que tenía una pierna fracturada. Había sangre por todos lados. En el tercer viaje, Ngoc fue alcanzado por un «lazy dog» que le abrió el costado izquierdo; a pesar de la gravedad de la herida, trepó hasta el refugio con el niño. Me dijo «si me muero no llores, mamá. Papá y tú tienen que trabajar para que mis hermanos y hermanas tengan que comer. Si me muero, habré hecho todo lo que podía».

«Eran las 8 de la mañana. Se quedó conmigo en el refugio hasta las 11. Lo llevamos a un hospital de la provincia para operarlo. Trataron de sacarle los trozos de acero que tenía incrustados, pero los materiales minúsculos habían traspasado el hígado y el páncreas. Yo lo había acompañado pero me pidió que volviera junto a sus pequeños hermanos. Me dijo «no te preocupes. Ya volveré a ayudarte en la granja». Me quedé, pues, en casa y al otro día me dijeron que había muerto a la 7 de la mañana.

No tengo dónde albergar a mis hijos. Aquel

mismo día cuatro amigos de Ngoc, todos alumnos de 5to. como él, murieron. Al principio los bombardeos me asustaban. Pero ahora estoy acostumbrada. Los plantíos y las aves son nuestro único apoyo. Estoy completamente decidida a resistir. Nunca olvidaré el sacrificio de Ngoc. Lo vengaré. Trabajaré, produciré arroz para vencer a quienes nos bombardean. Todos los padres aman a sus hijos. Yo amo a los míos y usted puede imaginar mi dolor. No creo que, si los pilotos norteamericanos vieran morir a sus hijos como yo vi morir a Ngoc, arrojarían bombas de acero sobre mi pueblo.

Me han dicho que usted es norteamericano. Me interesa aclararle que jamás hice mal a los norteamericanos. Mi hijo tampoco y, sin embargo, las bombas norteamericanas lo mataron. Siento en mi corazón una cólera inmensa y profundo odio. Espero que los norteamericanos nos ayuden a detener a estos asesinos sanguinarios que matan a nuestros hijos.

Antes de la revolución, era sirvienta en casa de un terrateniente. No sé leer ni escribir. No sé expresarme ni puedo utilizar palabras rebuscadas. Simplemente le cuento lo que sucedió en mi pueblo con mi familia y mi hijo. Espero que dirá la verdad a sus compatriotas. Mi hijo ha muerto y se me ha presentado la ocasión de contarle su sacrificio. Estoy más resuelta que nunca a hacer todo lo posible para derrotar a los agresores. ¡ Le pido que lo diga! »

Pero de quien más me acuerdo es de la Sra. Nguyen Ti Tho, cuyo pequeño rostro redondo, mate y sombrío y de ojos tranquilos y pacientes, me obsesiona; la Sra. Nguyen Ti Tho, con quien hablé 15 horas seguidas, desde la mañana temprano hasta la noche. Fue el jueves 24 de febrero; me recibió vestida con un chal y un vestido marrón liviano. Era de una solemnidad contagiosa y me dijo que había atravesado por una prueba difícilmente describible.

«Vivo en la provincia de Thu Dan Mot, al norte de Saigón, cerca de los plantíos de caucho de la costa este de Vietnam del Sur. Tengo 40 años. Para vivir, labro la tierra. Exploto jardines y arroceras. Mi marido murió y vivo con mi madre y mi hijo de 14 años. Me gustaría hablarle un poco de lo que me ocurrió.

Fui detenida en un ómnibus por hablar con los pasajeros. En 1956, todo el sur vivía bajo la amenaza de las armas. Para atemorizar a los habitantes de mi provincia, Saigón había puesto en marcha el «Truong Tan Buu» o sea la «operación limpieza»; regimientos enteros eran enviados contra el pueblo. Todo para evitar la celebración de elecciones. Fui encerrada en una prisión llena de gente. Hasta 700 personas era detenidas por redada. Había allí miembros de todos los grupos y organizaciones, organizaciones sociales y de mujeres. Muchos de ellos habían sido detenidos por difundir la escritura vietnamita o enseñar a leer en vietnamita. Había muchos creyentes e intelectuales. El terrorismo asolaba al pueblo. Quienquiera hubiera participado en la resistencia era acosado. Arrestaban nada más que por haber hablado de elecciones. Los que trataban de ponerse en contacto con la Comisión Internacional de Control para denunciar las violaciones cometidas, eran detenidos en el acto. Los encarcelamientos se contaban por decenas de miles. Los prisioneros no tenían suficiente lugar para sentarse o acostarse. Debían pasar la noche entera de pie. Se puso en marcha la campaña «anti-comunista» y toda mujer casada con un hombre adscrito al norte en virtud de los acuerdos de Ginebra fue obligada a divorciarse. Muchos permanecieron encerrados 6 años sin ser enjuiciados. Yo misma pasé varios años en la cárcel sin ser enjuiciada jamás. De vez en cuando, la prensa anunciaba una liberación. Se mencionó la puesta en libertad de la Sra. Nguyen Thi Tu, encarcelada durante años sin haber cometido el menor delito; en realidad jamás fue puesta en libertad sino enviada a otra prisión en la isla de Poulo-Condor.

A las mujeres les ponían serpientes venenosas en la vagina y morían en medio de atroces sufrimientos. Las propias autoridades introducían botellas rotas en las vaginas de las prisioneras que perdían el conocimiento y, generalmente, morían. Los carceleros no clavaban clavos de hierro bajo las uñas, sin olvidar un solo dedo. Luego nos vendaban los dedos, los mojabán en nafta y prendían fuego. Nos hacían introducir por la boca y la nariz agua con salsa de pescado, muy picante, que quemaba

ba la mucosa, con jabón o con creolina. ¿Cómo contarle todo aquello? Habría que citar tantos nombres. Como no habían podido detener al Sr. Kiem, redoblaban las torturas de su mujer y su hijita. Luego de largas horas de tortura la Sra. Kiem seguía negándose a revelar el paradero de su marido; entonces trajeron un bidón de nafta lleno de agua y metieron dentro a Nga, la niña, que tenía 5 años. Cuando estuvo totalmente sumergida, se pusieron a golpear las paredes del barril, de tal forma que con la presión, los ojos, orejas, nariz y boca de la niña comenzaron a sangrar. Todo esto lo vi con mis propios ojos, y la Sra. Kiem fue obligada a presenciar la escena. 150 mujeres estaban encerradas en una pieza de 6.50 por 3.50 mts.; no había baño e instalaron uno en la misma habitación y en aquel exiguo espacio la hediondez era insoportable. La mayoría de las que lograron escapar son ahora inválidas o incapaces de caminar, sufren trastornos nerviosos y desmayos periódicos.

El primer día tuve que comparecer ante el oficial de Seguridad. No me hicieron una sola pregunta. Simplemente me pegaron durante 8 horas seguidas. Me castigaban por turno variando las torturas. Primero utilizaron palos de sección rectangular con puntas afiladas. Me pegaron con ellos en los senos y en la espalda. Al rato, perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, me ataron con lienzos de bambú sólidos y cortantes. Me habían atado los pies y me colgaron, cabeza abajo, de un gancho fijo en el techo. Con cada golpe, creía que los miembros se me iban a separar del cuerpo. El dolor y las reacciones nerviosas me provocaban grandes y dolorosas sacudidas en el corazón. La primera sesión duró más de una hora. Cuando recuperé el conocimiento, volvieron a golpearme. Cuando por fin me bajaron no podía sostenerme en pie. Me despojaron de toda la ropa, me ataron desnuda a una mesa. Me metieron a la fuerza en la boca y la nariz, un tubo de caucho, en el cual derramaron agua. No podía respirar y tenía que ingurgitar. Mi estómago se distendía más y más. Primero no era más que agua, luego agregaron salsa de pescado, después «scap» y por último un desinfectante muy fuerte que quemaba. Me torturaron así durante 40 minutos.

Luego sentí que un velo negro se desplomaba sobre mi rostro, y me desmayé. Cuando volví en mí, me estaban comprimiendo el estómago y me sacudían violentamente la cabeza. De mi boca y mi nariz salía agua que se derramaba por el suelo de la pieza. Durante un instante sentí la impresión de estar sumergida en el agua que salía de mi misma. Oía, muy confusas, las voces de los agentes de seguridad. Uno de ellos decía: «Pero miren eso; viejo como eres en el oficio aún no sabes atarlas. Miren como mueve la cabeza».

Me ataron, siempre desnuda, a la mesa, inmovilizándome sólidamente la cabeza, y comenzaron a dejar caer sobre mi frente gotas de agua helada. Duró horas. Era como si todo mi rostro y mi cabeza experimentaran una agresión constante. Primero no sentía nada, pero pasado cierto tiempo aquello se volvió intolerable. Soporté, gota a gota, durante 4 horas. Después mi cerebro se adormeció y se paralizó.

(Un médico que se encontraba presente intervino: «El frío contrae las arterias y venas, impidiendo que la sangre alimente el cerebro. Esta forma de tortura es sumamente peligrosa, porque el cerebro está en un estado de excitación constante y debe resistir. Es muy difícil reponerse por completo»)

«Cuando estaba a punto de desmayarme oí que decían: «Te dejaremos inválida para toda la vida». Y en efecto, desde el día de mi liberación hasta hoy, sufro trastornos cardíacos, ataques y una enfermedad nerviosa que afecta periódicamente mi cerebro. Después de los ataques, me sangra el recto, como consecuencia de las torturas que debí soportar.

De vuelta en mi celda me metieron en la boca un pedazo de madera en forma de freno. No pudiendo cerrar la boca, debí permanecer con ella abierta durante toda la noche. El freno estaba cerrado con candado detrás de la cabeza y me dificultaba la respiración.

Fui arrestada junto con un hombre, y me ataron a él durante un mes. Una tarde nos llevaron a una pieza pequeña donde nos dejaron hasta las 2 de la mañana. Ellos se quedaron afuera escuchándonos. Esperaban que tuviéramos relaciones sexuales para humillarnos. Por fin nos sacaron de

allí diciéndonos: «Ya saben qué es lo que queremos de ustedes» Yo contesté: «Ustedes son odiosos y bárbaros y esto está de acuerdo con su naturaleza. Pero nosotros no perderemos jamás nuestra dignidad».

Después de interminables torturas fui enviada a la prisión de Gia Dinh, la más poblada de todas, puesto que es la prisión central que sirve como núcleo de reclusión de prisioneros. Durante el día no podíamos sentarnos si no era unos sobre otros. De noche dormíamos en igual forma. Si uno quería darse vuelta, o incluso moverse, todos debían volverse o moverse. Había que dormir de costado, el calor era tan sofocante en la celda que cada cual trataba de abanicarse. 20 o más personas por noche perdían el conocimiento como consecuencia de la falta de oxígeno. Los evacuaban. Con semejante régimen en un mes todas estábamos cubiertas de erupciones, costras e hinchazones.

(Comentario del médico: «Cada prisionero disponía de un espacio inferior a los 30 cms. y de un metro cúbico de aire»).

«Durante el primer mes que pasé en Gia Dinh, vi a 7 mujeres morir asfixiadas. No lograba comprender cómo algunas podían soportar aquello y sobrevivir. La ración alimenticia era tan reducida, que recibíamos un minúsculo recipiente de arroz sin casi verduras ni salsa. Al cabo de 7 semanas decidieron enviarme a la prisión de Poulo-Condor. Allí, todo se conjugaba para empujar a los prisioneros lentamente a la muerte. Los detenidos morían día a día ante nuestros ojos. Con semejantes métodos se moría lenta pero seguramente. Pasé un año en la cárcel de la isla. De los 12 meses, pasé 10 en una celda. Era un pequeño abrigo a ras del suelo, 180 cms. por 90, paredes de piedra de 45 cms. de espesor, pintadas de negro, techo de hormigón que no llegaba ni a los 90 cms. de alto.

El lecho era de piedra. La celda estaba teóricamente prevista para un prisionero pero nostras éramos 5, encerradas en un local de 180 por 90 cms. Una dormía en la «cama» y las demás en los 4 rincones de la pieza. Hacíamos nuestras necesidades en una lata de alrededor de 15 litros que era cambiada una vez por semana. La pieza daba sobre las alcantarrillas, lo cual

provocaba una perpetua hediondez. La puerta era de madera petrificada de 45 cms. de espesor. Esta madera es más dura que el acero y es imposible clavarle clavos; en Vietnam la llamamos «madera de hierro». La ventana de la celda, de 20 por 15 cms., estaba obstruida por barrotes de hierro. En la célula andábamos desnudas pues el calor era insoportable. Por la ventana entraba un rayo de luz que nos mostraba las gotas de sudor que se evaporaban en nuestros cuerpos y se condensaban en las paredes y el techo. El mismo día que entramos en la célula nos cortamos el pelo. El calor era tan sofocante que hubiera sido insoportable conservarlo.

Cada 24 horas recibíamos una pequeña taza de agua de la cual tomábamos alrededor de tres buches cada una. No dejábamos de sudar. Durante más de cuatro meses no recibimos una sola gota de agua para lavarnos. Cuando estábamos indispuestas, la sangre corría por nuestro cuerpo y por el suelo. Tratábamos de limpiar el suelo con nuestra ropa y nuestras manos. Dormíamos en el suelo. Estábamos sedientas a tal extremo que el ruido de la lluvia nos volvía locas. Ardíamos en deseos de que una gota entrara en la celda para tocar nuestros rostros desecados o apaciguar nuestras gargantas desolladas. Estábamos a tal punto sofocadas que mirábamos abrirse la puerta como un niño hambriento mira el seno de su madre.

El arroz estaba mezclado con cortezas de «Paddy» y las moscas lo cubrían como un velo negro. Por todos lados había enjambres de moscas. Era una tortura respirar en aquella célula impregnada de olores sofocantes a causa de la boca de alcantarilla y la lata llena de excrementos. A menudo enviaban más prisioneras y llegamos a ser 8 y hasta 12 en aquella celda de 180 por 90 cms. Siendo 4 podíamos acostarnos, siendo 8 podíamos sentarnos pero siendo 12 había que estar todo el tiempo de pie. Es evidente que 12 personas en semejantes condiciones habrían muerto en 24 horas pero nosotras sobrevivimos porque algunos guardias, la ínfima minoría, nos socorrían: cada 6 horas abrían la puerta de la celda durante 10 minutos. De esta manera nuestra vida se convertía en una forma ingeniosa de muerte lenta, de asesinato por

etapas; moríamos por falta de agua, de aire, de alimentos, moríamos enfermas y agotadas.

«Con la mezquina ayuda de los guardias teníamos lo justo para sobrevivir. Pero en las celdas de los hombres, los detenidos morían constantemente por avitaminosis y carencia proteica — en un suplicio lento. (Nueva intervención del médico: «La avitaminosis provocaba deshidratación de la carne»).

«Cuando los pies de un detenido empezaban a ennegrecer, sabíamos que había comenzado el proceso lento y doloroso de la muerte. La víctima veía con sus propios ojos como su cuerpo se iba ennegreciendo. Cuatro comprimidos vitamínicos habrían sido suficientes para salvarlo pero no le daban nada. Los animales domésticos de los guardias recibían aureomicina y terramicina a título preventivo. Y nosotros, los detenidos, padecíamos disentería y estábamos llenos de lombrices.

En 10 meses de prisión me transformé en un esqueleto. No tenía más que la piel y los huesos. Pocas de nosotras podíamos caminar. Si logramos sobrevivir fue gracias a nuestra tentativa de despertar piedad entre algunos de los soldados títeres. Algunos de ellos, muy pocos, al ver nuestros sufrimientos nos ayudaban lo justo para que pudiéramos sobrevivir. Sólo entre los hombres murieron 300 al mismo tiempo como resultado de las atrocidades cometidas en la prisión de Poulo Condor. Dejaban sus cadáveres en las celdas días y días. Decenas de miles de prisioneros eran víctimas de las epidemias. Se producían inhumaciones masivas. Y en medio de tan horrendo panorama Bach Van Bon comandante de la prisión, aplaudía y se reía de nosotros durante las inspecciones.

En Nochebuena, los prisioneros católicos no pudieron ir a la iglesia. Organizaron entonces una misa en sus celdas lo que les valió ser castigados desde la medianoche del 24 de diciembre hasta la 1 de la tarde del día 25. Aunque los sobrevivientes padecían enorme debilidad igual los obligaban a trabajar.

Un hombre fuerte puede cortar diariamente un metro cúbico de leña. A nosotros nos obligaban a conseguir en la selva 3 m³. Si al caer la noche no habíamos obte-

nido la cantidad requerida nos castigaban hasta sangrar. Una vez hicimos huelga de hambre como protesta contra la escasísima ración de arroz. Nos obligaron a permanecer todo un día expuestos al calor tórrido del sol. Los prisioneros morían por centenares. Estaba en Poulo-Condor el año en que se produjo en Saigón un importante movimiento de protesta con el fin de obtener la liberación de las mujeres encarceladas en la isla. Fue tal la trascendencia de aquel movimiento que nos transfirieron a otra prisión en tierra firme.

Era tal nuestra debilidad que no podíamos llegar al barco que debía conducirnos. Nos sosteníamos unas a otras. Pasamos a bordo 19 hs. atroces. Todas vomitábamos. Cuando llegamos a Saigón no podíamos desembarcar. En realidad el barco no nos había recogido directamente en Poulo-Condor. Nos habían acercado a él en embarcaciones. Cuando estuvimos a bordo 41 prisioneras se desmayaron de agotamiento. El barco, el Phu-Ong-Khanh, era un buque de carga. No había aire. Estábamos amontonadas en la bodega. Aquello era absolutamente agotador. Los marineros, viéndonos ahogadas en aquella bodega, comenzaron una furiosa discusión con los agentes de seguridad. Sabían que moriríamos allí y exigían que nos dejaran subir a cubierta. Los marineros nos ayudaron mucho. Intervinieron ante el capitán para que nos dieran los medicamentos necesarios para sobrevivir hasta llegar a tierra.

«Desde el barco nos condujeron a Phu Loi, inmenso campo de concentración donde estaban internadas 8.000 personas. Allí quisieron obligarnos a hacer la venia al coronel y a vocear slogans favorables al régimen de Diem. Por habernos negado, nos castigaron y nos enviaron a otra prisión, la de Thu Duc.

«Luego de nuestra partida, el campo fue teatro de una inmensa masacre: efectuaron un envenenamiento en masa que mató a más de 1.000 detenidos y provocó serios trastornos a más de 6.000. Un amigo que encontré en Thu Duc me dio detalles de este envenenamiento, del cual había sido testigo: «El campo de concentración de Phu Loi estaba situado en medio de una llanura, sin el menor resguardo; hacía

allí un calor intolerable. No teníamos agua. El local había sido construido por los condenados a trabajos forzados, bajo un sol ardiente. Los prisioneros trabajaban penosamente y no recibían más que una minúscula ración de arroz. A la menor prueba de reacción o insatisfacción nos encerraban en celdas subterráneas donde no había aire y hacía un calor horroroso. Muchos prisioneros se desmayaban. Las autoridades, a las cuales la solidaridad entre prisioneros había obligado a otorgarnos ciertos beneficios, organizaron represalias sistemáticas. Un día nos sirvieron una buena comida con carne y pan. Los detenidos, muertos de hambre, comieron ávidamente. Luego, sintieron violentos dolores y padecieron vómitos de sangre. Los sobrevivientes, locos de rabia, se apoderaron de los altoparientes publicando los crímenes cometidos en el campo y pidiendo auxilio. Vinieron tropas y policías para reprimirnos en una operación de consecuencias funestas. Muchos prisioneros perecieron como consecuencia de los castigos».

«Una mujer llamada Phung fue golpeada y luego torturada en la siguiente forma: El agente del servicio de seguridad le hundió profunda y brutalmente su machete y su matraca de caucho en la vagina. Esto le provocó gran debilidad y pérdidas de sangre. Era enfermera y había salvado a muchos internados. Todavía vive en la zona de Vietnam del Sur ocupada por Saigón. Pasado cierto tiempo me enviaron nuevamente al campo de Phu Loi. Había huellas de sangre en todas las paredes.

«Cuando volví, tuve que soportar nuevamente todas las torturas que ya había padecido en Poulo-Condor y demás cárceles. Me tenían colgada del techo durante horas; me pegaban constante e interminablemente; me obligaban a aspirar agua acondicionada con jabón que provoca lesiones y perforaciones».

«Y esto durante todo un año en sesiones que duraban de 2 a 2 ½ meses. Había conmigo una muchacha de 18 años; la desnudaron, la colgaron del techo y la torturaron. En invierno, hacía un frío glacial. Todas las mujeres sin excepción, padecían el mismo trato. Después de la tortura nos hacían acostar desnudas sobre el piso y

nos arrojaban agua helada. La tortura no terminaba nunca.

«Cada campaña de tortura duraba dos meses sin interrupción. Soporté estos tratos hasta seis días antes de mi liberación. Hasta ese momento fui torturada casi constantemente. Si todavía estoy viva es gracias a los cuidados que me dispensaron luego mis compatriotas. Considero mi vida como una gran victoria. Vivo. Decenas de miles de detenidas, una vez liberadas han quedado inválidas y estériles.

«Me pusieron en libertad en 1960. En 1962 me prendieron nuevamente y me instalaron en una aldea estratégica. Tengo que decirle, cómo están organizadas las aldeas estratégicas y cuál es su significado. Primero, envían aviones para bombardear los pueblos, luego el ejército los saquea y por último los «bulldozers» destruyen completamente lo que aún quede. Las víctimas son enviadas entonces a las aldeas estratégicas que construyen los condenados a trabajos forzados. En mi provincia había 200.000 personas instaladas en aldeas estratégicas. Esta internación constituye una violación directa de las estructuras que reglaban su existencia. Las gentes resistían lo mejor que podían. Muchas mujeres, mientras los soldados traidores destruían sus casas, las incendiaban para matarlos. Gran cantidad de ancianos, luego de haber quemado incienso en el altar de sus antepasados y de haber jurado morir protegiendo sus casas y sus lugares sagrados, se sentaban en la puerta con un cuchillo en la mano, a esperar la llegada de los soldados títeres: «Compatriotas, si quieren tomar té conmigo sean bienvenidos, pero si han venido a destruir mi casa tengan cuidado porque estoy dispuesto a sacrificar mi vida para defenderla».

«Los nuestros, que tienen sus pequeños lotes de tierra, sus arrozales y viven cada cual en su casa, están en contra de estos campos de concentración, se oponen a las aldeas estratégicas rodeadas de alambrado, vigiladas por patrullas de soldados títeres por perros, protegidas por miradores y ametralladoras. En la aldea, todos están obligados, a pagar altos impuestos y a trabajar a la fuerza sin recibir jornal. Están obligados a afiliarse a las organizaciones gubernamentales y los jóvenes son

enrolados contra su voluntad en el ejército títere. Los obligan, amenazándolos con el fusil, a matar campesinos, hermanas y hermanos suyos. Las cifras son elocuentes: 59 campesinos del pueblo de Tan Cu fueron trasladados a aldeas estratégicas; 3 meses más tarde 30 de ellos habían muerto. En Hoa Trung, murieron 200 de los 400 campesinos enviados a las aldeas estratégicas. En la aldea de Ben Tuong, organizada y dirigida personalmente por oficiales norteamericanos, los campesinos resolvieron hacer una manifestación durante la visita de McNamara pidiendo comida, arroz y libertad para volver a sus pueblos. Los habitantes de las aldeas tienen la obligación de denunciar a la policía secreta a quienquiera tenga familia en el norte, a quien haya participado en la resistencia contra los franceses o haya hablado de paz, de neutralidad, de elecciones o de democracia, o a cualquiera que haya criticado al gobierno títere de Saigón, a los oficiales norteamericanos o al gobierno de Estados Unidos.

«Para obligar a los trabajadores de las ciudades a ingresar en las aldeas estratégicas, los agentes y soldados queman sus casas. Los tanques de los carros de bomberos no contienen agua sino nafta para incendiar. Víctimas de la miseria, decenas de miles de muchachas, incluso estudiantes, se han visto obligadas, para poder comer, a vender su cuerpo a soldados norteamericanos, lo que se agrega a la campaña efectuada por el gobierno para forzar a las muchachas a prostituirse. Niños pobres y hambrientos revuelven tachos de basura, como las ratas, para tener algo que comer. Esta es la vida que soportan nuestros pueblos del sur.

Puesto que la organización de aldeas estratégicas es contraria a los intereses de nuestro pueblo, todos —hombres, mujeres, niños y ancianos— tanto en el campo como en la ciudad se resisten a ellas obstinadamente, pues para ellos se trata de vivir y sobrevivir. Como ya lo dije, primero lograron, por la fuerza, arrastrarnos a sus campos de trabajos forzados —que ellos llaman aldeas estratégicas— pero finalmente el pueblo decidió unirse para combatirlos. Asaltaron muchas aldeas y varios pueblos intervinieron activamente en la resistencia. Cuando alguien se opone

a que los niños participen en la lucha contra los soldados norteamericanos, nuestros hijos contestan: «Cuando los soldados norteamericanos nos matan no hacen distinciones entre padres e hijos». Ahora, McNamara transformó las «aldeas estratégicas» en «campos de restablecimiento». En estos nuevos campos el terror es aún peor y más atroz que en los anteriores. El pueblo se niega, cada vez con más obstinación, a dejarse encerrar. Lucha por salir mientras el gobierno pugna por obligarlo a entrar.

«Un día llegaron a la provincia de Binh Dinh y golpearon a una mujer embarazada matando acto seguido a otra que estaba en cama pues, había dado a luz dos días antes. Es el método corriente, destinado a aterrorizar a los nuestros y obligarles a integrarse a las aldeas. Conocí el hecho a través de los relatos de un testigo ocular. Para intimidar a los habitantes de esta zona, mataron a 22 mujeres, 22 niños y 6 ancianos. Tomaron niños de 2 años y los cortaron literalmente en pedazos, arrojando los pedazos a los matorrales, con palos de madera rompieron la cabeza de niños que luego arrojaron al fuego. A un niño que yo conocía, Zung, le rompieron una pierna con una bala y luego lo enterraron vivo. Los soldados norteamericanos cometieron otras atrocidades espantosas. Esto ocurrió el 22 de diciembre de 1965 en el pueblo de Tai Qang. Durante el raid, los soldados norteamericanos mataron a una familia de 7 miembros y a otra de 9. Sé de tantos horrores que podría hablar de ellos durante horas. Son cosas absolutamente típicas, cotidianas. Todo esto provoca en el pueblo tal odio e indignación que todos, sin excepción resisten las atrocidades que les infligen los norteamericanos.

«Más de una vez fui trasladada a esas aldeas antes de haber sido puesta en libertad. Allí fui testigo de estos continuos crímenes. Un hombre llamado Dong vio asesinar a su familia y sobrevivió. Debí ser hospitalizado después de su evasión. Todo esto no es sino una parte de lo que he visto, soportado y vivido.

«¡Hay tantas cosas que querría decirle! Porque tanto testigos como víctimas viven todavía en las zonas ocupadas. Querría hablarle de los bombardeos, de las bombas

de fragmentación, de los gases, de las sustancias químicas, del napalm, del fósforo, de los venenos, de los acontecimientos cotidianos de los cuales forman parte estas bárbaras atrocidades, de lo que sucede en el Sur, semana tras semana. Yo lo vi, lo padecí, lo soporté. Conozco gente que condujo y presentó a las víctimas ante los oficiales norteamericanos para que vieran lo que habían hecho ellos mismos».

La Sra. Tho está en manos del médico. Después me dijeron que insistía en volver lo antes posible al sur. Esto no asombra a nadie.

Murieron más vietnamitas entre 1954 y 1959, años de «paz» que entre 1960 y 1966, años en los cuales se organizaron la resistencia popular en el sur y los bombardeos norteamericanos en el norte. Pero los vietnamitas, desde el Presidente y el Primer Ministro hasta los campesinos que me hablaban de sus sufrimientos, son pacientes y excesivamente amables. A cada paso comprobaba nuevas muestras de su gentileza. Saben que nuestros pueblos están corrompidos. Norteamericanos y europeos son los beneficiarios de la explotación contra la cual lucha el pueblo de Vietnam.

Durante mi entrevista con el primer ministro Pham Van Dong, hablamos del nivel de responsabilidad en Estados Unidos y de las posibilidades de una resistencia seria. En ciertos momentos, el peso de la culpa de los norteamericanos y los sentimientos de vergüenza y humillación que experimentaba me hacían sufrir tanto que permanecía silencioso. Pham

Van Dong me tomó la mano y me dijo:

«Querido hermano, la lucha es larga y nuestro pueblo muy sufrido. Somos hermanos de armas. Ustedes, los norteamericanos que se preocupan de mostrar la verdad a sus compatriotas y de resistir a vuestros gobernantes y nosotros que luchamos en el propio terreno. Es el mismo combate».

Aún cuando no esperan gran cosa de nosotros, se emocionan con lo poco que reciben y nos lo agradecen. Pues consideran cualquier tipo de resistencia norteamericana como fruto de sus sacrificios. El despertar norteamericano, la clara conciencia de nuestro lugar en el mundo y de nuestras relaciones con nuestros gobiernos serán las lecciones que el pueblo de Vietnam dará al de Estados Unidos. La piedad y el horror suscitados por Vietnam, no son merecidos por los vietnamitas. No es compasión lo que deben despertar en nosotros. Son heroicos hasta el dolor. No están caracterizados por la pasividad sino por el sacrificio y la resistencia. Lo que es lamentable es la cruel realidad histórica que vuelve a los norteamericanos apáticos y cómplices de los horrores perpetrados en su nombre. Estoy seguro de que el despertar de la próxima generación norteamericana, y de aquellas que le seguirán, tendrá sus raíces en los 25 años de revolución vietnamita, grandioso acontecimiento libertador, al cual debemos algo más que simple solidaridad.

TRIBUNAL INTERNACIONAL DE CRIMENES DE GUERRA

Estatutos

ARTICULO 1: Competencia.

La competencia del Tribunal está establecida en la declaración titulada «Propósitos y Objetivos del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra», adoptada en la primera sesión del tribunal en Londres, 15 de noviembre de 1966. En especial, el tribunal tendrá que responder las siguientes preguntas:

- 1) El gobierno de Estados Unidos (y los gobiernos de Australia, Nueva Zelanda y Corea del Sur) ¿han cometido actos de agresión según la ley internacional?
- 2) ¿Ha utilizado o experimento el ejército norteamericano nueva armas prohibidas por las leyes de guerra (gas, productos químicos especiales, napalm, etc.)?
- 3) ¿Se han bombardeado objetivos puramente civiles, por ejemplo, hospitales, escuelas, sanatorios, diques, etc., y en qué escala ha ocurrido?
- 4) ¿Se ha sometido a los prisioneros vietnamitas a tratamientos inhumanos prohibidos por las leyes de guerra y, en particular, a torturas y mutilaciones? ¿Han existido represalias injustificadas contra la población civil, en particular, ejecución de rehenes?

- 5) ¿Se han creado campos de trabajos forzados, se han realizado deportaciones de población u otros actos tendientes a la exterminación de la población y que puedan caracterizarse jurídicamente como actos de genocidio?

Si el tribunal decide que algunos de estos crímenes se han cometido, tendrá que decidir sobre quién recae la responsabilidad por ellos.

Artículo 2: Composición del Tribunal.

El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra está compuesto por miembros designados durante la sesión inaugural celebrada en Londres en noviembre de 1966. Puede complementarse con nuevos miembros, elegidos unánimemente por los miembros iniciales designados en la primera sesión.

Artículo 3: Sustitutos.

Cada miembro del tribunal puede designar un sustituto. El sustituto participará en las sesiones con los mismos derechos de los miembros, con la única salvedad que no pueden tomar parte en la votación.

Artículo 4: Presidencia.

El presidente honorario, el presidente y el presidente de sesiones fueron designados en

Londres durante la sesión de noviembre de 1966. En caso de ausencia, cualquier otro miembro, elegido por mayoría, puede presidir la reunión.

Artículo 5: Organos del tribunal.

Los órganos del tribunal son el Secretario General y las cuatro comisiones creadas durante la sesión de noviembre. El tribunal podrá crear otros órganos y determinar las condiciones bajo las cuales actuarán.

Artículo 6: Comité Permanente.

En los intervalos de sesiones del tribunal las decisiones referentes a sus actividades serán tomadas por una comisión permanente cuyos miembros y responsabilidades se establecerán en documento aparte aprobado por los miembros del tribunal. El tribunal podrá en cualquier momento alterar la composición y la modalidad de trabajo de la citada comisión.

Artículo 7: Sesiones.

El tribunal celebró su primera sesión en Londres en noviembre de 1966. Decidió entonces celebrar una segunda sesión en París durante la primavera de 1967. El tribunal decidirá las nuevas reuniones a realizar. En dicho caso deberá fijar el lugar y fecha.

Artículo 8: Quórum y Mayorías.

El tribunal podrá sesionar legítimamente con la presencia de la mitad más uno de sus miembros.

Las decisiones serán tomadas por mayoría de votos presentes. En caso de empate, el voto del presidente es decisivo.

Artículo 9: Procedimiento de las sesiones.

Las sesiones se desarrollarán en el siguiente orden:

- a) Se presentará un informe preliminar al tribunal;
- b) en segundo lugar se presentará al tribunal un informe sobre cada una de las cinco preguntas. Después de cada informe, las pruebas fehacientes serán sometidas al tribunal;
- c) se presentará al tribunal una síntesis de cada pregunta y una recapitulación final por uno de sus miembros.

Artículo 10: Informes.

El informe preliminar, el informe sobre las cinco preguntas y el informe final serán presentados por una comisión jurídica que los compilará en colaboración con personas idóneas y, en particular, con los miembros de la comisión científica y los miembros de los equipos investigadores.

Artículo 11: Prueba.

De conformidad con el derecho y carta procedentes de los estatutos y juicios de Nuremberg, el tribunal no se ceñirá a normas técnicas sobre admisibilidad de las pruebas. Adoptará y aplicará, dentro de lo posible, un procedimiento rápido e informal y admitirá cualquier prueba considerada con algún valor probativo. Todos los informantes presentarán en apoyo de sus informes los testimonios necesarios que pueden consistir en documentos escritos, fotografías, películas, cintas grabadas, informes verbales de expertos y testigos (sin que esta lista tenga carácter restrictivo alguno). Los miembros de la comisión científica pueden ser considerados expertos y los miembros de los equipos investigadores testigos. Los integrantes del tribunal pueden hacer cualquier preguntar que deseen a los informantes, a los expertos, a los investigadores y a los testigos. El tribunal puede decidir, durante las sesiones, siempre que lo considere necesario, que una prueba debe complementarse dentro de lo posible y sin mayor dilación.

Artículo 12: Deliberaciones.

Luego de oír el informe final, el tribunal deliberará en sesión cerrada sobre las decisiones a tomar. Debe responder a las cinco preguntas presentadas y también las preguntas complementarias sobre quién recae la responsabilidad.

Si el tribunal no se considera suficientemente informado para adoptar una decisión definitiva, puede:

- a) ordenar que las deliberaciones se pospongan para una sesión subsecuente; o,
- b) pronunciarse sobre algunas preguntas y posponer las restantes para una sesión subsecuente.

Artículo 13: Publicación de las conclusiones.

Las conclusiones del tribunal serán presentadas en una audiencia abierta. El tribunal podrá ordenar que los informes, los documentos pertinentes y las conclusiones finales sean publicadas en un «Libro Blanco». Puede, también, ordenar cualquier medida apropiada para hacer conocer su trabajo y conclusiones con la mayor amplitud posible por la opinión pública.

Artículo 14:

El tribunal se reserva el derecho de modificar estos estatutos.

Discurso inaugural

NUESTRO Tribunal se constituyó por iniciativa de Lord Bertrand Russell para decidir si son justificadas las acusaciones de «crímenes de guerra» formuladas contra el gobierno de los Estados Unidos, así como los de Corea del Sud, Nueva Zelandia y Australia. En esta sesión inaugural se propone dar a conocer su origen, su función, sus objetivos y sus límites; tiene la intención de explicarse sin rodeos sobre lo que ha dado en llamarse su «legitimidad».

En 1945 se registró un hecho totalmente nuevo en la Historia: la aparición en Nuremberg del primer Tribunal Internacional llamado a juzgar los crímenes cometidos por una potencia beligerante. Hasta entonces, es cierto, regían acuerdos internacionales como el pacto Briand-Kellogg que tendían a limitar el *jus ad bellum*, pero como no se había creado ningún órgano para hacerlos aplicar, las relaciones entre las potencias seguían determinadas por la ley de la selva. No podía ser de otra manera: las naciones que habían construido su riqueza

mediante la conquista de grandes imperios coloniales, no habrían tolerado que se juzgase según aquellos criterios su conducta en África y Asia. A partir de 1939, la furia hitlerista hizo correr un peligro tal al mundo que los Aliados, horrorizados, decidieron juzgar y condenar, si resultaban vencedores, las guerras de agresión y de conquista, las crueldades cometidas contra los prisioneros, las torturas y las prácticas racistas llamadas «genocidio», sin percatarse de que esa condena los alcanzaba también a ellos por su prácticas coloniales.

Por esa razón, es decir a la vez porque sancionaban los crímenes nazis y porque, de manera más universal, abría el camino a una verdadera jurisdicción que permitía condenar los delitos de guerra, en cualquier lugar que se produjeran y cualesquiera fuesen sus autores, el Tribunal de Nuremberg queda como manifestación de un cambio capital: la sustitución del *jus ad bellum* por el *jus contra bellum*.

Lamentablemente, como ocurre cada vez que se crea un órgano nuevo por exigencias

históricas, el Tribunal no estaba exento de graves defectos. Se le ha reprochado ser un simple dictado de los vencedores a los vencidos y (lo que es equivalente) no ser auténticamente internacional: un grupo de naciones juzgaba a otro. ¿Habría sido mejor escoger a los jueces entre los ciudadanos de países neutrales? No lo sé. Lo cierto es que, aunque sus decisiones hayan sido perfectamente justas desde el punto de vista ético, están lejos de haber convencido a todos los alemanes. Esto significa que la legitimidad de sus magistrados y sus sentencias es discutida. Se ha podido declarar que, si la fortuna de las armas hubiera sido distinta, un tribunal del Eje habría condenado a los Aliados por los bombardeos de Dresde y de Hiroshima.

Sin embargo no habría sido difícil fundar dicha legitimidad. Habría bastado que el organismo creado para juzgar a los nazis hubiera sobrevivido a esa empresa, o que la Organización de Naciones Unidas, sacando todas las consecuencias del acto que venía de cumplirse, lo hubiera consolidado por voto de la Asamblea General en Tribunal Permanente, habilitado para examinar y juzgar todas las acusaciones de crímenes de guerra, aún si el acusado fuera el gobierno de uno de los países que, por intermedio de sus jueces, habían dictado sentencia en Nuremberg. Así se habría concretado claramente la universalidad implícita en la intención original. Pero se sabe qué ocurrió: apenas fue juzgado el último culpable alemán, el tribunal se desvaneció en el aire y nadie volvió a oír hablar de él.

¿Seremos tan puros? ¿No hubo más crímenes de guerra luego de 1945? ¿Nunca más se recurrió a la violencia y la agresión? ¿No volvieron a registrarse prácticas de «genocidio»? ¿Ninguna gran potencia ha intentado quebrar por la fuerza la soberanía de un país pequeño? ¿No se pudo denunciar en toda la tierra nuevos Ouradour y Auschwitz? La verdad se conoce: en los últimos veinte años el gran hecho histórico ha sido la lucha del Tercer Mundo por su liberación; los imperios coloniales se han derrumbado, y en su lugar se afirman naciones soberanas o renuevan una antigua y tradicional independencia, quebrada por la colonización. Todo esto se hizo con sufrimientos, sudor y sangre. Un tribunal como el de Nuremberg se ha convertido en necesidad permanente. Antes del enjuiciamiento de los nazis, como dije, la guerra carecía de

ley. El Tribunal de Nuremberg, realidad ambigua, nació indudablemente del derecho del más fuerte, pero al mismo tiempo abre un ciclo futuro al crear un precedente, el embrión de una tradición. Nadie puede volver atrás, evitar que el tribunal haya existido o que, cuando un país pequeño y pobre es objeto de una agresión, recordemos sus sesiones y nos digamos: «pero fue eso, precisamente, lo que condenó». Así las disposiciones apresuradas e incompletas que tomaron en 1945 los Aliados y luego abandonaron, han creado una verdadera laguna en la vida internacional. Se echa tremendamente de menos un organismo que apareció, se afirmó en su permanencia y su universalidad y definió irreversiblemente derechos y deberes, para luego desaparecer dejando un vacío que es preciso colmar y nadie colma.

El poder tiene dos fuentes. La primera es el Estado con sus instituciones. En esta época de violencia, la mayoría de los gobiernos, si tomaran esa iniciativa, temerían que se volviera un día contra ellos y que tuvieran que sentarse en el banquillo de los acusados. Además, para muchos, los Estados Unidos son un poderoso aliado: ¿quién osaría pedir la resurrección de un Tribunal cuya primera medida tendría que ser la de ordenar una investigación sobre la guerra de Vietnam?

La otra fuente es el pueblo, en período revolucionario, cuando cambia sus instituciones. Pero, aunque la lucha sea implacable, ¿qué medio tienen las masas, compartimentadas por fronteras, para unirse e imponer a los distintos gobiernos una institución que fuese una verdadera magistratura popular?

El Tribunal Russell nace de esa doble verdad contradictoria: la sentencia de Nuremberg volvió necesaria la existencia de una institución destinada a investigar los crímenes de guerra y, si hay lugar a ello, juzgarlos; ni los gobiernos ni los pueblos están hoy en condiciones de crearla. Somos perfectamente conscientes de no tener el mandato de nadie, pero si tomamos la iniciativa de reunirnos fue porque también sabíamos que nadie podía darnos un mandato. Es cierto que nuestro Tribunal no es una institución. Pero no sustituye a ningún poder constituido. Por el contrario: nace de un vacío y un llamado. Ningún gobierno nos convocó ni nos investió de poderes reales. Pero vemos que en Nuremberg esa investidura no alcanzó para dar a los magistrados una

legitimidad incontestable. Todo lo contrario: el hecho de que las sentencias hayan sido ejecutorias permitió a los vencidos discutir su validez; estaban apoyadas sobre la fuerza y parecían una simple expresión del derecho del más fuerte. El Tribunal Russell, en cambio, considera que su legitimidad proviene tanto de su completa impotencia como de su universalidad.

Somos impotentes: es la garantía de nuestra independencia. No tenemos ninguna ayuda, salvo el concurso de los comités de apoyo que, al igual que nosotros, son reuniones de personas privadas. Al no representar gobiernos ni partidos, no podemos recibir ninguna orden: examinaremos los hechos «en nuestra alma y nuestra conciencia», o, si se prefiere, con entera libertad de espíritu. Ninguno de nosotros puede saber hoy qué giro tomarán los debates, ni si responderemos «sí» o «no» a las acusaciones, ni si las dejaremos sin respuesta, juzgándolas quizá fundadas pero mal fundamentadas. En todo caso lo cierto es que nuestra impotencia —aún si las pruebas aportadas nos convencen— nos impide pronunciar sentencia. ¿Qué podría significar una condena, aunque fuese liviana, si no tenemos medios para hacerla cumplir? Nos limitaremos, en caso necesario, a declarar: tal o cual acto cae dentro de la jurisdicción de Nuremberg; según ella es crimen de guerra y, si la ley se aplicara, sería pasible de tales y cuales sanciones. En tal caso, si es posible, indicaremos quiénes son los responsables. Así el tribunal Russell no tendrá más empeño, en su encuesta y en sus conclusiones, que recordar a todos la necesidad de una institución internacional a la que no tiene la ambición ni los medios para reemplazar, y cuya esencia sería resucitar el *jus contra bellum* muerto al nacer en Nuremberg, y sustituir la ley de la selva por reglas éticas y jurídicas.

Por el hecho mismo de que somos simples ciudadanos, hemos podido integrarnos sobre una base amplia e internacional, y dar así, a nuestro Tribunal, una estructura más universal que la que tuvo el de Nuremberg. No quiero decir sólo que son los países representados: en ese aspecto todavía hay unas cuantas lagunas. Pero queremos destacar que, mientras en 1945 los alemanes no estaban más que en el banquillo de acusados o en la barra como testigos de cargo, varios de nuestros jurados son ciudadanos norteamericanos. Esto significa que vienen de un país cuya misma política

está en causa; que tienen una manera propia de comprenderla y —cualquiera sea su apreciación— una relación íntima con su patria, sus instituciones y sus tradiciones, relación que necesariamente dejará huella en las conclusiones del Tribunal.

Por intensa que sea nuestra voluntad de imparcialidad y universalidad, somos muy conscientes de que no alcanza para legitimar nuestra empresa. Lo que en verdad deseamos es que la legitimación sea retrospectiva, o si se prefiere a *posteriori*. De hecho no trabajamos para nosotros ni para nuestra exclusiva edificación, ni pretendemos imponer nuestras conclusiones en forma dramática. Lo que queremos, mediante la colaboración de la prensa, es mantener en contacto constante con las masas que, en todo el mundo, viven dolorosamente la tragedia de Vietnam. Queremos que se instruyan como nos instruimos nosotros, que descubran junto con nosotros los informes, los documentos y los testimonios, que los examinen y, poco a poco, vayan formando su opinión a la par de nosotros.

Queremos que las conclusiones, sean cuales fueren, nazcan solas en todos, al mismo tiempo que en nosotros; quizás antes. Esta sesión es una empresa común cuya etapa final debe ser, como dice el filósofo, «una verdad nacida». Si las masas ratifican nuestro veredicto éste se convertirá en verdad, y nosotros, en el momento de borrarlos ante quienes se constituirán en guardianes y poderoso sostén de esa verdad, sabremos que nos habrán legitimado y que el pueblo, al manifestarnos su acuerdo, devela una exigencia más profunda: la de que un verdadero «Tribunal contra los crímenes de guerra» sea creado a título de organismo permanente, es decir que tales crímenes puedan ser denunciados y sancionados en todas partes y en todo momento.

Esto último permite responder a una crítica que, sin mala voluntad, nos hacía un diario francés: «¡Extraño Tribunal, con jurado y sin juez!» Es cierto: no somos más que jurados, sin derecho de condenar ni absolver a nadie. No habrá ministerio público, ni siquiera acta de acusación propiamente dicho. El Dr. Matarasso, presidente de la Comisión Jurídica, va a leerles una exposición de imputaciones que la sustituye: los jurados, al terminar la sesión, tendrán que dictaminar sobre el fundamento de tales imputaciones. Pero hay jueces: son los pueblos, y sobre todo el pueblo norteamericano. Para ellos trabajamos.

Informe sobre armas antipersonales

PERSONAS entrevistadas: Dong Hai, jefe del Subcomité de Armas, Investigación de Crímenes de Guerra de la R.D.V.N.
Dr. Thu, médico forense.
Dr. Luy, médico forense en napalm y fósforo.
Varios médicos en Hanoi y provincias.
Pacientes en hospitales de Hanoi y provincia de Thanh Hoa.

Tipos de armas

- 1) C.B.U. (Canister bomb unit) contiene balines o chumbos de acero.
- 2) Bombas de balines de acero en forma de ananás.
- 3) Bombas de fragmentación.
- 4) Armas incendiarias (napalm, napalm-2, fósforo blanco, magnesio, termita).
- 1) C.B.U. (Canister bomb unit)

Usada por primera vez en Vietnam del Norte en abril de 1966 y en la actualidad (marzo de 1967) usadas en incursiones aéreas sobre todo Vietnam del Norte, incluso sobre aldeas y otros blancos civiles. Utilizadas ahora con más frecuencia que las de tipo «ananás».

Movilizadas y lanzadas en vasijas fusiformes de unos seis pies de largo; cada vasija contiene de 560 a 640 bombas. En la pared de las bombas, que tienen unas 3 pulgadas de diámetro, están empotrados alrededor de 420 balines de acero, de unos 5,6 mm. de diámetro. Son transportadas por aviones tipo F.105, F.101 y 86 Skyraider, que generalmente cargan cuatro C.B.U. La altura óptima para atacar se encuentra entre los 800 y 1.800 metros. Las vasijas explotan unos seis segundos después de abandonar el avión, y permiten a las bombas esparcirse sobre un área oval de mil metros por doscientos cincuenta metros. Las bombas tienen aletas en su exterior, que les provocan un movimiento giratorio durante el descenso y la rotación pone en funcionamiento un detonador centrífugo que las hace estallar instantáneamente al hacer impacto. El más leve choque es suficiente y pueden estallar al rozar el techo de paja de una choza. Cada bomba surte efectos sobre unos diez metros desde el lugar de explosión. El efecto letal se debe principalmente a las 420 partícu-

las de acero, pero los fragmentos del casco y la grava esparcida también producen heridas.

2) Bombas de balines de acero en forma de piñas («Pineapple» type)

Transportadas en lanzadores al costado del avión. Cada lanzador contiene 19 tubos, con pequeñas diferencias de longitud, colocados paralelamente. Cada tubo contiene de 18 a 25 bombas.

Un solo lanzador por consiguiente tiene unas 360 bombas «ananás», estibadas cabeza con cabeza con las aletas plegadas a los costados de la bomba. Las bombas son expedidas por los lanzadores y las aletas se estiran hacia atrás accionadas por resortes. Las bombas explotan al hacer impacto. Están pintadas de amarillo, son cilíndricas y miden unas seis pulgadas de alto por cuatro de diámetro. Los «chumbos» de acero están empotrados en las paredes, con el mismo procedimiento que el de las bombas C.B.U. Estas partículas son un poco más grandes, miden 6.3 mm. de diámetro en las bombas «ananás». La altitud óptima del avión se sitúa entre los 800 - 1.500 metros, puesto que permite alfombrar un área de 300 a 560 metros por 200 a 250. Toda persona desguarnecida dentro de esta área será alcanzada por las partículas.

3) Bombas de fragmentación.

El revestimiento de muchas de las bombas y granadas usadas por Estados Unidos en Vietnam del Norte parece fragmentarse de manera muy particular, al punto de producir fragmentos de metralla de varias pulgadas de largo, de una pulgada de ancho y de filos dentados extremadamente cortantes. Recogí estos fragmentos en aldeas de la provincia de Thanh Hoa pero no he visto los daños que provocan aunque sin duda son grandes. El Dr. Crevine investigó este punto.

Existe una dificultad en la terminología, puesto que los términos «bomba de fragmentación» puede aplicarse a algunas bombas «ananás». Reservamos el nombre exclusivamente para el tipo de bomba descrito en este párrafo (3).

4) Armas incendiarias.

Napalm (NP) Naftenato de aluminio 92-96% con palmitato de aluminio 4-8%. Quema a 800-1300°C. Puede continuar ardiendo unos quince minutos. Quemaduras muy profundas y graves con una elevada tasa de mortandad, en particular en viejos y niños.

Napalm 2 (NP 2, «Super Napalm») Sodio, magnesio y fósforo. Quema a 1500-2000°C.

El napalm es transportado en bombas de 100-200 kg. o lanzado por tanques de 300-600

litros. Ha sido usado extensivamente en las provincias más al sur de Vietnam del Norte, su límite norte ha sido Thanh Hoa. No he visto personalmente víctimas del napalm en Vietnam salvo los dos pacientes entrevistados el 22/3/67, que fueron quemados en Vietnam del Sur.

Víctimas del napalm entrevistadas el 22/3/67 con Basso, Tuckman, Cobb, Lester y Manes.

Hoang Tan Hung, 46 años de edad. Quemado en la aldea de Tan My, distrito de Duc Pho, provincia de Quang Ngai (Vietnam del Sur) el 10/5/65. Ataque aéreo mientras iba caminando con dos amigos hacia otra aldea. Cuenta que ardía aún cuando fue encontrado y sus auxiliares apagaron el fuego con arena. Cuando finalmente fue atendido en un hospital provincial de doscientas camas en la zona liberada, vio muchas otras víctimas del napalm y fósforo blanco. Extremadamente enfermo durante cinco meses, con grandes dolores. Enviado más tarde a otro hospital en Vietnam del Sur por seis meses y ha vivido estos últimos tres meses en Vietnam del Norte, donde recibe tratamiento quirúrgico. Presenta quemaduras profundas curadas en un 25 % del cuerpo, incluido el cuello, la mayor parte de la espalda y el brazo izquierdo. Tiene una seria retracción en la axila izquierda.

Esta víctima describe también lo que ha oído de un ataque posterior a una aldea vecina el 25/5/65, cuando estaba ya hospitalizado. Entre las víctimas se encontraba una mujer que había perdido tres hijos, ella por su parte aún estaba en tratamiento cuando Hung fue transferido. También dijo que según se comentaba, una mujer que prestó asistencia médica a esta víctima había sido luego arrestada y torturada hasta la muerte. Creía que había unas cincuenta víctimas del napalm en el hospital. También afirmó que vio tropas estadounidenses emplazadas en una colina, que dispararon sobre tres mujeres que trabajaban en un campo, aparentemente como blanco de práctica, y mataron a una de ellas. En otra ocasión las vio disparando contra un búfalo.

Thai Binh Dan, 18 años de edad. Quemado en la aldea de Thanh Loi, distrito de Ben Tau, (Vietnam del Sur) el 21/3/66. Llegaron 18 helicópteros con tropas estadounidenses, australianas y neozelandesas. Tres personas fueron baleadas y se llevaron cien más, junto con algunas gallinas. La víctima se escondió con otras personas hasta que partieron las tropas. Luego tres aviones F-105 volvieron y lanzaron napalm.

Presentaba profundas quemaduras curadas sobre el 60% del cuerpo, incluso ambos brazos, las dos piernas y partes del cuerpo.

Truang Day Ba, 47 años de edad. (No es víctima del napalm). Herido dos veces. Hace un relato completo de las actividades de exterminio de Estados Unidos en la zona de la base aérea de Phu Bai (provincia de Thua Thien) y de la vida en los «villorrios estratégicos» de esta región. Tengo la cinta grabada de la conversación, pero este testigo, que es muy claro, puede presentarse ante el tribunal. Presentará pruebas vividas sobre atrocidades y sobre el sufrimiento de la población de Vietnam del Sur. No tiene pruebas directas sobre productos químicos y gases.

Bomba de magnesio.

85-96% de magnesio con pólvora de aluminio. Quema a unos 3500°C. Esta temperatura tan alta causa efectos comparables a la explosión atómica, de ahí el término «bomba electrón».

Bomba termita.

Aluminio 25%, óxido de hierro 75% con nitrato de bario. Quema a unos 3000°C.

Heridas provocadas por bombas de balines de acero.

He visto unos treinta pacientes con heridas provocadas por bombas de partículas de acero, bajo tratamiento en hospitales de Hanoi y de la provincia de Thanh Hoa. También vi fichas médicas y radiografías de un número similar de pacientes y algunas especímenes de heridas patológicas viscerales.

Las heridas de balines tienen todas las características de las provocadas por cohetes de gran velocidad. Tienden a traspasar todo el cuerpo, en cualquier parte que alcancen, pero si la víctima está alejada del lugar de la explosión las partículas pueden permanecer dentro del cuerpo. Por regla general presentan un pequeño orificio de entrada y otro de salida, lo cual puede inducir en error a los médicos y hacerlos subestimar la gravedad de las heridas internas. Estas heridas dentro de la línea del pelo pueden pasar inadvertidas y a menudo es difícil distinguir las heridas superficiales producidas por la grava de las heridas penetrantes producidas por estos balines. Las heridas en la cabeza tienen graves consecuencias, puesto que el recorrido dentro del cerebro puede tener dos cm. de ancho, a pesar del pequeño orificio de entrada, y es común una gran contusión en el cerebro. Las heridas en los

ojos son corrientes, especialmente en la gente que ha corrido en busca de refugio. El profesor Nguyen Xuan Nguyen, director del Instituto de Oftalmología de Hanoi, me dijo que había tratado veinte pacientes con heridas muy graves en los ojos producidas por las agujas de acero. Destacó que había otro hospital oftalmológico en Haiphong y varios más en las provincias, por lo tanto los enfermos heridos fuera de Hanoi por regla general son atendidos localmente y la cifra antedicha no suministra el número total de heridas en los ojos del país. Me mostraron heridas penetrantes en el tórax, miembros, abdomen y la espina dorsal. Esos pacientes sobrevivientes han sido tratados diligentemente y expertamente por los cirujanos vietnamitas, por los cuales tengo el mayor respeto.

El 27/3/67 junto con Lynn, Cobb y Lester, visité la aldea de Dan Loi, distrito de Trieu Son, provincia de Thanh Hoa. La población de la aldea, según nuestros guías locales, sumaba unos mil. La aldea había sido atacada en la tarde del 13/3/67 por un grupo de aviones estadounidenses, que picaron cuando las mujeres preparaban la comida de la noche y la gente volvía del trabajo en los campos. Inmediatamente se refugiaron, pero para algunos fue demasiado tarde. Nueve personas murieron (dos mujeres viejas, una joven y seis niños) y cuatro fueron heridas de gravedad. Doce casas fueron destruidas junto con animales e instrumentos de labranza. Los aldeanos luego de atender a los heridos, los transfirieron a los hospitales y enterraron a los muertos. Hablamos con un chico que nos dijo que su madre y su hermano y varios amigos habían muerto, mientras él trabajaba aún en el campo. Otro hombre contó que su mujer y su madre habían muerto, dejando cinco niños pequeños.

En este ataque se utilizaron bombas «ananas» (fotografiadas) y también cohetes.

No vimos blanco militar o estratégico alguno cerca de esta aldea, que estaba aislada entre arrozales de unos 200 metros de un camino.

Otro ejemplo de ataque a una aldea aislada el 26/3/67 (aldea Liep Mai) ha sido descrito por Takman, Højer y Manes, quienes visitaron el lugar dos o tres días después. En esta incursión murieron 21 personas, se utilizaron bombas C.B.U. y bombas de demolición. (Ver «Le Monde», 2/3 abril, 1967).

Bombardeo de diques y sistemas de irrigación

MI informe se refiere al bombardeo de diques y otros componentes de los sistemas de irrigación.

En camino de Nam Dinh a Hanoi, el primero de enero de 1967, nosotros, los miembros de la primera comisión investigadora, pudimos ver varios cráteres, en el dique de Phu Ly, una aldea de campesinos y pescadores, a 30 km. de Nam Dinh y a 40 de Hanoi. El dique estaba quebrado por varios cráteres de unos siete metros de diámetro cada uno. Dado el bajo nivel del agua en enero —uno de los meses de la estación seca— al punto que el lecho del río era visible en las partes del canal, los aldeanos no habían cerrado los cráteres desde octubre de 1966, época del bombardeo.

Ese mismo día (1º de enero de 1967), vimos gente reparando el dique en la aldea de Nam Phong, en la parte norte de la provincia de Nam Dinh. Este dique fue bombardeado un día antes de nuestra llegada. También fue en esta aldea donde vimos a Nguyen Ngoc

Hoi de 18 años, muerto sobre el techo de su casa, víctima del bombardeo del día anterior. (Ustedes podrán ver su cuerpo en la película presentada ante el tribunal el 3 de mayo). Dado que el nivel del río, que atravesaba esta aldea, era suficientemente alto como para alcanzar los diques del canal, había que reparar inmediatamente el dique después del bombardeo. Un cráter era visible en el propio dique y había dos más en el río.

Hay muchos otros casos de diques bombardeados presenciados por miembros de las comisiones de investigación del tribunal. Y tengo aquí ocho fotografías tomadas inmediatamente después del bombardeo de varias partes del sistema de irrigación. Pero desearía llamarles la atención sobre el método sistemático con el cual se ha bombardeado los sistemas de irrigación.

Según el informe que nos suministró en Hanoi, Phan My, Vicepresidente de la Comisión de Conservación de Aguas, para la investigación de los Crímenes de Guerra del

Imperialismo Norteamericano, el bombardeo estadounidense de toda la red de diques fue excepcionalmente violenta y concentrada en los meses de julio, agosto y setiembre de 1966, cuando el nivel del agua estaba muy elevado. Dio las cifras de las incursiones realizadas contra el sistema de diques:

De febrero a junio de 1966: 55 incursiones aéreas.

En julio de 1966: 69 incursiones.

En agosto y setiembre de 1966: 136 incursiones.

Afirmó que estas incursiones atacaron muchos sectores de los diques del río Rojo, del Thai Binh, del Ma, y del Lam en las provincias de Thai Binh, Ninh Binh, Ha Bac, Hai Duong, Thanh Hoa, Ha Tinh y Nghe An, y también en Hanoi; muchos sectores de los diques marítimos en la provincia de Quang Ning, Haiphong, etc., también fueron bombardeados.

El informe titulado «Destrucción por los Imperialistas Norteamericanos de los Proyectos de Conservación de Aguas y Sistemas de Diques en Vietnam del Norte» (de marzo de 1965 a diciembre de 1966), publicado por la Comisión de Conservación de Aguas para la Investigación de los Crímenes de Guerra del Imperialismo Norteamericano, describe, por ejemplo, las incursiones aéreas contra la red de diques de la provincia de Nam Ha, de la siguiente manera:

«Los grandes diques de Nam Ha fueron bombardeados treinta y cuatro veces de abril a setiembre de 1966. Nam Ha es una de las provincias más pobladas y un gran centro arrocerero de Vietnam del Norte. En abril y mayo de 1966, fue atacada por los aviones norteamericanos tres veces. En julio, recibió siete bombardeos. En agosto y setiembre, cuando el nivel del agua estaba más alto, el número de incursiones aéreas se elevó a veinticuatro. Similares fueron los ataques del 1º y 3 de agosto de 1966, contra el dique de Kinh Lung y las esclusas en la comuna de Nam Dao, distrito de Nam Truc, cuando el nivel de las aguas era elevado; parte del dique fue tan destruido por las bombas estadounidenses que sólo sobresalía 0.80 metros del agua, y el dique dañado era la única protección de la zona populosa de la provincia de Nam Ha contra la inundación del río Rojo. El 3 de agosto de 1966, el mismo sector fue de nuevo bombardeado y hubo gran peligro de desmoronamiento del dique puesto que algunas

bombas le habían creado cráteres de cuatro metros de profundidad. En esos dos días, la población tuvo que realizar pesados trabajos forzados para llenar los cráteres con miles de metros cúbicos de tierra y evitar el peligro de una inundación. Las incursiones aéreas sobre este dique asesinaron e hirieron a mucha gente y dañaron muchas casas y propiedades de la población local» (p.6).

Existen muchos otros ejemplos similares descritos en este documento. Por ejemplo:

1) El sistema de conservación de aguas al norte de la provincia de Nghe An.

«El sistema de conservación de aguas al norte de la provincia de Nghe An sirve cinco distritos con cientos de miles de personas. Se basa en una construcción clave, la represa de Do Luong, y cientos de construcciones reguladoras de agua. En junio y julio de 1965, los imperialistas de Estados Unidos, lanzaron doce ataques contra la represa de Do Luong; diez ataques contra las esclusas, en que un extremo del canal, y contra las construcciones reguladoras de agua del sistema el 5, 6, 7, 12, 15 de junio y el 8 y 14 de julio de 1965. El sistema, incluidos los grandes y pequeños canales, fue bombardeado ciento treinta y siete veces. En julio y agosto de 1966, cuando se hacían grandes esfuerzos para reparar las construcciones dañadas, aviones de Estados Unidos lanzaban cientos de toneladas de bombas y miles de cohetes y metrallas contra las construcciones recién reparadas. Además, los ataques repetidos continuaron. Entre marzo de 1965 y setiembre de 1966 el sistema de conservación de aguas de Nghe An fue bombardeado ciento setenta y ocho veces en total». (p.3).

2) El dique del río Ma en Thanh Hoa

El Ma es un gran río que atraviesa la provincia de Thanh Hoa. Importantes sectores del dique del río Ma sufrieron veinticuatro ataques entre marzo y setiembre de 1966. En setiembre de 1966, cuando las lluvias eran muy fuertes, los aviones de Estados Unidos bombardearon diecisiete veces importantes sectores del dique en la costa norte del río Ma; sólo en dos días, 21 y 22 de setiembre, bombardearon ocho veces, dañaron sectores del dique y represas de cientos de metros de largo, y desalojaron veinticinco mil metros cúbicos de tierra. En estas dos incursiones aéreas, los pilotos norteamericanos lanzaron bombas de partículas de acero sobre la pobla-

ción que estaba llenando las aberturas en el dique y en la represa después del bombardeo, y muchos campesinos que trabajaban en lo alto del dique fueron asesinados. Del 27 al 31 de julio de 1966, debido a las lluvias torrenciales provocadas por el tifón Ora, los ríos estaban crecidos. Los aviones de Estados Unidos aprovecharon para bombardear catorce veces importantes sectores de los diques en los distritos de Tien Lang y Vinh Bao, cerca de la ciudad de Haiphong. Casi todos los diques importantes en otras provincias: Thai Binh, Hai Duong, Ha Bac, Phu Tho, Ninh Binh, Nghe An y Ha Tinh sufrieron cientos de ataques en tres meses: julio, agosto y setiembre de 1966». (pp. 6-7).

3) El sistema de conservación de aguas del río Chu, provincia de Thanh Hoa.

Este sistema sirve un área de producción que comprende seis distritos con más de un millón y medio de población.

La represa de Bai Thuong, la construcción clave de esta red fue bombardeada trece veces; las construcciones reguladoras de agua y grandes canales, cuarenta y una vez. Similares fueron los ataques del 21, 22 y 23 de agosto de 1965, contra la represa de Ban Thech, una gran construcción cuya finalidad es transportar agua a los campos en terrenos altos. La represa fue alcanzada seis veces el 21 y 22 de agosto, dos el 23 de agosto, cayeron 236 bombas sobre la represa y unas cien sobre los campos arroceros cercanos, dañaron la represa y las esclusas, y secaron miles de hectáreas de tierra. (p.4).

4) El depósito de agua de Suoi Hai en la provincia de Ha Tay.

El depósito de Suoi Hai es uno de los más grandes de Vietnam del Norte, con una capacidad de diez millones de metros cúbicos para regar una zona de la provincia de Ha Tay, antes estéril. Unos días antes del ataque, los aviones de Estados Unidos efectuaron muchos vuelos de reconocimiento. El 9 de setiembre de 1966, la construcción principal fue bombardeada nueve veces, desde la hora 6,45 a las 13.30, con cientos de bombas pesadas. Volvió a ser atacada en los días siguientes:

- 10 de setiembre: dos veces.
- 11 de setiembre: nueve veces, de las 8 a las 17.
- 12 de setiembre: nueve veces.
- 14 de setiembre: tres veces.
- 15 de setiembre: dos veces.

—16 de setiembre: una vez.

Por consiguiente, los imperialistas de Estados Unidos atacaron el depósito de agua de Suoi Hai treinta y cinco veces durante siete días consecutivos, destruyeron parte de la represa, que casi echaron abajo y dañaron una esclusa construida en el río Tich, causaron graves sequías puesto que para las cosechas aquí es imprescindible el agua». (p.4).

5) El depósito de agua de Be en la provincia de Quang Binh.

El depósito de agua de Be en la provincia de Quang Binh está en construcción. Entre el 25 de marzo y setiembre de 1965 fue bombardeado cincuenta y cinco veces con 1.033 bombas de todos tamaños, gran número de cohetes y granadas de 20 mm. En 1966, entre el 26 de junio y el 14 de agosto, los imperialistas de Estados Unidos lanzaron cincuenta y siete incursiones aéreas. En algunos meses, como en agosto de 1965, atacaron día y noche durante treinta días consecutivos». (pp 4-5).

6) La represa de Thac Ba en la provincia de Yen Bai.

La represa más grande en construcción en Vietnam del Norte; fue bombardeada por primera vez el 21 de setiembre de 1965. El 23 de abril y el 22 de junio de 1966, los imperialistas de Estados Unidos lanzaron bombas pesadas sobre el lugar donde los obreros trabajaban. El 8, 20 y 21 de julio de 1966, bombardearon repetidamente el centro de la construcción donde está emplazada la represa principal, había muchos obreros de los cuales resultaron muertos treinta y gran parte del equipo fue dañado. (p. 5).

Como saben, Vietnam es parte de la zona del monzón, y la estación, de las lluvias cae en julio, agosto y setiembre. En esos meses el nivel del agua alcanza sus máximas alturas.

Por ejemplo, los ríos de la provincia de Sontay tienen un promedio anual de flujo de agua de 3.400 metros cúbicos por segundo. Durante la época de las lluvias, este promedio se eleva a 13.400 metros cúbicos por segundo.

Quien recuerde el gran desastre provocado por el rompimiento del dique del río Rojo en agosto de 1945, que trajo muerte y hambre a dos millones de personas, y dejó sin hogar a cientos de miles de familias, puede comprender la gravedad que supone el bombardeo de los diques durante la estación de las lluvias.

Otro punto que quiero destacar a este respecto es que el objetivo de los bombardeos es

puramente el sistema de irrigación.

El mapa del sistema de irrigación de la República Democrática del Vietnam del Norte, preparado por la Comisión de Conservación de Aguas para los Crímenes de Guerra del Imperialismo Norteamericano, y relacionado con los bombardeos de marzo a diciembre de 1966, demuestra con toda claridad que el sistema de irrigación es uno de los objetivos principales de los bombardeos sobre Vietnam del Norte.

Un mapa adjunto, preparado por la misma comisión, evidencia que el bombardeo a los diques se ha hecho en los ríos y canales más importantes; y esos ríos y canales no se encuentran en la proximidad de vías de ferrocarril o carreteras principales.

Por lo tanto, puede concluirse que el bombardeo al sistema de irrigación no es el resultado de un accidente o error, sino que se ha realizado sistemática y deliberadamente.

El propósito del bombardeo a los diques y al sistema de irrigación en general no sólo es provocar inundaciones, sino también distorsionar el desarrollo económico y desmoralizar a la población.

El sistema de irrigación es tan importante para Vietnam que el éxito del programa de reforma agraria y del sistema cooperativo dependen del grado de facilidad que otorguen a la construcción del sistema de irrigación después de la abolición del sistema del latifundio. Una de las contribuciones del sistema cooperativo al desarrollo de la sociedad vietnamita ha sido la movilización de gente para la construcción del sistema de irrigación. Una apreciación similar sobre el éxito de la reforma

agraria, basada en su capacidad para mejorar el sistema de irrigación, sería válida también para muchos otros países de Asia.

El incremento fabuloso de la productividad en los arrozales de la República Democrática de Vietnam se ha logrado en base al desarrollo del sistema de irrigación desde la independencia en 1954. El pueblo vietnamita ha movido más de 1.200.000.000 de metros cúbicos de tierra y ha extendido la red de diques marítimos y de río sobre una superficie de 4.000 kms. durante los diez años siguientes a la independencia (1955-1965). En consecuencia, el 90 % de las áreas cultivadas tienen irrigación, y la irrigación del 80 % de los arrozales proviene de obras hidráulicas.

Vietnam del Norte, que tenía la tasa más baja de productividad en los arrozales de todos los países de Asia del sudeste antes de la segunda guerra mundial, cosecha ahora un promedio anual de cuatro toneladas de arroz por hectárea. Cinco toneladas de arroz por hectárea es su meta, y se sabe que ya produce anualmente más de cinco toneladas por hectárea en algunas zonas.

El objetivo del bombardeo de los diques y otros componentes del sistema de irrigación es destruir los logros del pueblo vietnamita, y debilitar su determinación a continuar desarrollando su economía.

Es evidente que el bombardeo viola la Carta de la Naciones Unidas. Incluso viola el Programa de Cuatro Puntos del Presidente Truman de 1947, que establecía la necesidad de desarrollar las economías de los pueblos subdesarrollados del mundo.

T. KUGAI

El bombardeo a objetivos civiles

EL tema del testimonio que prestó esta tarde es el bombardeo a objetivos civiles. Antes de entrar en él, no obstante, quiero aclarar algo, algo muy importante en mi opinión, que debemos recordar y mantener presente. Este es el problema, «¿Tiene Estados Unidos algún derecho para bombardear incluso objetivos militares en Vietnam?» A mi entender, la respuesta a esta pregunta es: No, decididamente no. Estados Unidos no tiene derecho a bombardear ninguna instalación vietnamita sea civil o militar. Creo que es uno de los derechos fundamentales del pueblo vietnamita el construir instalaciones militares, fabricar armas y municiones, y tener su propia fuerza armada para su propia defensa nacional.

Ahora volvamos al tema.

Nosotros, el primer equipo de investigación japonés, estuvimos en la República Democrática de Vietnam durante un mes, de diciembre a enero. Harrison Salisbury del **New York Times** también estaba allí por esa época. Tenía a su cargo la información sobre dos

ciudades, Namdinh y Phuly, pero nosotros viajamos 4.700 kilómetros a través de Vietnam del Norte en jeep, para realizar nuestra investigación y recabar pruebas en siete provincias y entrevistar más de cien testigos cuyas deposiciones han sido grabadas en cintas, películas y fotos.

Después de completar estas investigaciones sobre el lugar del hecho, el 8 de enero mantuvimos una entrevista en Hanoi con más de doscientas personas incluidos corresponsales locales y extranjeros y cuerpo diplomático, en la cual quedó demostrado claramente en base a las pruebas recogidas, a los testimonios de los testigos, a las películas y fotos, que eran innegables los crímenes cometidos por Estados Unidos en Vietnam y nadie podía poner en duda los hechos. Salisbury estaba presente en esta conferencia y conoce los hechos sobre los cuales hablamos. Es un periodista honesto y capaz y puede informar como le parezca. Pero al regresar a Estados Unidos, no obstante, no mencionó en su artículo

lo dicho por nosotros. Destacó únicamente que en Nándimh y Phuly presencié personalmente ataques a objetivos civiles y a la población civil. Su informe tuvo gran repercusión en Estados Unidos y el gobierno de Johnson tuvo que admitir que se habían bombardeado objetivos civiles. Si Salisbury hubiera informado sobre todo lo que supo en Hanoi, todo lo que oyó de nosotros y las pruebas que habíamos recabado, habría creado una gran conmoción en el pueblo de Estados Unidos.

Lo siguiente es parte de lo afirmado en la conferencia de prensa de Hanoi, parte de lo que yo dije entonces.

Armas usadas.

Las bombas más encontradas en todos los lugares son las C.B.U. Sobre estas bombas, el profesor Vigier ha dado aquí una explicación excelente. Sólo quiero agregar unas pocas palabras. Las bombas C.B.U. son una nueva clase de armas de destrucción en masa, que pueden asesinar gente en un área ciento setenta veces más grandes que la alcanzada por las bombas corrientes del mismo peso. Desde abril de 1966 las nuevas bombas C.B.U. de tipo redondo empezaron a utilizarse extensivamente en Vietnam.

Las bombas C.B.U. son absolutamente impotentes para destruir objetivos militares hechos de hierro o cemento armado; son armas de contra-guerrilla, armas de aniquilación en masa construidas para destruir la guerra de los pueblos. Las C.B.U. sólo son efectivos para asesinar y herir gente. No existe respuesta más contundente a la afirmación repetida, del presidente Johnson y Dean Rusk, de que el bombardeo se limita a los objetivos militares, que la demostración del uso generalizado de las bombas C.B.U. en los ataques a Vietnam del Norte.

En segundo lugar, confirmamos que no sólo en Vietnam del Sur, sino que también en el norte, se han utilizado extensivamente bombas de napalm. El napalm convierte una zona de 80 metros de diámetro en un mar de llamas de 800 a 1300° de calor. A temperatura tan elevada, el napalm no sólo quema la piel y la carne de las víctimas sino que también suelda los huesos. Cuatro dedos de un paciente que vi habían quedado soldados entre sí y sólo con dos operaciones quirúrgicas se pudo habilitarle dos dedos. Cicatrices queloidales de las vistas en Hiroshima y Nagasaki; la piel y la carne se hinchan una pulgada en ronchas negirrojas.

Al incendiarse, el napalm absorbe grandes cantidades de oxígeno, y genera óxido de carbono alrededor de la explosión, incluso los que pueden salvarse del incendio de napalm, pierden conocimiento por el óxido de carbono y se les hace difícil escapar del lugar, lo cual incrementa el número de víctimas.

Encerrando el oxígeno al arrojar arena o una frazada sobre el lugar donde el napalm ha caído se puede apagar el fuego después de un rato. Pero el nuevo super napalm utilizado ahora por las tropas norteamericanas en Vietnam incluye un 30% de fósforo blanco en el líquido de napalm, y si este líquido toca la piel, el fuego no puede ser apagado aunque se corte la entrada de oxígeno. La quemadura entonces penetra profundamente en el hueso. Y sólo quitando completamente el fósforo blanco de la parte afectada, es posible el tratamiento. El napalm y el super napalm son armas atroces utilizadas con el único fin de asesinar a la población civil. Nada tienen que ver con los objetivos militares.

Debemos destacar que como se comprueba por la utilización sucesiva de los últimos modelos de aviones y helicópteros, por la «evolución» de las llamadas bombas «ananás» a las bombas redondas y del napalm al super napalm, por el uso extensivo de cohetes; por el bombardeo de diques y sistemas de irrigación y por la diseminación de sustancias venenosas y gases tóxicos, Estados Unidos ha convertido a los vietnamitas en cobayos de sus armas más modernas y de sus tácticas más nuevas de aniquilación de masas. Como me dijo Wilfred Burchett, en Hanoi, nosotros, como japoneses, no podemos olvidar que Estados Unidos siempre ha experimentado sus nuevas armas contra los asiáticos: Estados Unidos, por primera vez en la historia del hombre, usó armas nucleares contra Hiroshima y Nagasaki, armas bacteriológicas y napalm contra los coreanos y los chinos, sustancias venenosas y super napalm contra los vietnamitas.

Ataques con varias armas combinadas.

En la tarde del 6 de enero, en Hanoi, entrevisté al teniente Charles N. Tanner (su mujer y dos hijos viven en San Diego), un miembro de la tripulación del «Coral Sea», buque principal de la 7ª Flota de Estados Unidos, prisionero de guerra abatido el 9 de octubre de 1966 a medianoche, al norte de la ciudad de Phuly. Su testimonio es el siguiente:

a) Después de seleccionar las ciudades y

pueblos a atacar, se toman fotos aéreas de esas zonas y se las examina cuidadosamente. Se realiza otro reconocimiento a plena luz, el día del bombardeo para confirmar los blancos.

b) A medianoche cuando la gente duerme, los aviones norteamericanos vuelan a muy baja altura para evitar el radar y arrojan al principio bombas corrientes y bombas de aire en las zonas densamente pobladas. Como es un ataque de sorpresa, iniciado mientras la gente duerme, muchos caen muertos o heridos, pero los que pueden, buscan refugio.

c) El segundo ataque se realiza con napalm. Produce fuego y la gente en los refugios trata de protegerse fuera del refugio bombardeado.

d) Entonces empieza el tercer ataque con bombas C.B.U. sobre la gente que acaba de escapar del refugio. (Esto es asesinato en masa).

Le pregunté «si esa clase de ataque sólo fue usado en el plan para bombardear la ciudad de Phuly», el teniente Tanner respondió, «Salí 95 veces y ese es el método que siempre empleamos». Le volví a preguntar «si el reconocimiento previo permite identificar los hospitales, colegios e iglesias», respondió: «Pueden identificarse perfectamente, pero nuestros blancos son todo el pueblo o la ciudad». ¿Le habían lavado el cerebro?

La imputación que este testimonio puede ser falso por su situación actual no es válida. Pudimos confirmar que su deposición era auténtica por las pruebas que encontramos en muchos lugares, rescoldos de napalm, esquilas y cápsulas sin explotar de bombas corrientes y bombas C.B.U. Trajimos algunas de las pruebas de esos hechos.

Objetivos.

Junto al hecho que las poblaciones urbanas y rurales constituyen el objetivo principal de los bombardeos, existen algunos puntos a destacar conectados con los blancos de las bombas.

a) Diques, canales, sistemas de irrigación, y escolleras son bombardeadas sistemáticamente, especialmente en la estación de las lluvias de junio a octubre. El bombardeo contra diques y sistemas de irrigación será testimoniado por Fukushima, un experto agrícola japonés. Basta citar aquí el **I. F. Stones Weekly** del 12 de julio de 1965.

«Podría haber algo peor en el futuro: el bombardeo de los diques de Vietnam del Norte, que sustentan las obras de irrigación del

delta del Río Rojo. El bombardeo de los diques ha sido discutido varias veces en la prensa francesa pero ha sido ocultado por la norteamericana. En su publicación del 4-5 de julio **Le Monde** se pregunta si los diques serán nuestro próximo objetivo. En su número del 6 de julio en un artículo del famoso experto agrícola, René Dumont, se describe el esfuerzo fabuloso que significaron los sistemas de irrigación para cubrir las necesidades del superpoblado Vietnam del Norte.

El momento más tentador para nuestros militares, especialmente si sufren serias derrotas en el sur durante el verano, se presentará al finalizar la estación de las lluvias en agosto, cuando las aguas alcancen su nivel más alto. Volar los grandes diques del norte de Hanoi, tendrá efectos comparables a los de una bomba H; quedaría inundada toda la región del delta, destruiría la cosecha del arroz y ahogaría de dos a tres millones de personas. Vietnam del Norte puede sobrevivir a la pérdida de las industrias que ha construido desde 1954 pero el bombardeo de los diques significaría un hambre devastadora. La destrucción de los diques fue uno de los crímenes de guerra por el cual Soyss-Inquart, jefe de la ocupación nazi en Holanda, fue colgado en Nuremberg. La convención de La Haya había considerado que un acto de esa naturaleza constituía una violación de las leyes internacionales pero Goering adujo en el juicio: «En una lucha a vida o muerte no hay legalidad». ¿Es este nuestro punto de vista, también, aun cuando Vietnam no parece ser un problema de vida o muerte para nosotros? El bombardeo de los diques sería genocidio».

Una sola aclaración más sobre los diques:

Los aviones de Estados Unidos han arrojado bombas de tiempo donde destruyen diques para que las cuadrillas de reparación no puedan acercarse al lugar. En la provincia de Quang Binh, se atacó con napalm a las cuadrillas de reparación.

2) Los hospitales son blanco sistemático de bombardeos. No es el resultado de errores o de bombardeos simultáneos a las ciudades. En primer lugar, los hospitales están marcados en los mapas de blancos de los pilotos norteamericanos derribados, y esos hospitales han sido bombardeados. Por ejemplo, el hospital K71, un sanatorio de la provincia de Nam Ha con seiscientas camas en unos cincuenta edificios distribuidos en un gran terre-

no, con una gran cruz roja marcada en los edificios. Todos estos edificios fueron destruidos por un bombardeo continuo durante tres días. El hospital provincial de Don Hoi, en la provincia de Quang Binh, también fue destruido de la misma manera con bombas de detonación y de napalm. Los hospitales y clínicas han sido sistemáticamente bombardeados no sólo en las ciudades sino también en las zonas rurales. Cuando un hospital es bombardeado y se muda a una zona rural, vuelve a ser bombardeado. Lo cual demuestra que el objetivo es la destrucción deliberada de los equipos de tratamiento médico. Es imposible no ver que la intención de Estados Unidos es hacer sentir al pueblo de Vietnam desamparado, sin nadie que lo asista incluso cuando esté herido por el bombardeo. Las mismas consideraciones pueden aplicarse a la destrucción de colegios e iglesias.

Además del bombardeo indiscriminado y destrucción de vías férreas, carreteras y puentes, los aviones de Estados Unidos han lanzado metralla sobre chozas de techo de paja en los campos de arroz, premeditadamente han volado incluso los pequeños puentes de tierra, y bombardeado a los campesinos de las chacras, a los niños pastores de ganado, a los búfalos y a los barcos de pescadores a lo largo de la costa.

Todos los miembros de nuestro equipo investigador, sin vacilar, llegaron a la conclusión

de que el objetivo principal del bombardeo a Vietnam del Norte es hacer sentir al pueblo vietnamita que no existe lugar seguro en la tierra y forzarlo por consiguiente a deponer su lucha de resistencia.

Informe.

Al terminar nuestro informe, sinceramente coincidimos con las palabras de Lord Russell cuando dijo, «No les ocultaré la profundidad de mi admiración y pasión por el pueblo de Vietnam. No puedo renunciar al deber de juzgar lo que se ha hecho con ellos porque tenga esos sentimientos». Debe agregarse que el primer equipo investigador se quedó profundamente impresionado con el presidente Ho Chi Minh, con el primer ministro Phan Van Don, y con otras personas: soldados obreros, campesinos, mujeres, milicia femenina, niños y por el pueblo de Vietnam del Sur. Bajo las severas condiciones de los tiempos de guerra, el pueblo de Vietnam ha demostrado su capacidad asombrosa de esfuerzo, sabiduría y originalidad creadora, para luchar y producir desde el fondo de sus corazones, su deseo de paz y libertad y la reunificación de su país los llena de vitalidad y optimismo con firme convencimiento en su victoria final.

Juntos con ustedes sinceramente esperamos que este tribunal internacional sirva para beneficiar la libertad e independencia del pueblo vietnamita y contribuya a poner fin a la guerra en Vietnam y reimplantar la paz.

Últimas palabras

EL Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra ha sido víctima de críticas injustas por parte de quienes tienen mucho que ocultar. Se ha dicho, por ejemplo, que nuestras conclusiones eran conocidas de antemano.

Las conclusiones de este tribunal se fundan en pruebas, y las mismas abundan. Precisamente porque los crímenes existen, nuestra investigación ha sido necesaria. Hemos realizado esta sesión porque el conocimiento del crimen nos ha movido a investigar. Cuando las pruebas de la agresión y del bombardeo sistemático contra toda la población vietnamita sean conocidas por el público, no dudamos de que todas las personas honestas tendrán que llegar a las mismas conclusiones.

En los últimos días Estados Unidos ha bombardeado los barrios residenciales de Hanoi y Haiphong con bombas de bolillas metálicas. Estos hechos constan en periódicos de todo el mundo. Se trata de acciones criminales, que deben ser investigadas precisamente porque tenemos la evidencia de que ocurren y de que son criminales.

Quienes se disponen a investigar estos nuevos crímenes contra el pueblo de Vietnam se-

rán hombres de espíritu militante, inquietud moral e integridad personal, a tal punto que para realizar sus tareas deberán abandonar sus actividades privadas, probablemente serán calumniados en público y correrán riesgos personales.

Durante muchos días analizamos las pruebas de la agresión constante que una gran potencia efectúa contra un pueblo pequeño y heroico. Esa potencia ha ocupado a un país paupérrimo para subyugar un movimiento popular que aspira a la tierra, la independencia y el progreso social. Lo nuevo no es el mal, ni es la crisis lo que ha cambiado. Hemos celebrado en la historia las luchas que los pueblos oprimidos libran contra invasores crueles y poderosos. La identificación con la pequeña víctima de un atormentador grande y prepotente despierta nuestros impulsos más profundos y forma parte de nuestra mitología, religión y literatura. La solidaridad con el débil que, tras largo padecer, lucha por sus derechos contra el fuerte, es la fuente de nuestra ética y de momentos particularmente significativos de nuestra historia común. David y Goliath, los griegos en Salamina, los vietnamitas y Genghis Khan,

los guerrilleros de Vietnam y la fuerza aérea y el ejército mecanizado norteamericanos, forman parte de una tradición ininterrumpida.

El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra desafía a los poderosos gobernantes que saquean y asesinan con desenfreno. ¿Quién habrá de comparar las 100.000 toneladas de napalm con el campesino aferrado a su fusil? ¿Quién puede dejar de distinguir entre la potencia que destruye los hospitales y escuelas de todo un pueblo y quienes disparan contra los aviones portadores de esquiras y napalm? La diferencia entre las víctimas y los criminales que las oprimen, forma parte de la evidencia que mueve a hombres honestos a alzar su voz y arriesgar mucho con ello. Estados Unidos recurre a estados fascistas para facilitar sus planes, para alcanzar nuevos niveles en el crimen. Cada día los bombarderos despegan en Tailandia para saturar a Vietnam de bolillas de acero y fuego líquido.

¿Ha sido atacada alguna ciudad norteamericana? ¿Canadá y México son bases que algún poder del otro lado del mundo emplea para destruir a los Estados Unidos? Si una ciudad norteamericana padeciera durante dos horas el bombardeo que se ha infligido durante dos años a Vietnam, la prensa mundial nos daría de ello detalladísima información.

Este cotejo es una indicación palmaria de la gran injusticia objeto de nuestra investigación: La diferencia de poderío corre pareja con la indiferencia de los poderosos y de aquellos que los sirven o dependen de su favor.

Durante la década de 1930, cuando millones de personas pudieron ver la indole de Adolfo Hitler y del nazismo, había muy poca comprensión e insuficiente voluntad de actuar a tiempo. En Alemania no hubo grandes huelgas ni manifestaciones de masas. Los grandes partidos políticos se oponían sólo de palabra, no movilizaban a sus numerosos adherentes. Aún hoy los grandes partidos políticos pecan por inacción y los oponentes nominales de la agresiva violencia estadounidense se auto-satisfacen con píos lamentos en instituciones dominadas por el agresor.

El nazismo surgió en una nación incapaz de estabilizarse y alcanzó límites imprevisibles de depravación. La política agresiva seguida por Washington ha producido un grado comparable de exterminio científico y degeneración moral.

El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra debe hacer por los pueblos de Vietnam, Asia, Africa y América Latina lo que ningún tribunal hizo mientras los crímenes na-

zis eran cometidos y maquinados. El napalm y las bombas de bolillas, la destrucción sistemática de un pueblo heroico, constituyen un ensayo bárbaro. El hambre y los padecimientos ya no morirán en silencio. Debemos desacreditar la pretensión arrogante de que los victimarios protegen nuestro confort mediante la sosegada agonía de las víctimas. Nuestras instituciones sociales, impregnadas de racismo, deben ser reestructuradas.

El tribunal debe dar origen a una nueva moralidad en Occidente, según la cual la carnicería mecanizada ha de ser condenada automáticamente. El tribunal debe inspirar la nueva concepción de que los héroes son los oprimidos, y los villanos esos altaneros gobernantes que desangraban a aquéllos durante generaciones o los hundirían, a fuerza de bombas, en la edad de piedra.

El tribunal debe alertar respecto a la horrible amenaza que pende sobre muchos países, así como a las atrocidades preparadas actualmente en Vietnam y la lucha global entre los pobres y los ricos poderosos. Estos temas son tan viejos como la humanidad. La larga y ardua lucha por la liberación es interminable. Un tribunal como el nuestro será necesario mientras no se alimente adecuadamente al último hambriento, mientras no se termine con la explotación de los muchos por los pocos.

Vietnam lucha para que otros puedan sobrevivir. Las verdades que debemos proclamar son verdades sencillas. La violencia desatada amenaza nuestras conquistas culturales. No se puede tolerar al hambre y la enfermedad. La resistencia, a riesgo de la propia vida, es noble. Pero conocemos esto. Europa Occidental y Estados Unidos están manchados por la sangre de la lucha en pro de un cambio social. El feudalismo, la reducción de hombres a pordioseros hambrientos, la compra de sus mentes, la erradicación de su espíritu, son estigmas de la cultura humana. Constituyen formas viciosas y agresivas, en último término más importantes y dañinas que el cruce de fronteras por la infantería.

Dondequiera que los hombres luchen contra el sufrimiento, debemos constituirnos en su voz. Cuandoquiera que se les ataque cruelmente a causa de su abnegación, no debemos acallar nuestras voces. Es menester que sirvamos con nuestras palabras a esos ideales.

No se nos juzgará según nuestras reputaciones, o nuestras pretensiones, sino según nuestra voluntad de actuar. Según esta pauta, también nosotros seremos juzgados por hombres mejores.

CUADERNOS DE MARCHA se terminó de
imprimir en «Impresora Alborada» S. A.,
Garibaldi 2579, el día 26 de junio de 1967.

LA LEY PROTEGE EXPRESAMENTE AL AHORRO HIPOTECARIO.

Ahorre Usted **libre de impuestos**

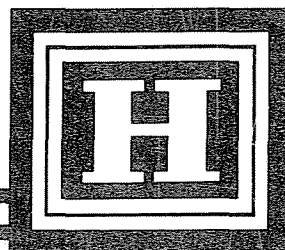
PROVENTAS



**LIBRE DE IMPUESTO A LA RENTA
LIBRE DEL IMPUESTO AL PATRIMONIO
LIBRE DEL IMPUESTO A LAS HERENCIAS.**

**y con la
garantía del Estado
por la totalidad!**

vaya al Banco Hipotecario y gane tran-qui-li-dad...



BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Casa Central: Sarandí 570

AGENCIAS EN MONTEVIDEO

Paso Malina: .. Av. Agraciada 4061
Unión: Av. 8 de Octubre 3874
Agencia Av. General Rivera 3475
Goes: Av. Gral. Flores 2442
Trouville: .. 21 de Setiembre 2886
Cordón: Av. 18 de Julio y Vázquez

SUCURSALES EN EL INTERIOR

Melo: Aparicio Saravia 551
Artigas: Cnel. Lecuder 449
Canelones: .. Batlle y Ordóñez 619
Pando: Independencia 1027
Colonia: Gral. Flores 255
Nueva Helvecia: Berna 1352
Durazno: 18 de Julio 551

Florida: Independencia 736
Fray Bentos: Rincón 1146
Maldonado: ... Ramón Guerra 799
Mercedes: F. D. Roosevelt 721
Dolores: Carlos Puig esq. A. Schuster
Minas: 25 de Mayo 549
Paysandú: 18 de Julio 990

Rivera: Sarandí 651
Rocha: 18 de Julio 120
Salto: Uruguay 499
San José: 25 de Mayo 600
Tacuarembó: 18 de Julio 242
Treinta y Tres: J. A. Lavalleja 361
Trinidad: Gral. Flores 602

